



**Cul de Sac #2**  
**Noviembre de 2011**

**Edita:** Ediciones El Salmón

**Diseño, Maquetación e ilustraciones:** Miguel Sánchez Lindo

**Para pedidos e insultos:** [revistaculdesac@gmail.com](mailto:revistaculdesac@gmail.com)

*Se puede reproducir el contenido de esta revista tranquilamente*

# Índice

**5**

*Editorial*

**23**

*Materiales de derribo,  
Juanma Agulles*

**31**

*La ideología  
de las máquinas:  
tecnología informática,  
Neil Postman*

**41**

*Fausto al teclado,  
Ángel ferrero*

**49**

*Internet y los sueños de una  
renovación informática,  
Langdon Winner*

**61**

*El planeta de los eBooks,  
Miguel Sánchez Lindo*

**71**

*Que la neolengua  
se impone cuando  
las máquinas  
se comunican,  
Jaime Semprun*

**79**

*Qué fue la técnica  
para Jacques Ellul,  
José Ardillo*

**86**

*Reseñas*



---

# Editorial

---

Ya no queda margen para la duda: las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC) están reconfigurando múltiples aspectos de la vida cotidiana, acarreado cambios cuyas consecuencias comienzan a ser visibles en el terreno de las relaciones sociales y personales. Debido a lo reciente de la implantación generalizada de los ordenadores e Internet en el Estado Español (entre veinte y diez años, respectivamente), la mayoría de estos cambios sólo pueden atisbarse en sus albores. Sin embargo, son de tal calado y profundidad que hasta los plumillas de los periódicos ya se hacen eco de ellos en columnas y artículos, y es tema de debate en tertulias en la radio, por no hablar de las miles de entradas que a este respecto se publican en la Red. Menoscabar, o negar incluso, la radical importancia de estas alteraciones conllevaría una funesta ausencia de toma de conciencia respecto a como las NTIC<sup>1</sup> atentan contra lo que de humano conserva el ser humano<sup>2</sup>. Es por ello que el colectivo editorial responsable de esta publicación ofrece a sus lectores un monográfico sobre las NTIC con el fin de tratar de arrojar luz al debate.

En aras de desarrollar una crítica completa de las NTIC, creemos necesario referir una serie de ideas para contex-

tualizar de dónde proceden estas tecnologías, así como cuál es su marco y su contexto.

Una de las fallas habituales de las que adolecen los partidarios a ultranza de las innovaciones tecnológicas es juzgar éstas de manera aislada, una a una, defendiendo la utilidad de tal o cual aparato, obviando que todas ellas están situadas dentro de un conjunto mucho más amplio del que son inseparables. Pertenecen a un sistema técnico desde el que se hace posible no sólo su producción material y su deshecho-reciclaje posterior a su consumo, sino la *preparación cultural* que construye la necesidad creada de su uso, inédita hasta ese momento:

[cada máquina individual] tiende a una situación en que los procesos externos indispensables para su prestación y para el mantenimiento de la misma (como manutención mecánica, entrada de material, provisión de energía, salida del producto, creación de demanda, ritmo de consumo, etcétera) se desarrollan directamente también con precisión mecánica; y esto significa, al mismo tiempo, que esos procesos externos junto con los suyos propios deben formar un gran todo funcional único.<sup>3</sup>

---

1. Con el fin de que la legibilidad de la editorial resulte más sencilla, nos referiremos a estas tecnologías con estas siglas.

2. Este pleonasma no es gratuito ni somos nosotros quienes lo articulamos, sino la deshumanización en curso propiciada por el capitalismo tecnológico, científico e industrial. Esta aparente paradoja en la formulación «lo humano en el ser humano» ya fue señalada por Günther

Anders, cf. *La obsolescencia del ser humano*, Pretextos, Valencia, 2011, vol. I, p. 22, o en *Cul de Sac*, nº 1, p. 8.

3. Günther Anders, *op. cit.*, vol. II, pp. 121-122.

Por ello, al defender el uso liberador de tecnologías como los ordenadores e Internet sin considerar, como se apunta en uno de los textos incluidos en la revista<sup>4</sup>, que «son inseparables del gobierno del Estado y de la producción industrial», y sin trazar el largo camino que recorre hasta que se posibilita su uso (desde por ejemplo la producción de electricidad a través de centrales nucleares, centrales térmicas con enormes tasas de contaminación por quema de combustibles fósiles, centrales hidroeléctricas posibilitadas por embalses cuyos efectos son desastrosos, etc.), se incurre en un ejercicio de irresponsabilidad intelectual que camina de la mano del colaboracionismo con la destrucción en curso de la naturaleza y de las relaciones sociales.

Este *olvido* para situar las innovaciones tecnológicas en un sistema más amplio acarrea otra consecuencia funesta: presuponer una neutralidad en la técnica, conocida letanía cuyo origen se remonta al origen mismo de la misma y que no obstante se enarbola una vez más en el juicio que se establece sobre las NTIC. Los argumentos que se han presentado a favor y en contra de la neutralidad de la técnica son numerosos y excede a los propósitos de este monográfico presentar un sumario del debate que ha suscitado esta problemática. Sin embargo, reproducimos uno que por su simplicidad y concreción proporciona elementos lúcidos para la comprensión de aquélla:

Un sistema técnico no es nunca exclusivamente técnico, sino igualmente económico, social, y político, pues se entiende que la interdependencia de las técnicas en el seno de un sistema dado se inscribe a sí misma en un conjunto de relaciones económicas, sociales y políticas [...] No es jamás neutro [...] Los individuos que coexisten, en una sociedad dada, no se encuentran jamás en una situación de elección abierta, sino que son determinados en mayor o menor medida. La autonomía absoluta no existe, sea en relación a la técnica o con cualquier cosa: es una proyección intelectual. Existen, por el contrario, sistemas técnicos (y, por tanto, indisociablemente, económicos, sociales, políticos) que dejan más autonomía a los individuos que otros sistemas. La pérdida de autonomía que ha representado el advenimiento del maquinismo es incontestable.<sup>5</sup>

La cuestión sobre la neutralidad de la técnica se encuentra ligada entonces al de la capacidad de los individuos para participar de las decisiones sobre la adopción de los cambios técnicos. Así se posicionaba a este respecto Nicholas Carr en el libro cuya lectura crítica se ofrece en las páginas de esta revista<sup>6</sup>:

Que individuos y comunidades puedan adoptar decisiones muy diferentes acerca de las herramientas que utilizan no significa que, como especie, hayamos ejercido mucho control sobre el rumbo o el ritmo del progreso tecnológico [...] Aún más difícil resulta aceptar que «elegimos» los efectos secundarios de gran cantidad de esas tecnologías, muchos de los cuales, como hemos visto, resultaban totalmente inesperados cuando las tecnologías se empezaron a usar.<sup>7</sup>

Günther Anders relacionaba la supuesta neutralidad de la técnica con la capacidad de decisión de los individuos:

No basta subrayar que hay que utilizar la técnica para fines buenos y no malos, para tareas constructivas y no destructivas. Este argumento, que se oye hasta la saciedad en boca de muchos *hommes de bonne volonté*, es de forma indiscutible miope. Lo que hoy hay que preguntar es si disponemos tan libremente de la técnica. No se puede suponer simplemente esa capacidad de libre disposición. En otras palabras: cabe pensar que el peligro que nos amenaza no reside en la mala utilización de la técnica, sino que es inherente a la esencia de la misma.<sup>8</sup>

¿Están entonces los seres humanos capacitados para elegir las innovaciones técnicas que penetran en sus vidas y cómo hacer uso de ellas? Si la respuesta a este interrogante es, como hemos desarrollado en los párrafos anteriores, negativa, podría existir el peligro de abrazar uno de los credos irracionales de los que pecan tanto tecnófilos como muchos tecnófobos: el determinismo tecnológico, esto es, atribuir una inevitabilidad al desarrollo tecnológico, hasta el punto de creerlo dotado de una autonomía mágica sobre la que los individuos no podemos incidir. Esta postura, aunque matizable<sup>9</sup>, está presente en el subconsciente de las sociedades contemporáneas:

4. Materiales de derribo. Reflexiones desde la vida en ruinas. Juanma Agulles, p. 23.

5. Jean-Marc Mandosio, *El acondicionamiento neotecnológico*, capítulo perteneciente al libro *Après l'effondrement*, París, EdN, 2000, cuya traducción completa en castellano no conoce aún edición. El capítulo referido apareció en el primer número del extinto boletín de crítica antiindustrial *Los amigos de Ludd*, diciembre 2001. Una versión digital de este capítulo puede encontrarse en [http://www.ecologistascalalah.org/docs/curso/el\\_condicionamiento\\_neotecnologico.htm](http://www.ecologistascalalah.org/docs/curso/el_condicionamiento_neotecnologico.htm). Del mismo libro se encuentra en castellano el capítulo titulado *¿Fin del género humano?*, que conoció una primera traducción parcial en la revista *Maldejo* n.º 2, abril de 2001, y cuya traducción íntegra apareció en la revista de crítica social *Resquicios* n.º 2, octubre de 2006, en versión de Javier Rodríguez Hidalgo. Más tarde, Ediciones El Salmón lo publicó como opúsculo.

6. *¿Una ética intelectual para Internet?*, p. 86.

7. Nicholas Carr, *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, Madrid, Taurus, 2011, p. 65.

8. Günther Anders, *op. cit.*, vol. II, p. 129.

9. En el libro de Nicholas Carr antes mencionado, el autor afirma que aunque «es una exageración decir que la tecnología avanza de forma autónoma —nuestra adopción y uso de herramientas están muy influenciados por consideraciones económicas, políticas y demográficas—, no es descabellado decir que el progreso tiene su propia lógica».

[según esta interpretación] el desarrollo técnico [...] es un destino: se trata del resultado y de la superación de etapas precedentes de la evolución del género humano [...] *No se puede detener el progreso*: esta interpretación implica que la historia humana se orienta a priori en una dirección determinada [...] según el proceso bautizado por Hegel como «astucia de la razón».<sup>10</sup>

La existencia en el imaginario social de esta creencia en la autonomía de la evolución tecnológica acaso sea la manifestación más racional de un oscuro anhelo que recorre subrepticamente la espina dorsal de la voluntad humana: que las máquinas generen otras máquinas, que *evolucionen*. En el cuento *Los cangrejos andan por la isla*, Anatoli Dnieprov, pseudónimo del escritor y científico ruso Anatoli Petróvich Mitskevich, narra el experimento que lleva a cabo en una isla desierta un ingeniero militar, Cookling, con la sola ayuda de otro miembro del ejército, de nombre Bad, consistente en crear una raza de cangrejos mecánicos que se alimentan de metal y que albergan la capacidad de autorreplicarse ellos mismos construyendo semejantes de forma constante, al punto que al cuarto día en la isla hay cuatro mil bichitos. Los cangrejos, que a medida que se expanden evolucionan con rasgos distintos a sus antecesores —es decir, no son todos copias idénticas del primer ejemplar— estarían concebidos con el fin de ser liberados en medio de las trincheras del ejército enemigo para que en cuestión de días se coman el metal de sus tanques, aviones, cañones, etcétera. Sin embargo, el experimento alcanza un final trágico: cuando se acaba el metal que los dos militares han traído a la isla con el fin de alimentar los cangrejos, uno de éstos mata al ingeniero Cookling... cuyos dientes eran de acero. Sin comida ni agua —ya que las latas que las contenían eran de metal y desaparecieron bajo las fauces metálicas de los animales—, a la espera de que regrese el barco que le saque de allí, Bad, que a lo largo de todo el proceso se ha mostrado hostil y escéptico ante las descomunales fuerzas que podrían desencadenar los bichos metálicos, lanza la siguiente reflexión:

Pensaba en que en nuestros tiempos, multitud de personas inteligentes malgastaban sus energías intelectuales en causar perjuicios a otras personas. Por ejemplo, el invento de Cookling, yo estaba seguro de que se podía utilizar para fines nobles, por ejemplo, para extraer metal.<sup>11</sup>

Esta perorata final, que entra en abierta contradicción con las dudas que plantea Bad sobre la capacidad de controlar estas creaciones, debe ponerse en relación con la persona de Anatoli Dnieprov, eminente físico de la U.R.S.S. cuya fe en los buenos propósitos de la tecnología en manos soviéticas chocaría con las nefastas consecuencias resultantes de un fin perverso de ésta. No en vano son occidentales, probablemente americanos, los protagonistas del fallido experimento: de nuevo la cantinela de la neutralidad de la técnica y la distinción entre un buen y un mal uso de ella.

Otra cuestión cuya aclaración resultará clave a la hora de presentar la dicotomía tecnófilos-tecnófobos es la tremenda confusión que se da de forma generalizada en torno a los conceptos de ‘técnica’ y ‘tecnología’ (y, en menor medida, ‘máquina’). Recurrimos a una larga cita de Jean-Marc Mandosio:

El término ‘técnico’ [...] designa todo procedimiento (por el que entendemos un proceso pautado) que nos permite poner en marcha ciertos medios dirigidos a conseguir un fin. Abrir una botella con un sacacorchos es una operación técnica, igual que el vaciado de los depósitos de un petrolero gigante, la palanca de cambios de un coche, o la resolución de una ecuación de tercer grado [...] Esta confusión entre ‘maquinismo’ y ‘técnica’ es la que lleva a veces a aquellos que son en realidad —como Anders o Ellul— hostiles al ‘maquinismo’, a declararse hostiles a la ‘técnica’ [...] El sueño «radical» de un individuo enteramente autónomo y desembarazado de la técnica es un sinsentido. Sin técnica, la humanidad desaparecería; lo que no significa que todas las técnicas sean válidas, ni que la técnica sea la esencia del género humano.

[...] La técnica es a menudo confundida con la ‘tecnología’. Este término designaba en principio la disciplina que tiene por objeto el estudio de la técnica. Pero ha llegado a designar aquello que se llama igualmente *tecnociencia*, es decir, un estadio del desarrollo de la técnica donde ésta acaba por confundirse con la ciencia [...] donde técnica y ciencia se legitiman mutuamente [...] Se recurre a la tecnología porque el término parece cargado de una dignidad que ‘técnica’ no tiene; lo que se añade en la palabra ‘tecnología’ es el sufijo, derivado de *logos* (razón, discurso), es la referencia a la dimensión lógica, discursiva, racional, científica [...] El *homo faber* contemporáneo está tecnológicamente dispensado de ser él mismo, en tanto que individuo, un técnico. Tecnología, desde esta óptica, es el nombre de la técnica de la cual nos sentimos desposeídos. La tecnología se hace fuera de nosotros, sin nosotros. El término ‘tecnología’, lejos de significar una mayor maestría de la racionalidad técnica, viene por tanto a designar finalmente lo contrario: una técnica que ha perdido su *logos* [...] La desposesión real se acompaña de una transfigu-

10. Jean-Marc Mandosio, *El acondicionamiento tecnológico*, op. cit.

11. *Los cangrejos andan por la isla*, en *El hombre que hizo el Mar Báltico. Cuentos rusos de ciencia ficción*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2009, p.22.

ración imaginaria, de modo que el individuo moderno, totalmente impotente ante los instrumentos que constituyen el entorno de su vida cotidiana —coche, ordenador, lavaplatos, equipo estéreo—, y que son para él aparatos mágicos que funcionan sin que él sepa cómo [...] se cree investido de los poderes de un todopoderoso demiurgo de la tecnociencia en el momento en que gira la llave de contacto de su coche climatizado, o se conecta a Internet.<sup>12</sup>

Desarrollar entonces una crítica a la técnica que ha perdido su *logos* dista mucho de oponerse a cualquier relación del ser humano con la naturaleza y las cosas que esté mediada por la técnica. Sin embargo todo ello se obvia deliberadamente cuando se presentan los dos bandos supuesta y únicamente posibles en esta discusión, tecnófilos y tecnófobos, a los que se atribuye maníqueamente racionalidad e irracionalidad respectivamente: nótese los matices semánticos de los adjetivos cuando en un manual universitario se habla de «los tecnófilos comprometidos frente a los tecnófobos recalitrantes»<sup>13</sup>. Argumentos similares pueden encontrarse en el artículo *El final de la comunicación alienada*, enmarcado en el volumen de ensayos sobre las nuevas tecnologías de la información y la comunicación *Ontología de la distancia. Filosofías de la comunicación en la era telemática*, coordinado entre otros por Félix Duque a partir de unas conferencias en la Universidad Autónoma de Madrid. Pocos ejemplos se podrán hallar como este libro de tan ufana unión entre la tecnofilia más infantil y desafortada, un enfoque posmoderno, y un lenguaje encriptado tan caro al mundo académico en general, y al posmoderno en particular. En el artículo referido, cuya proclama inicial no deja espacio para la ambigüedad cuando reconoce en «la marcha triunfal del teléfono móvil un desarrollo absolutamente humano y liberador. Este es el punto de vista que defenderé en este ensayo»<sup>14</sup>, se advierte más tarde que «la revolución de la red tiene también sus contrarrevolucionarios, a veces brillantes [...] pero mayoritariamente gritones e ignorantes. Su pesimismo tecnológico es infundado e incluso nocivo», mientras que según su criterio «el enfoque que defiende la construcción social de la tecnología es mucho más sólido: utilizamos y desarrollamos aquellas herramientas y tecnologías que necesitamos socialmente [...] las sociedades desarrollan aquellas tecnologías que mejor encajan con los valores, normas y fines de

su tiempo». Esta postura, cuyo cuestionamiento se ha esbozado más arriba, no yerra empero al considerar al teléfono móvil como «la herramienta de comunicación característica de la sociedad posmoderna», hecho que es juzgado, cómo no, liberador y beneficioso. Pero sobre esto volveremos enseguida.

Más allá de peroratas universitarias que casi nadie lee, es en la sociedad de masas donde militan los verdaderos y más fanáticos amantes de las nuevas tecnologías. Son ellos los que con más ahínco incurren en la ceguera de juzgar los juguetitos tecnológicos de manera aislada respecto al sistema del que forman parte y dependen para su existencia. El infantilismo del que adolecen en sus hábitos de consumo —como señaló uno de los grandes críticos de nuestro tiempo «por dinero hay hombres capaces de matar al niño que llevan dentro, para después, una vez conseguida su fortuna, dedicarse a malgastarla como si fuesen niños»— no es privativo de las capas más jóvenes de la sociedad, sino que se extiende a personas adultas de cuarenta o cincuenta años. La —digámoslo ya— adicción a Internet y las descargas *gratuitas* de música, películas y cine, las web de ocio, deporte, moda, los foros, chats, y un larguísimo y nauseabundo etcétera, debe ser puesta en relación con varios factores. En primer lugar no rompe, sino que continúa —y multiplica— la tendencia al consumo febril que se desata en los países occidentales después de la II Guerra Mundial, cuyo origen se remontaría según Lewis Mumford a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX con la trasposición del lujo cortesano a otras capas de la población, universalizando la identificación entre el *Goods life* (vida de los bienes de consumo) y el *Good life* (la buena vida)<sup>15</sup>. Subyace asimismo entre estas personas una fascinación por los artilugios tecnológicos que está revestida de un poderoso trasfondo mágico y religioso en la veneración de una tecnología cuyo funcionamiento les resulta incomprensible al mismo tiempo que se sienten, al usarla, dioses capaces de cualquier hazaña. Por último, cabe señalar —aunque, como apuntábamos antes, este análisis no es exclusivo de *pesimistas tecnológicos* como nosotros— que es en un mundo fragmentado, caótico, y acelerado, sin referentes firmes y seguros de valores y creencias, donde tiene lugar este fenómeno del *homo* hiper tecnologizado:

12. Jean-Marc Mandosio, *idem*.

13. *Lenguaje y nuevas tecnologías*, Julia Lavid, Cátedra 2005, p.42.

14. *El final de la comunicación alienada*, Kristóf Nyíri, en *Ontología de la distancia*, ed. Gabriel Aranzueque, Madrid, Abada, 2010, p.121. El manual destila tal onanismo posmo-tecnológico que le

deja a uno turuleto (a excepción del ensayo *El final de la distancia*, de José A. Bragança de Miranda) y bien merecería una reseña que expusiera pormenorizadamente la miseria intelectual de este tipo de papanatas.

15. *Técnica y civilización*, Lewis Mumford, Madrid, Alianza, 1971, pp. 121-125.

No es sólo que la tecnología del capitalismo refuerce un orgulloso sentido del individualismo, es que de hecho lo constituye desde su base, sacando enormes ventajas de lo que no es sino un tipo de aislamiento social blindado. ¿A quién sino a una masa de individuos solos, incomunicados y divididos al máximo podrían vender sus remesas masivas de teléfonos móviles, videojuegos, tranquilizantes, refrescos, asientos reclinables, discos compactos y demás chatarra infrasocial?<sup>16</sup>

Más aún: por si no era suficiente con la adicción generalizada a Internet y los ordenadores, por un lado, y a la comunicación vía teléfono móvil, por el otro, en los últimos tiempos se está extendiendo el uso de la feliz unión entre ambas tecnologías: los teléfonos *inteligentes*, la mayoría de pantalla táctil, con conexión a Internet, cuyo modelo más extendido podría servir para enarbolar el incipiente lema de los consumidores modernos: «No sin mi iPhone». En efecto, el grado de afección y fanatismo por este nuevo artilugio desborda cualquier análisis racional; en el momento en que se pone a la venta un nuevo modelo (recientemente se ha comenzado a comercializar el iPhone 4S), se forman inmensas colas para hacerse con un aparato, y la adicción por éste lleva a que muchas personas, ante su pérdida o robo, traten de restituirlo inmediatamente, presas de la ansiedad. Mientras ultimábamos el número de la revista aconteció algo que no hacía sino constatar esta adicción: el pasado diez de octubre un fallo en las Blackberry colapsó durante varias horas sus servicios *on-line*, teniendo como consecuencia que los usuarios *sólo* pudieran realizar llamadas y enviar mensajes de texto, pero no acceder a Internet. Esta caída del servicio provocó una ola de indignación entre los clientes de este tipo de teléfono, llamadas a los números de atención al cliente pidiendo explicaciones y, cómo no, exigiendo reparaciones por el terrible suplicio de pasar varias horas sin Internet en sus teléfonos móviles. Por fortuna o por desgracia, quienes formamos parte del colectivo editorial de esta revista carecemos de uno de esos aparatos y entre los que nos rodean tampoco abundan, y ello, unido a lo relativamente novedoso de este tipo de teléfonos, nos dificulta a la hora de disponer de suficientes elementos para reflexionar sobre qué consecuencias puede acarrear su uso, aunque trataremos de esbozar algunos apuntes.

«A tu bola en el bus»: así rezaba el cartel publicitario de la parte trasera de un autobús urbano madrileño para promocionar una aplicación del juego de bolas ‘Pang’ para los

*smartphone*. Si en sí mismos los trayectos en el transporte público hacia el trabajo o el instituto no son muy propicios para mantener amenas conversaciones con tus conciudadanos, ahora se invita deliberadamente a los viajeros a que estén *a su bola y pasen* de todo. Este es el signo de nuestro tiempo: artilugios técnicos destinados —a priori— a la comunicación con otras personas, sirven en realidad para el fin contrario, aislando al usuario de todo lo que le rodea al tiempo que trastoca el modo de relacionarse con los suyos. El teléfono móvil, desde su aparición, significó en gran medida, junto a la posibilidad de comunicarte con personas sitas en casi cualquier lugar del mundo, aislarse del entorno que le rodea. A finales del siglo XIX, cierto literato dejaba entrever la pérdida de experiencia que podía llegar a acarrear la posesión de una línea telefónica en casa:

Y, así, Juan llevaba media hora cantando: *Elle a dit de moi et ce qu'elle a dit est sincère*, sin haber pensado una vez en lo que significaban estas palabras y en un tono que significaba más bien la inconsciente alegría que le daba el mal tiempo y el hecho de estar en relación íntima con él, de la misma manera que el pueblo se había puesto oscuro y violáceo al pasar el nubarrón, y la carretera, que primero había sentido volar un poco de su polvo y estremecerse sus hierbas al pasar el viento tempestuoso, se cubría ahora de goterones de lluvia. Satisfacción que es fácil leer en la cara de todo paseante que vuelve a casa a mudarse, aunque la exprese con las palabras «qué tiempo más asqueroso», tan poco en relación con la sensación que experimenta (y que se manifiesta en el tono gozoso con que dice esas tristes palabras) como el cantar *Elle a dit de moi*, pero una sensación que los progresos del bienestar y del confort han hecho desaparecer, sustituyendo una caminata en un tiempo inseguro para ir a pedir información por un telefonazo<sup>17</sup>.

Cuántas veces no habremos vivido la siguiente escena: dos amigos conversando mientras toman un café, y una o varias llamadas al móvil provocan la reiterada interrupción de la charla. Con los *smartphone* esta tendencia se multiplica aún más, ya que al disponer de conexión a Internet, es moneda corriente tener abiertos programas como Facebook —con su *chat*—, Skype, etc., así como un servicio gratuito de mensajería instantánea entre *smartphone*, el *whatsapp*, que miles de personas utilizan como principal canal comunicativo con sus amistades. La ya vieja promesa de la telefonía móvil de no encontrarte nunca solo alcanza ahora su total realización. Con sus decenas de aplicaciones,

16. Acerca de algunos falsos juicios muy actuales sobre Naturaleza y Técnica, en Los Amigos de Ludd. Boletín de información anti-industrial, nº3, Junio de 2002, p. 2. Puede encontrarse una compilación de textos de los nueve boletines aparecidos entre 2001 y 2006 en *Antología de textos de Los Amigos de Ludd*, Bilbao, Muturreko Burutazioak, 2009.

17. Jean Santeuil, Marcel Proust, vol. 1, Madrid, Alianza, 1971, p. 195.

su permanente conexión a Internet, el *smartphone* se ha convertido en la herramienta-para-todo, mediador universal y único para cualquier menester y necesidad. En el volumen de ensayos sobre telemática antes referido, Enrique Lynch se pregunta «por qué los individuos reclaman que cada vez más y más herramientas electrónicas estén integradas en el teléfono móvil», y ante la previsible respuesta de necesitar «tenerlas todo el tiempo a mano», el autor responde con una nueva interrogación:

Pero, ¿por qué quieren semejante cosa? ¿Acaso necesito tener junto a mí todo el tiempo mis radios, mi biblioteca, mis discos, mis fotos, mis direcciones de correo electrónico, mis facturas pendientes de pagar o cobrar, mi obra escrita y mis apuntes, mi correspondencia, etc.? ¿Cómo se debe interpretar esta *necesidad*? Quienes afirman que es el efecto de una forma de enajenación dicen una media verdad. En términos de preferencias de vida, todos los recursos de que disponemos en nuestra actual sociedad de consumo, los que necesitamos y los que nos son inducidos por comerciantes, industriales y gobiernos como necesidades más o menos artificiales, suponen de nosotros cierto grado de enajenación. En la sociedad de mercado y de consumo, *todas* las necesidades [...] se traducen en conductas de alienación por parte de los individuos.<sup>18</sup>

Entre otras reflexiones rezumantes de, una vez más, topicazos sobre los *pesimistas tecnológicos* —ahora calificados de «viejos reaccionarios», ¡y nosotros con estos pelos!—, Lynch concluye que la desterritorialización es el motivo primero de esta querencia de aplicaciones en el móvil, y no deja de sorprender que después de una frase que deja escaso espacio a la ambigüedad, «la desterritorialización, aunque muy extendida y cotidiana, no es por ello menos traumática, menos inhumana», el autor vuelve a la carga con que «no hay técnica o tecnologías inhumanas sino usos inhumanos de la técnica y la tecnología». Es notorio cómo su tecnofilia apriorística se sobrepone a sus juicios particulares para emitir una conclusión final que en nada se corresponde con aquéllos.

La fusión de Internet y telefonía móvil conlleva asimismo, según acostumbran a decir sus defensores, la definitiva anulación de la distancia y, más aún, el trastocamiento de «las relaciones espacio-temporales entre individuos y la representación recíproca de sus respectivos territorios», por lo que «cuando se suspende la experiencia corriente del espacio, cambia consecuentemente la experiencia temporal,

lo que da lugar a una nueva forma de instantaneidad<sup>19</sup>». Sin embargo, como el mismo autor de este artículo señala, la pretendida finalidad de las telecomunicaciones, cuyas campañas publicitarias no se cansan en repetir, a saber, que la telecomunicación acerca a las personas, es meramente metafórico, puesto que «en rigor, lo único que hacemos es establecer un contacto verbal con quien está lejos». No se eliminan las distancias, sino que se modifica la percepción que tenemos de ellas, alterando asimismo el modo en que nos relacionamos con nuestros semejantes, dado que alguna diferencia habrá entre mantener una conversación cara a cara con tu mejor amigo, a hacerlo por teléfono, *messenger*, o *whatsapp*.

### **La crítica desgarrada**

Mientras las tropas alemanas marchaban sobre toda Europa y en territorio del III Reich se planeaba el exterminio total de la población judía, Theodor W. Adorno escribía desde el exilio estadounidense sus *Minima Moralia: reflexiones desde la vida dañada*, un conjunto de fragmentos en forma de reflexiones y críticas de los aspectos individuales de la sociedad cuyos rasgos colectivos se reflejaban en aquéllos. En la dedicatoria a su compañero Max Horkheimer que sirve de prólogo, pese a advertir contra el peligro en el que puede caer la visión subjetiva, que podría con su tarea erigir un «lamento por el curso del mundo» que habría que rechazar porque el «sujeto que se lamenta amenaza con anquilosarse en su modo de ser», el filósofo alemán justifica esta reflexión individual ante el desconcierto que le provoca el mundo resquebrajado que le rodea:

La vida del espíritu sólo conquista su verdad cuando éste se encuentra a sí mismo en el absoluto desgarramiento [...] cuando mira cara a cara a lo negativo y permanece cerca de ello.<sup>20</sup>

Juanma Agulles, fiel a las palabras del prólogo de Adorno: «quien quiera conocer la verdad sobre la vida inmediata tendrá que estudiar su forma alienada, los poderes objetivos que determinan la existencia individual hasta en sus zonas más ocultas», se interroga en el primer artículo del monográfico sobre la tarea que debe abordar el crítico en la sociedad hiper-tecnologizada contemporánea. El autor parte de una verdad dolorosa<sup>21</sup>: en un mundo transformado e irreconocible, ¿desde dónde puede apoyarse alguien para

18. *La felicidad de las mónadas*, Enrique Lynch, en *Ontología de la distancia*, op. cit., pp. 88-89.

19. *Ibidem*, p. 78.

20. T.W. Adorno, citando a Hegel, en *Minima Moralia*, Obra Completa, Tomo iv, Madrid, Akal, 2004, p.19.

21. «El pensamiento es un dolor hereditario»: con esta frase culminaba en 1975 su fugacísima obra, pocos meses antes de morir con diecinueve años, el genial poeta canario Félix Francisco Casanova.

ejercer la crítica, qué elementos le pueden servir de sostén, de puntos de partida?

Las ruinas que esa gran transformación nos ha dejado como herencia son un difícil punto de partida para cualquier reflexión crítica, pero su descripción descarnada es condición indispensable para poder hacer algo con ellas.

Sin embargo, quien acometa esta labor se expone, según Agulles, a una absoluta incompreensión, cuando no hostilidad abierta, al cuestionar uno de los mayores dogmas de la sociedad industrial. Como hemos visto más arriba, aquellos que a priori podrían ejercer este tipo de crítica desde las parcelas académicas se entregan, en cambio, a la filiación completa con la organización derivada de esta tecnologización de la sociedad. En la conmovedora autobiografía que escribiera desde el exilio, Stefan Zweig describía la fe que a finales del siglo XIX y primeras décadas del XX depositaban los intelectuales, artistas y políticos en el progreso técnico, al que el escritor austriaco atribuía «la fuerza de una verdadera religión [...] y su evangelio parecía irrefutablemente probado por los nuevos milagros que diariamente ofrecían la ciencia y la técnica», y observaba cómo aquella generación había caído en una ceguera idealista al creer que «el progreso técnico debía ir seguido necesariamente de un progreso moral igual de veloz»<sup>22</sup>, mientras que el verdadero resultado había consistido en dos guerras mundiales con millones de muertos, la posibilidad de exterminar con medios técnicos a la población civil, y una sociedad abrazada a la virilidad nacional de la guerra que horrorizaba sobremanera a un europeísta y pacifista como Zweig. Setenta años después, aquellos sucesos han sido cómodamente desplazados al cajón del olvido, o bien se han inoculado con anestesia al considerarlos un *paréntesis*, y no una *consecuencia*, de la sociedad del capitalismo industrial. Esa religión del progreso técnico que denunciara Stefan Zweig alcanza hoy su mayor grado de desarrollo histórico y las nocividades que entraña no son siquiera valoradas por la inmensa mayoría de la intelectualidad. Por ello cuestionar el totalitarismo tecnológico, así como la resistencia que se le pretenda oponer, no son sino materiales de derribo, puesto que la «crítica de aquello que nos destruye está marcada con las huellas de la destrucción». Admitirlo constituye el primer paso para poner freno al desarrollo ciego de nuestro mundo.

Juanma Agulles forma parte del colectivo editorial El Salmón-Cul de Sac. Es autor de los libros *Non legor, non le-*

*gar. Literatura y subversión* (Ed. El Tábano, 2008) y *Sociología, estatismo y dominación social* (Brulot, 2010), así como de diferentes artículos entre los que cabe destacar *La crisis como momento de dominación social* y *La ciencia social al servicio del orden*, aparecidos respectivamente en los números 37 y 38 de la revista Ekintza Zuzena.

### ¿Sueñan los termostatos con temperaturas correctas?

Para analizar el papel que juegan las NTIC en nuestras sociedades es necesario detenerse primero en el elemento clave que las antecedió y las hizo posible: el ordenador. En *La ideología de las máquinas: tecnología informática*, Neil Postman denuncia la omnipresencia de los ordenadores en todas las áreas de nuestra existencia, «universalidad» que conlleva que sus usos sean casi ilimitados y que generalmente se encuentren integrados en las estructuras de otras máquinas. A pesar de que por ese motivo pueda generar dificultades «aislar las ideas específicas suscitadas por la tecnología informática», Postman destaca en primer lugar cómo se *sobreentiende* que cualquier cosa que un ordenador pueda hacer, debe hacerla, constatando el abandono del principio de precaución o modestia tecnológica que la organización social de la civilización industrial ha elegido como camino a la hora de valorar la pertinencia de las innovaciones técnicas. El punto central del artículo de Neil Postman radica en cómo los ordenadores están afectando al modo en que la gente entiende e interpreta el mundo, constatando «una nueva relación con la información, el trabajo, el poder, y la misma Naturaleza»:

El ordenador redefine a los humanos como «procesadores de información» y a la propia naturaleza como información que ha de ser procesada [...] lo que tenemos aquí es un ejemplo de metáfora que ha enloquecido. De la proposición de que los humanos son, en algunos aspectos, como máquinas, nos desplazamos a la proposición de que los humanos no son mucho más que máquinas y, finalmente, a la de que los seres humanos *son* máquinas. Y a partir de ahí inexorablemente, tal como indica el comentario de McCarthy, a la proposición de que las máquinas son seres humanos.

El comentario de John McCarthy, inventor del término «inteligencia artificial» fallecido recientemente, al que hace referencia, se refiere a la conocida anécdota de los termostatos: cuando McCarthy llegó a asegurar que hasta máquinas simples como esas tienen creencias, el filósofo John

22. *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Stefan Zweig, Barcelona, Acantilado, 2001, pp. 19-21.

Searle le preguntó «¿Qué creencias tiene su termostato?», a lo que McCarthy contestó «hace mucho calor, hace mucho frío, y esta es la temperatura correcta», redefiniendo de esta manera qué sustenta las creencias humanas. En otro artículo<sup>23</sup> Neil Postman esgrimía que dentro de toda tecnología se esconde una idea-fuerza, es decir, que «toda tecnología incorpora una filosofía que es expresión de cómo nos hace usar nuestra mente [...] cómo codifica nuestro mundo». Si a un hombre con un martillo, argüía Postman, todo le parece un clavo, o a una persona con una cámara de televisión todo le parece una imagen, a cualquier persona con un ordenador todo le semejan datos que procesar, llegando a aventurar que «en la era de las computadoras, el concepto de sabiduría puede que no tarde en desaparecer por completo».

Otra idea fundamental que se desarrolla en el artículo es el cambio de agente y la pérdida de responsabilidad que han conllevado los ordenadores. Postman cita ejemplos que todos habremos vivido en algún momento: llegar al banco a realizar una operación y que el dependiente nos diga que no se puede llevar a cabo ya que *el ordenador no le deja*, o tratar de retirar un libro de la biblioteca y que el servicio de préstamo no funcione porque *el sistema informático está colapsado*, frases heredadas y coetáneas del clásico *por problemas técnicos*. El autor afirma que en la sociedad burocratizada en la que habitamos, y ante la total dependencia del individuo respecto a las entidades públicas y privadas de cara a cualquier aspecto de su cotidianeidad, el ordenador constituye el elemento ideal para los que dirigen nuestros pasos, ya que siempre albergan la posibilidad de excusarse en los fallos informáticos. Postman afirma incluso que si Adolf Eichmann, jerarca nazi responsable de organizar el envío a los crematorios a miles de judíos, hubiera realizado esa *gestión* a través de un sistema de ordenadores, no habría sido extraño que jamás se le hubiera pedido cualquier tipo de responsabilidad por sus actos.

Neil Postman vivió entre 1931 y 2003 y durante décadas impartió clases en el departamento de cultura y comunicación de la Universidad de Nueva York. En Estados Unidos es sobre todo conocido por el libro publicado en 1985 *Divertirse hasta morir: discurso público en la era del show-business* (Ediciones de la Tempestad, 2001), donde el autor expone que la sustitución del medio impreso por el televisivo ha conllevado una disminución de la capacidad de los medios de comunicación para transmitir ideas complejas y serias, sustituyéndolas por imágenes banales y superficiales. En 1992 se edita su libro *Tecnópolis: la rendición de la cul-*

*tura a la tecnología* (Galaxia Gutenberg, 1994), uno de cuyos capítulos es el artículo presentado en este monográfico. Tecnópolis es definida como aquella sociedad que considera que la principal, si no única, meta del pensamiento y el trabajo humano es la eficiencia; que el cálculo técnico es en todos los sentidos superior al juicio humano; y que los problemas de los ciudadanos deben ser tratados y solucionados por expertos. Postman, que con ese libro se ganó la etiqueta de *luddita* —que él siempre rechazó—, consideraba a Estados Unidos una tecnópolis inundada de tecnófilos que jamás se detienen a valorar los posibles efectos perjudiciales de las innovaciones tecnológicas.

### **Un verdugo de mil caras**

La generalización en el uso de los ordenadores personales supuso el origen de un cambio en cuanto a la manera de relacionarse en innumerables campos de la vida cotidiana —trabajo, ocio, estudio, etc.— que con el asentamiento definitivo de Internet ha alcanzado su completa realización. Aunque resulte una perogrullada, pocos parecen dispuestos a reflexionar sobre el asombroso cambio que ha sufrido la sociedad en los últimos quince años, en el transcurso de los cuales un amplio segmento de la población urbana ha adquirido una conexión a Internet en sus casas o puestos de trabajo. Basta con que cualquiera de nosotros eche la vista atrás y piense de qué forma resolvía las cuestiones que planteaba el día a día, ya que en la actualidad todas ellas han quedado englobadas en el empleo de Internet para solventarlas. Ya queramos consultar el horario de una película, adquirir un billete de tren, localizar en un mapa la dirección de una cita, enviar currículos a empresas, consultar en una enciclopedia un dato histórico, o contactar con amigos para quedar con ellos o simplemente charlar, ¿cuántas personas efectúan estas acciones mediante los métodos previos a la aparición de Internet? Más aún: ¿cuántas estarían dispuestas a regresar a esos hábitos que tan pretéritos nos suenan?

A comienzos del año 2011 se publicó la traducción castellana del libro de Nicholas Carr *Superficiales: ¿qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, cuya lectura crítica presentamos en el apartado de reseñas. Carr, que se hizo muy conocido a raíz de su artículo *¿Nos vuelve Google estúpidos?*, amplía su análisis de los efectos que está generando el uso de Internet en un libro sobresaliente cuya lectura recomendamos con ahínco y del que exponemos una extensa reseña que resalta los aspectos más interesantes del libro del escritor estadounidense. Y es que, pese a que pocos

23. Las cinco advertencias del cambio tecnológico.

niegan la profunda alteración que está sufriendo nuestro estilo de vida, apenas se escuchan voces críticas que cuestionen sus consecuencias. Es más: la pampirolada mental de quienes componen el mundo periodístico y editorial conduce a la aparición de obras como *Tecno estrés*, del catedrático en psicobiología en la Universidad de Murcia, José Antonio Martínez Selva, donde el autor constata que muchas personas, en general de edad adulta, sufren afecciones mentales como depresión, estrés, o ansiedad, como consecuencia de no saber adaptarse a los rápidos cambios tecnológicos, llegando a generar en algunos casos tecnofobia. Pero como Martínez Selva afirma que el suyo no es un «libro anti tecnológico» propone para aquellos que no consiguen adaptarse a los hábitos propiciados por las nuevas tecnologías consejos para no convertirse en tecnófobos<sup>24</sup> (!). Frente a todo esto el libro de Carr proporciona un oasis de independencia y reflexión crítica de la que tanto carece la sociedad occidental.

El artículo elegido en siguiente lugar tiene por objeto de análisis la película *La red social* (David Fincher, 2010) y, por ende, la red social Facebook. En un monográfico que versa sobre las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación no podíamos obviar la poderosa influencia que están ejerciendo las redes sociales en la articulación de las relaciones humanas. *Fausto al teclado: una crítica de La red social*, de Ángel Ferrero, texto aparecido en páginas web como Sin Permiso o Rebelión a comienzos de año, comienza aportando unos datos sobre las conexiones entre los accionistas de Facebook y agencias gubernamentales como la CIA estadounidense, cuestiones que en cualquier caso no constituyen ningún secreto y que repiten conocidos clichés (que por ser tales no dejan de ser ciertos) sobre el origen militar de tecnologías como Internet. Los dos aspectos, en cambio, que nos resultan de interés en el texto, son otros.

El primero se refiere de modo general a cómo «Facebook está modificando las pautas de comportamiento social de muchas personas y no parece que lo esté haciendo precisamente para bien», en palabras del autor. En efecto, es a través de Facebook o Tuenti como muchísima gente joven, y no tan joven, está organizando su vida pública y privada: es el lugar donde subir las fotos del verano o de la borrachera del último fin de semana; es el lugar donde compartir las canciones, películas o noticias que te gustan; es el lugar donde expresar cómo te sientes, mostrar tu felicidad, tristeza, o cualquier frase fútil que uno quiera pegar en su muro;

es el lugar a través del cual chatear con tus amigos, e incluso, el lugar donde hacer nuevas amistades agregando a personas desconocidas... Se ha convertido, en definitiva, en el mediador entre las personas y su vida social, convirtiéndose en ocasiones el medio en un fin, substituyendo las relaciones virtuales a aquélla. En un fanzine podía leerse el siguiente diálogo:

—¿Sabes que las relaciones entre gente que vive en un mismo sitio no han sido siempre como hoy las conocemos?

—¿Qué?

—Sí, antes existía mucha más vida pública, y había un sentimiento de pertenencia mucho mayor; la gente pasaba mucho más tiempo en la calle, lxs niñxs salían más a jugar por ahí...vamos, que la gente no estaba tan aislada como ahora ni predominaba tanto la vida privada.

—Ya, pero a mí todo eso me da igual. Yo puedo conversar con Fulano o Pelangano a tiempo real con sólo apretar un botón.

—Sí, pero antes las relaciones eran más reales y más directas porque existía un espacio público para las personas y no para las máquinas, y porque la gente a la hora de comunicarse no estaba tan mediatizada por todos esos cachivaches que ahora son tan necesarios. Nunca la comunicación fue tan virtual<sup>25</sup>.

Ángel Ferrero se interroga sobre los cambios en el concepto de privacidad o la concepción que tenemos de la amistad: ¿quién tiene en la vida real las decenas o centenas de amigos que mucha gente tiene en Facebook? ¿Y qué tipo de amistad —apoyo, cariño, fidelidad, constancia, comprensión— ofrecen? Estas redes crean, además, la necesidad de manifestarse constantemente, de dejar constancia de que uno existe, aunque, como apunta Jordi Quiñonero «el contenido, lo que se dice, deja de tener sentido, lo importante es decir, estar ahí, usar la red, lo importante es publicar un Tweet que diga: “mis vacaciones son la hostia” aunque en realidad estés cagando en el wáter de tu casa. Ambas afirmaciones importan lo mismo, es decir, nada, pero con la primera quedas mejor [...] lo importante es estar, que no pase ni un día sin publicar nada, atormentados esclavos del “estado de ánimo” y la frase célebre para el perfil»<sup>26</sup>. Estos fenómenos están ligados obviamente a la profunda desestructuración y desaparición de las comunidades reales provocada por otros factores —laborales, urbanísticos, etc. Internet y las redes sociales que alberga, culminan al mismo tiempo la desaparición de dichas comunidades a la vez

24. Pese a que por lo general los comentarios a las noticias y artículos en los periódicos digitales no destaquen por su capacidad crítica y reflexiva, en uno de ellos encontramos una escueta pero lúcida respuesta a la noticia de la publicación de este libro: «tecnogilipollez».

25. Del fanzine *La realidad existe*. Para dirigirse a el/la autor/a: Ap. Correos 2576, 28080 Madrid.

26. *El almuerzo de la araña*, Jordi Quiñonero, artículo recogido en el número de invierno 2010-2011 del periódico Al Margen.

que crean la ilusión de crear unas nuevas sustentadas en la comunicación virtual.

El segundo aspecto del artículo de Ferrero que querríamos reseñar brevemente es el de la implicación de las redes sociales en las movilizaciones políticas. El autor considera que el grado de implicación real que propician las redes sociales es casi inexistente comparado al que exige la militancia constante en una lucha política, y por ello considera un peligro que los movimientos sociales vuelquen su activismo hacia la red alejándose cada vez más de la calle.

Es necesario aclarar que este texto se escribió antes de las revueltas de la primavera árabe así como de la aparición del 15-M, por lo que el análisis vertido en él no ofrece elementos de debate que serían de interés para la comprensión de estos hechos.

Ángel Ferrero es licenciado en Comunicación Audiovisual por la Universidad Autónoma de Barcelona y forma parte del comité de redacción de la publicación *Sin Permiso*.

### **La revolución del ordenador frente a la servidumbre humana**

Langdon Winner es profesor de Ciencias Políticas en el Departamento de Ciencia y Tecnología del Instituto Politécnico Rensselaer de Nueva York. En 1979 publicó *Tecnología autónoma*, donde constataba que el desarrollo tecnológico había alcanzado una autonomía dentro de la sociedad que impedía su control ético y político por las comunidades: «[...] lejos de estar controlada por los fines deseados y racionales de los seres humanos, la tecnología rige actualmente su camino, velocidad y destino propios». Esta autonomía, sin embargo, no se refería a un «determinismo tecnológico», en el que cualquier cambio social vendría determinado por las condiciones de desarrollo de un impersonal «sistema técnico» o de las «fuerzas productivas», como algunos de sus críticos han dicho. Más bien, el trabajo de Winner ponía el acento en que, en las actuales condiciones de producción, el recurso a la tecnología es un principio que pretende escapar a los cuestionamientos políticos, y se va convirtiendo en una forma de organización social con características propias, que transforma las relaciones sociales adecuándolas a los procesos de automatización y racionalización iniciados por la revolución industrial.

La generalización de la tecnología y su creciente autonomía hace que se refuercen las relaciones de dominación en su conjunto, por más que la aplicación tecnológica en éste o aquel sector particular supongan algún tipo de *mejora* en la productividad o en las condiciones materiales inmediatas. Winner destacaba, en aquel trabajo de finales de los años

setenta del pasado siglo, que la oposición real que hay que desentrañar es, pues, la de «la autonomía técnica» frente a «la autonomía humana».

En su crítica a la creencia ciega en el desarrollo tecnológico, Winner recogía la idea de que un flujo tecnológico incontrolado que da como resultado una mayor incertidumbre respecto a los cambios sociales, entra en contradicción con las teorías liberales de la «libre elección democrática» —supuesto político del capitalismo industrial—. La respuesta del liberalismo tecnófilo habría sido la siguiente: profundizar en la organización técnica hasta que cada sujeto sea un instrumento técnico, convertir el pensamiento en *tecnología*, y hacer el funcionamiento del sistema más «participativo» o «interactivo», induciendo múltiples situaciones de elección inmediata sobre alternativas prediseñadas; que la sociedad esté siempre alerta e informada para los posibles cambios, los bruscos desplazamientos y las situaciones de emergencia que cada vez se darán en menor plazo. Sin embargo, la autonomía de los sujetos a través de esta *tecnologización* nunca acaba de llegar; y lo que se puede constatar, más bien, es la creciente dependencia del ser humano respecto al entramado de máquinas, técnicas y relaciones de poder.

Esta ideología del progreso tecnológico, según Winner, acuna en su seno una paradoja que, además, se autoafirma ante cualquier crítica. La paradoja se da en los siguientes términos: por un lado se afirma que «no se puede detener el progreso técnico, es algo natural sometido a leyes que los humanos no podemos cambiar», y por otro se sostiene que «la tecnología no es mala ni buena, depende del uso humano que se le dé». Quizá uno de los mayores triunfos del proceso de *racionalización* sea, precisamente, habernos acostumbrado a esa irresoluble contradicción y acabar por no querer verla ni pensar más en ella. Así se podría resumir el principio de la industrialización del mundo: «ser esclavos para ser libres».

La conclusión que Winner extrae de su análisis es la siguiente: «no puede haber autonomía humana frente a la autonomía técnica».

Frente a las teorías que especulan con una supuesta «comunidad virtual» o una especie de «cibersocialismo de la red», habría que recordar que el principio actuante en el desarrollo tecnológico, desde los inicios de la industrialización, es la *división para la productividad*. Winner declara: «La tecnología cumple sus objetivos desmontando el mundo y volviendo a montarlo de modo productivo [...] La división precisa es absolutamente fundamental para el buen resultado de esta operación».

Ese «volver a montar el mundo» se realiza de una *forma* determinada, y es sobre la base de las relaciones de dominación preexistentes. Al volver a estructurar la existencia bajo los criterios de la ganancia y la perpetuación de los privilegios de unos pocos, la cadena de mando exige que sólo funcione en una dirección «de las condiciones técnicas a la gente y su organización social, y no en sentido contrario». Esto debería bastar para desterrar cualquier argumento sobre la *neutralidad* de las nuevas tecnologías. El simple hecho de la relación como «usuarios» —de los ordenadores, de Internet, redes sociales, etc.—, no puede hacer perder de vista todo un sistema tecnológico que expresa y refuerza unas condiciones de dominación social previas que, en ningún caso transforma, si no es para profundizarlas y legitimarlas.

Al multiplicarse los desarrollos tecnológicos y tender a la integración y la centralización en unos pocos grupos dominantes, la interdependencia de todo el sistema genera la posibilidad de lo que Winner denomina *apraxia*. La *apraxia* supone que en un sistema técnico complejo, la paralización de una sola cadena de mando puede llevar a la inmovilización de todo el sistema. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿quién será capaz de producir esa paralización en «una sola cadena de mando»? Quizá la historia de los dos últimos siglos haya sido la historia de la desaparición de los sujetos colectivos capaces de producir esa paralización, y la culminación incontestable de la sociedad tecnológica. Por tanto, la *apraxia* puede venir marcada por algo que los apologistas del progreso tecnológico han ignorado olímpicamente: los límites externos del capitalismo, su dependencia energética del combustible fósil, o de los minerales necesarios para la industria informática —también finitos—.

En *La ballena y el reactor. Una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología*, publicado en 1986, Winner planteaba respecto a la limitación del desarrollo tecnológico, lo siguiente: «Lo que en apariencia no son más que instrumentos útiles son, desde otro punto de vista, estructuras duraderas de acción social y política. ¿Cómo podremos mirar más allá de los hechos obvios de la instrumentalización para estudiar la política de los objetos técnicos?». Su respuesta fue que el intento de realizar una filosofía política de la tecnología había sido soslayado de forma sistemática en las sociedades más industrializadas —precisamente en aquellas en que el desarrollo técnico estaba modificando radicalmente las condiciones de vida humana—. Para Winner, renunciar a pensar este fenómeno en clave política constituía un «sonambulismo tecnológico»; una aceptación acrítica del orden social que él atribuía a la «asombrosa influencia de la idea de “progreso” en el pensamiento social duran-

te la era industrial». En el número anterior de esta revista ya dedicamos tiempo a evaluar esa influencia de la idea de progreso en las sociedades contemporáneas. La aportación de Winner es relevante por cuanto enlaza las aspiraciones de transformación social con esta creencia en las «nuevas tecnologías», y en la generalización del uso de ordenadores como potenciales herramientas de emancipación.

Winner utilizó el término «mitoinformación» para referirse a esta creencia salvífica de las innovaciones tecnológicas que, en el caso de la informática, tomaron desde los años sesenta la forma de una «revolución del ordenador», o una «revolución microelectrónica» o, más recientemente, una «revolución de la red». Esta metáfora de la «revolución» es investigada por Winner, que adelanta: «la misma sociedad que ahora se dice que está sufriendo la revolución del ordenador hace largo tiempo que se acostumbró a las “revoluciones” de detergentes, desodorantes, ceras para el suelo y otros productos de consumo». Una de las características más sobresalientes de esta revolución de la información es, sin embargo, su «manifiesto silencio sobre sus propios fines». Por lo general, los defensores de la informatización de la existencia se contentan con describir qué cantidad de cosas pueden hacer los ordenadores y cómo, pero rara vez responden a la pregunta *para qué*.

La mitoinformación se caracteriza por argumentar que, en el periodo actual de las sociedades industrializadas, se abre paso una creciente era postindustrial en la que ya no sería la tierra (agricultura) ni el capital (industria) aquello relevante para la riqueza de las naciones, sino la información y el conocimiento (servicios). En ese sentido, la introducción de los ordenadores supondría una «revolución», atendiendo a que nivelaría las diferencias sociales, atenuaría la capacidad de los gobiernos para manipular a la población, y pondría fin a una era en la que el trabajo humano era el factor fundamental para el aumento de las riquezas materiales. Winner refuta esta metáfora de la «revolución» y pone en duda sus objetivos. Aun admitiendo que la transformación de las sociedades industriales en economías de servicios haya podido llevar a pensar en una universalización de la sociedad informatizada, no hay ninguna prueba de que la orientación de esa transformación esté llevando a unas sociedades más justas o a la conquista de nuevos espacios de libertad y participación política. Más bien todo lo contrario.

En el artículo que reproducimos en este número, *Internet y los sueños de una renovación democrática*, Winner desarrolla estas ideas contextualizándolas históricamente y relacionándolas con otras «revoluciones tecnológicas» de

la era industrial. Así, compara las expectativas que generaron la navegación a vapor, la radiodifusión o la televisión como herramientas para una profundización de la participación democrática, y las alabanzas a Internet y el Ciberespacio que los «románticos de la informática» repiten en nuestros días.

### Los jardines de Adonis

Dentro del campo de experiencias que se están viendo modificadas por la extensión de las nuevas tecnologías podemos situar el del hábito de la lectura. Frente al asentamiento casi total de sus primos tecnológicos —*smartphones* y *tablets*—, el eBook parece encontrar más dificultad en avanzar y dejar así obsoleto al libro impreso. Sin embargo, podríamos encontrarnos ahora mismo en un punto sin retorno en el que el libro electrónico estaría comiendo terreno, lenta pero inexorablemente, a su hermano mayor de papel. Este hecho, que nosotros juzgamos desastroso, es objeto del artículo *El planeta de los eBooks*, de Miguel Sánchez Lindo, que ofrecemos a los lectores en el monográfico de la revista.

A lo largo de esta editorial hemos hecho mención en varias ocasiones al libro *Superficiales*, de Nicholas Carr, en el que merece la pena detenerse una vez más, ya que en él reflexiona agudamente sobre la relación entre la lectura y los medios digitales. Carr trae a colación el *Fedro*, conocido diálogo platónico en el que este ciudadano ateniense conversa con Sócrates sobre diversos asuntos: el amor, el deseo, la persuasión de la palabra en la retórica, y, por último, la escritura frente a la oralidad. Sócrates relata un mito según el cual Theuth, divinidad egipcia de la inteligencia, ofrece a Thamus, rey de Egipto, diferentes inventos que traerán beneficios a su pueblo. Entre ellos se encuentra la escritura:

Dijo Theuth: “Este conocimiento, oh rey, hará más sabios a los egipcios y más memoriosos, pues se ha inventado como un fármaco de la memoria y de la sabiduría”. Pero él le dijo: “[...] es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera, a través de caracteres ajenos, no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos. No es, pues, un fármaco de la memoria lo que has hallado, sino un simple recordatorio”<sup>27</sup>.

Como señala el traductor, Emilio Lledó, en una nota al pie de este párrafo, existe en la cosmovisión platónica una dis-

tinción clave entre μνήμη «memoria» e ὑπόμνησις «recordatorio» que corresponderían respectivamente a la interioridad y exterioridad del conocimiento. En ese sentido, «la verdadera escritura es la que se graba en el alma del que aprende, pues ésta sí tiene la fuerza necesaria para acudir en su propio auxilio»<sup>28</sup>.

Carr señala precisamente lo contrario. «La palabra escrita», argumenta, «liberó el conocimiento de los límites de la memoria individual, y el idioma de las estructuras rítmicas y fórmulas necesarias para apoyar la memorización recitada. Abrió la mente a nuevas y amplias fronteras de pensamiento y expresión»<sup>29</sup>. Considera la capacidad de escribir el hecho fundamental para que se desarrollara el potencial intelectual humano. A lo largo del libro Carr traza la historia de la escritura desde la época medieval hasta la invención de la imprenta de Gutenberg, fijando su atención en un factor fundamental: la íntima relación entre el soporte de la escritura y el modo en que aprehendemos lo que se expone en ella. Relata los cambios que vinieron sufriendo los libros a lo largo de los siglos, desde la *scriptura continua* de la Edad Media, en la que la página estaba constituida por una sucesión de líneas sin signos de puntuación ni separación entre palabras, lo que dificultaba una lectura reflexiva y silenciosa, debiéndose leer las páginas en voz alta; cómo van produciéndose modificaciones —separación de palabras, introducción de los signos de puntuación, creación de más de una columna de texto— hasta adquirir con la introducción de la imprenta el aspecto que más o menos hemos heredado hasta la época actual, que estaría a juicio de Carr a caballo entre dos mundos tecnológicos. La formidable extensión de los libros impresos trajo consigo un alud de consecuencias positivas: posibilitó una lectura profunda, reflexiva, absorbente, generando un «punto de quietud en un mundo que gira», como escribiera T.S. Eliot en *Cuatro Cuartetos*. Expandió asimismo la capacidad del lenguaje para traducir con mayor riqueza la experiencia individual, sensorial, del mundo exterior. Con el paso al medio electrónico estaríamos a las puertas de una transformación radical de la lectura:

Puede que una página de texto vista a través de una pantalla de ordenador parezca similar a una página de texto impreso. Sin embargo, el mero hecho de desplazarse o hacer clic en un documento web implica una expresión corporal y unos estímulos sensoriales muy diferentes de los que se activan cuando leemos un libro o una revista [...] «Toda lectura —escribe Anne Mangen, catedrática de Literatura noruega— es mul-

27. Platón, *Diálogos*, I, Gredos, Madrid, 2011, pp. 833-834.

29. Nicholas Carr, *op. cit.*, p. 76.

28. Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, FCE, Madrid, 1990, p. 997.

tisensorial». Hay «un vínculo crucial» entre «la experiencia sensoriomotriz de la materialidad» de una obra escrita y «el pensamiento cognitivo del contenido del texto». El tránsito del papel a la pantalla no se limita a cambiar nuestra forma de navegar por un texto. También influye en el grado de atención que le prestamos y en la profundidad de nuestra inmersión en él.<sup>30</sup>

Carr da entonces cuenta de múltiples experimentos de científicos contrastando los hábitos de lectura tradicionales con aquellos realizados en ordenador con hipertextos insertos en el cuerpo del texto. Todos llegan a una conclusión inequívoca: quienes leen un texto de forma lineal lo entienden, recuerdan y aprenden mucho mejor que aquellos cuyos textos están salpicados con vínculos. Un estudio llevado a cabo por un diseñador de páginas web analizó la lectura *on-line*. Situando pequeñas cámaras que grababan los movimientos oculares de dos centenares de voluntarios mientras veían páginas de Internet, Nielsen encontró que el patrón de lectura podía sintetizarse en el trazo de la letra «F de *fast* [rápido]»: echaban un vistazo a las dos o tres primeras líneas del texto, bajaban la vista hacia la mitad del texto para escanear unas líneas más, para acabar bajando la página hacia el final con el ratón observando tan sólo su margen izquierdo. «¿Cómo leen los usuarios en la Red?, se preguntaba entonces [en otro estudio de 1997]. Su respuesta fue sucinta: “No leen”». En los resultados de otro estudio citado por Carr se afirmaba que «Está claro que los usuarios no leen *on-line* de la misma manera que leían tradicionalmente; de hecho, hay síntomas de que surgen nuevas formas de lectura en los usuarios, que buscan el titular, el resumen, la palabra clara, rastreando el texto sin llegar a leerlo. Casi parece como si se conectaran a Internet para no tener que leer<sup>31</sup>».

Se nos podría objetar que estos estudios atañen al tipo de lectura en Internet y no al del eBook en sí mismo. Sin embargo, como señala el artículo de Sánchez Lindo, uno de los atractivos que ofrecerían soportes como los iPad sería precisamente posibilitar la lectura de un texto al tiempo que se está conectado a Internet, propiciando que mientras se lee, por ejemplo, un cuento, éste se encuentre repleto de hipervínculos con enlaces a la Wikipedia, otros cuentos del mismo autor, etcétera. Estaríamos, entonces, pocas décadas después de los primeros anuncios posmodernos, ante la definitiva sentencia de muerte de los grandes relatos y novelas, de la desaparición de extensos ensayos sobre

arte, política, sociedad. En una noticia del diario Público el siete de julio de 2010 se daba cuenta de la paulatina desaparición de las extensas ediciones de ensayo como se conocían hasta hace poco tiempo, señalando que la anécdota se ha hecho más importante que la reflexión. «El problema», puede leerse en el artículo, «es que el ensayo es “incompatible con nuestra sociedad, porque el conocimiento de la realidad no encaja con el consumo”, resume el editor de Península Manuel Fernández Cuesta». Y más adelante «[se hace] el libro al gusto del consumidor con temas coyunturales pegados a la actualidad», como asegura Reyes Mate, último Premio Nacional de Ensayo, por *La herencia del olvido*, publicado por Errata Naturae. Ya nadie lee para reflexionar y “el ensayista no tiene reflexión crítica”. Ignoramos si el autor se refiere con ello a su propia obra o al panorama ensayístico en general.

En efecto, el tipo de lectura está en directa relación sobre el modo de escritura. El empobrecimiento del pensamiento y de la ficción que soportamos es evidente, aunque ello no deba atribuirse en exclusiva al advenimiento de los medios digitales, ya que se remonta décadas atrás. Sin embargo, sí se podría afirmar que constituye el empujón definitivo hacia los jardines de Adonis: el Sócrates del diálogo platónico explicaba que el buen agricultor no plantaría sus semillas en vasijas de tierra durante los ritos funerarios en honor de Adonis, que florecían a los pocos días para morir, marchitas, días después. Valiéndose de esa metáfora, la parangonaba con la de escribir en el agua negra, esto es, la tinta, donde se diluirían y perderían irremediabilmente, sin dejar suficiente huella. Hoy esas aguas donde desaconsejaba Sócrates plantar el conocimiento son los océanos de la Red y los medios a través de los cuales se accede a ella. La banalización de los saberes alcanza ahora su degradación definitiva, y la palabra deja de ser «un poderoso soberano que, con un cuerpo pequeñísimo y completamente invisible, lleva a cabo obras sumamente divinas», como dejó escrito cierto filósofo de la Antigüedad. La lectura acomete su definitivo paso hacia lo que predijera Jean Marc Mandosio años atrás:

Para leer verdaderamente hace falta el sentimiento de tener tiempo por delante, y, sobre todo, la convicción de que esta actividad aporta algo. Décadas de «políticas de lectura» han valorizado la lectura como ocio, como si leer libros fuera un fin en sí mismo, de tal modo que ya no se lee para conocer mejor el mundo u «orientarse en el pensamiento».<sup>32</sup>

30. *Íbidem*, pp. 114-115.

31. *Íbidem*, pp. 166-168.

32. Jean-Marc Mandosio, *El acondicionamiento neotecnológico*. Ver nota 5.

Miguel Sánchez Lindo forma parte del colectivo editorial El Salmón-Cul de Sac, siendo asimismo el maquetador y diseñador del mismo.

### ***Cuando las máquinas se comunican***

Uno de los cambios fundamentales en la sociedad tecnológica es la producción de máquinas por otras máquinas. Algunos autores han evidenciado cómo esta autorreproducción ha convertido al ser humano en un apéndice, cada vez menos relevante, del funcionamiento óptimo del sistema. El proceso de acondicionamiento a esas nuevas circunstancias ha hecho aparecer lo que Jaime Semprun, en su libro *Defensa e ilustración de la neolengua francesa*,<sup>33</sup> define como una neolengua. Al usar este término, Semprun hace referencia a la conocida novela de Orwell *1984*, pero su concepción de la neolengua va más allá del lenguaje burocrático y funcional que los regímenes totalitarios del siglo XX acuñaron —y que eran el blanco de Orwell—, acudiendo a su acepción primera, esto es, «una reorganización lingüística radical que introduce una ruptura completa con el pasado», para después extender su significado y referirse a la lengua nacida como producto de la sociedad moderna organizada en torno a la industria y a las *nuevas tecnologías*, idioma que según Semprun estaría aún en gestación al pertenecer a una sociedad que es un proceso, no un estado. Sin embargo, con el fin de dotar de claridad a su exposición, se refiere a ella como un sistema ya cerrado en contraposición a la «arqueolengua» o «paleolengua», que estaría camino de desaparecer. Ante la evidencia de que el mundo se transforma al ritmo impuesto por las nuevas tecnologías, surge la constatación de que la lengua que lo describe se transforma igualmente, ya que si aceptamos que las lenguas son organismos vivos que describen e interpretan el mundo que nos rodea, tanto físico como espiritual, otorgándoles un sentido, debemos atender a los cambios que sufren éstos y lo que desencadenan en la lengua. Semprun se pregunta cuánto tiempo permanecerían en la lengua cabileña los cuantiosos términos existentes en ella para referirse a los diferentes grados de maduración del higo, o en la lengua de los esquimales los diferentes tonos para distinguir las decenas de tonalidades de la nieve, si se les intercambiara de hábitats, o lo que vendría a ser lo mismo, si se transformara radicalmente o se destruyera el mundo en el que habitan. La extrapolación resulta obvia: en un mundo cada vez más alterado, «¿qué necesidad tendríamos», se pregunta Semprun, «de conservar

todas esas palabras ligadas a actividades, sensaciones, costumbres, a partir de ahora abolidas? [...] la arqueolengua sale del uso porque su sintaxis, sus giros, sus modos, y hasta los tiempos de sus verbos ya no dicen nada a aquellos, cada vez más numerosos, que nunca han conocido nada más que la vida simplificada que tolera la sociedad organizada». Con esta igualación de las costumbres y de los hábitos de vida, lo sorprendente para Semprun sería que hablásemos la misma lengua, y no una nueva:

La depuración de la lengua bajo la acción de la normalización tecnológica ni mucho menos es ya una simple hipótesis. Si sus efectos no siempre se advierten claramente, es porque la organización de la sensibilidad que hubiese sido capaz de percibirlos está a su vez tan periclitada como el imperfecto de subjuntivo [...] Con la igualación de las asperezas y la uniformización de las experiencias, la sensación del paso del tiempo ya no está por su parte suficientemente particularizada y contrastada como para que subsista la necesidad de expresar esos múltiples matices, temporales y subjetivos, cuya sintaxis complicaba la paleolengua [...] Nada podría faltarle a quienes han perdido los medios para expresar lo que ya no tienen oportunidad de sentir [...] Nuestras lenguas civilizadas [...] siguen simplificándose bajo el efecto de nuestro enriquecimiento material, entendiéndolo por tal la acumulación de nuestros medios mecanizados de transformar la realidad y de representárnosla. Éstos, al aliviarnos de todo tipo de actividades, tanto manuales como intelectuales, al mismo tiempo han descargado nuestras lenguas de la tarea de expresar sentimientos que ya no experimentamos y nociones que ya no concebimos.

Por ello, «a la reorganización radical y universal de esos mismos datos de la experiencia por las nuevas tecnologías ha de corresponder necesariamente una lengua a su vez universal y enteramente original»: una neolengua que Semprun, lúcidamente, califica como la «lengua natural de un mundo cada día más artificial». ¿Cuáles serían, *grosso modo*, los principales rasgos definitorios de esta *neolengua*? El autor señala varios: «el predominio de los giros pasivos e impersonales que prolongan, en las formas verbales, la tendencia a la abstracción que está en marcha en el vocabulario; el debilitamiento simultáneo de las formas verbales que sirven para expresar en su desarrollo y sus gradaciones una acción o un juicio individual [...] y, sobre todo, la progresiva desaparición de las formas gramaticales que permitían marcar una especie de distancia interior con respecto a la realidad».

33. *Défense et illustration de la novlangue française*, Éditions de l'Encyclopédie des nuisances, Paris, 2005. Una traducción completa al castellano está en preparación. Al permanecer todavía inédito, en este editorial ofrecemos al lector castellano unos apuntes de lo que allí se dice.

Jaime Semprun establece asimismo diferencias respecto a dos casos en que hubo un intento de desarrollar una *neolengua*. Por una parte, si bien durante el III Reich se trató de imponer un lenguaje nuevo que introducía giros mecanizantes, aunque ello no prosperó ya que constituía «una intrusión de términos técnicos en ámbitos no técnicos», en la actualidad «la profusión de términos técnicos se corresponde exactamente con la extensión de los dominios vitales regidos efectivamente por la racionalidad técnica». Por otro lado, mientras que la neolengua que plasma Orwell en su novela —pero que ya era una realidad en la Unión Soviética— era, al igual que con el nazismo alemán, una imposición, ahora «el ideal de racionalidad técnica no viene impuesto desde fuera», sino que es interiorizado como algo normal, y es deseado por la población.

La neolengua tecnológica expresa esa función subalterna del ser humano respecto a la comunicación de las máquinas que él mismo ha producido y que, en sus procesos internos, son las que definen los parámetros para una *comunicación efectiva*, la información relevante e incluso el criterio de verdad. Por lo general este papel subsidiario del ser humano respecto al mundo informatizado se pierde de vista, al centrarse los críticos en el papel del «usuario» de las tecnologías. Este procedimiento sería algo así como intentar explicar el sistema financiero interpretando las operaciones que un sujeto aislado realiza en un cajero automático.

Semprun aclara este punto del siguiente modo:

De la misma manera que el objetivo primero del sistema de mercancía no es precisamente la satisfacción de las necesidades de los consumidores, sino la realización de beneficios, el objetivo del sistema informático mundial no es informar o divertir a los *ciberciudadanos* de la sociedad programada: es comunicar a unas máquinas con otras, a través de un lenguaje de señales binarias que le es propio.

La paleolengua no queda prohibida por un poder absoluto, sino que queda obsoleta al haber perdido el mundo al que hacía referencia; y sólo sigue existiendo como *reliquia*. Por ello Semprun titula su ensayo —del que hemos extraído el capítulo presentado en el monográfico— *Defensa e ilustración de la neolengua*: la neolengua expresa perfectamente, y de manera sumamente *eficiente*, la realidad de una sociedad entregada por completo a la dependencia tecnológica. No cabe, por tanto, atribuirle la responsabilidad de haber *adulterado* la lengua, es una consecuencia más de la *culminación* de estos aciagos tiempos modernos.

Pero la crítica de Semprun va un poco más allá, apuntando un matiz novedoso que no queremos dejar de señalar:

Sin embargo, la automatización del pensamiento tiene, simultáneamente, un efecto completamente opuesto, ya que el lenguaje, en todos los demás usos *sociales*, se encuentra por primera vez en la historia exento de las relaciones, siempre difíciles, que mantenía con el mundo objetivo. Sobre él pesaba hasta ahora la carga de dar cuenta del mundo, o al menos de decir algo acerca de él, aunque fuesen mentiras o fábulas. Ahora está aligerado de ese lastre, y por lo tanto de toda responsabilidad con respecto a su veracidad. Como muy atinadamente señalaron en su momento los filósofos *posmodernos*, ya sólo hay «juegos de lenguaje». La palabra humana puede despegar por fin de la realidad material con la que estaba enredada; queda al mismo tiempo liberada de la rémora de la lógica, y por lo tanto de la sintaxis. Una libertad expresiva tan completa compensa ampliamente a la subjetividad moderna de las servidumbres que impone por otro lado la racionalización.

Por decirlo de otro modo: el juego de las «subjetividades» posmodernas y la libertad expresiva sólo se da en el marco de una sumisión definitiva del sujeto ante el sistema técnico. En este sentido, podríamos decir que la libertad *sin límites* que promete la tecnología es todo lo contrario a un concepto racional de *libertad*. El lenguaje ha perdido su capacidad de representación y subversión del mundo objetivo porque el mundo objetivo, tal y como se conocía hasta hace dos siglos, ha sido subvertido por la técnica hasta el punto de hacerlo irreconocible y, en muchos aspectos irreconciliable, para con las aspiraciones humanas.

Por ello, no podemos evitar hacer nuestra la angustiada pregunta que lanzaba Stefan Zweig en las memorias citadas más arriba:

No puedo dejar de preguntarme con cierta angustia secreta: en nuestros tiempos, dentro de nuestras nuevas formas de vida que, sangüinarias, sacan a los hombres de toda concentración interior del mismo modo que un incendio forestal expulsa a los animales de sus guaridas más ocultas, ¿podrán también existir almas semejantes, consagradas plenamente al arte lírico? [...] ¿Y no es la nuestra una época que no permite al hombre más puro, más aislado, quietud alguna, la quietud de la espera y la madurez, de la reflexión y el recogimiento [...] [todos aquellos poetas] hasta qué punto son importantes para una generación cuyo oído, en vez de escuchar su suave música, ha sido ensordecido durante años y más años por el tableteo de la rueda del molino de la propaganda y dos veces por el estruendo de los cañones. Tan sólo sé, y me creo en el deber de manifestarlo agradecido, que la presencia de estos hombres consagrados a la perfección en un mundo que ya empe-

zaba a mecanizarse representó para nosotros una gran lección y una felicidad inmensa.<sup>34</sup>

Jaime Semprun fue un escritor francés fallecido en verano de 2010, a quien ya dedicamos en el primer número de la revista un modesto obituario. Su obra ha sido y sigue siendo hoy de especial relevancia para todos aquellos que cuestionan el modelo de vida de la sociedad industrial. Es autor de libros como *Apología por la insurrección argelina* (Muturreko Burutazioak, 2002), *El abismo se repuebla* (Précipité editorial, 2002), *Diálogos sobre la culminación de los tiempos modernos* (Muturreko Burutazioak, 2006), *La nuclearización del mundo* (Pepitas de la calabaza, 2007) y, junto a René Riesel, *Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible* (Pepitas de la calabaza, 2011).

### **La técnica: sistema total**

En el último artículo presentado dentro del monográfico sobre las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación, José Ardillo nos presenta una síntesis de las ideas fundamentales de unos de los más importantes críticos de la técnica: Jacques Ellul. En un texto escrito asimismo por Ardillo para el número 36 de la revista Ekintza Zuzena, realizaba la siguiente panorámica de su vida:

La figura de Jacques Ellul (1912-1994) es un tanto desconcertante dentro del panorama intelectual francés. Teólogo protestante, cristiano, y profesor de derecho [...] su obra es muy amplia y variada: sociología crítica, teología, historia del derecho, historia de la propaganda, artículos polémicos, etc. [...] Ellul es sobre todo conocido por haber sido uno de los críticos más lúcidos de la tecnología y de la sociedad técnica o «tecnificada» ya desde comienzos de los años cincuenta.

Si en ese artículo Ardillo desgranaba la concepción que de la revolución tenía Ellul, en el texto que publicamos ahora se centra en cómo concibió la técnica el escritor francés, y parte de una idea general: «la Técnica es la imagen que el hombre moderno se hace de su libertad, individual y colectivamente, es su horizonte y su porvenir». Ellul cifra la importancia de la técnica en su capacidad de penetrar todas las esferas de la vida y la sociedad, y conducir las al mayor grado posible de eficacia: productividad, rendimiento, rapidez, comodidad; si bien cabe cuestionar dicha eficacia si se valora cada operación técnica desde su origen. Para Ellul vivimos en un sistema técnico: la sociedad se ha transformado en un sistema de sistemas regido por la telemática, la in-

formatización y la automatización. Y está tan integrado en el imaginario colectivo que adopta la forma de una segunda naturaleza del Hombre que estructura todas las relaciones, cuya crítica, por ello, resulta tan complejo desarrollar.

A lo largo de su vida y de su obra, Jacques Ellul no cejó en su empeño de denunciar el destino fatal al que se entregaría la civilización si abandonaba la preocupación por la moral y la libertad en aras de una vida cada vez más tecnificada, eficaz y cómoda. El precio que deberemos pagar por semejante irresponsabilidad nos conducirá, si no le ponemos freno, a un desastre global aunque, eso sí, administrado por los mismos gestores que lo han provocado, como señalaran Jaime Semprun y René Riesel en su libro *Catastrofismo*, antes citado.

Por desgracia la obra de Ellul traducida al castellano es limitada: *La edad de la técnica* (Octaedro, 2003) y *¿Es posible la revolución?* (Unión Editorial S.A., 1974) son los más destacados.

José Ardillo, seudónimo de Toni García, fue uno de los editores del boletín de crítica anti-industrial *Los Amigos de Ludd*, autor asimismo de un libro de ensayos acerca de la energía, *Las ilusiones renovables* (Muturreko Burutazioak, 2007) y de la novela distópica *El salario del gigante* (Pepitas de la calabaza, 2011), así como de varios artículos aparecidos en diferentes formatos. Para el primer número de *Cul de Sac* (noviembre 2010) escribió *En la senda de Lewis Mumford*.

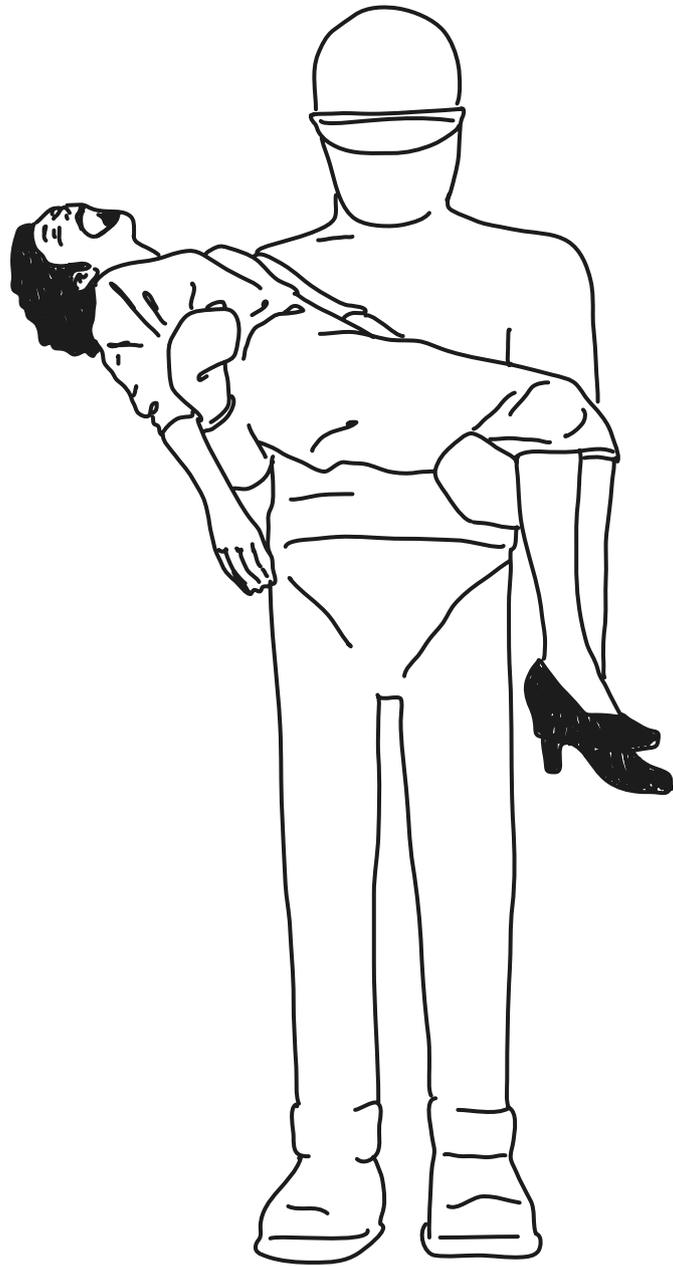
• ★ •

En el apartado de reseñas ofrecemos, como apuntábamos más arriba, la lectura crítica del libro de Nicholas Carr *Superficiales: ¿qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, así como de los libros *Diez mentiras sobre la no escolarización*, de Sylvie Martin-Rodriguez; *Instinto de muerte*, de Jaques Mesrine; y *El salario del gigante*, de José Ardillo.

Antes de dar paso al monográfico, quisiéramos pedir disculpas a los lectores por el retraso en la aparición de la revista, que debía publicarse en junio; así como enviar un caluroso abrazo a los y las compañeros/as del Observatorio Crítico de La Habana, en Cuba, a quienes tuvimos ocasión de conocer la pasada primavera, que realizan una labor crítica de lectura y escritura en diversos frentes, entre ellos la crítica al desarrollismo y la tecnología, al tiempo que organizan foros, charlas, y coloquios, y que sufren una constante represión por parte de las autoridades comunistas cuba-

34. Stefan Zweig, *op.cit.*, p. 186.

nas. Aprovechamos este modesto marco para enviarles desde aquí nuestra solidaridad, sin olvidar a todas aquellas personas que sufren cárcel y persecución en el Estado Español y el resto del mundo.



---

JUANMA AGULLES

---

# Materiales de Derribo

## Reflexiones desde la vida en ruinas

---

### ***Vida en ruinas***

Si Adorno aún pudo titular sus *Mínima moralía* como «reflexiones desde la vida dañada», en las condiciones actuales es lícito decir que el daño infligido ha sido tan grande que los parámetros en que se define la *vida misma* se han visto drásticamente modificados. El proceso de artificialización creciente ha envuelto nuestra existencia con tantos sucedáneos que buscar algo auténtico se ha convertido casi en una obsesión, precisamente porque es muy dudoso poder encontrarlo ya. En el fondo, esa

búsqueda atiende a la muy humana necesidad de embellecer el paisaje de ruinas en que nos movemos. A ese fin van dirigidas las distintas «estrategias comunicativas» que tratan de renombrar aquello que se ha vuelto innombrable, y hacerlo así digerible para un público deseoso de novedades redentoras. Es notable el grado de cinismo al que puede llegar la «sociedad de la información» cuando en el transcurso de pocos segundos puede pasar de relatar la «catástrofe humanitaria» del momento, sin ahorrarnos las imágenes de los cadáveres en-

---

1. Bauman, Zygmunt: *Modernidad y holocausto*. Sequitur. Madrid, 2010, pág. 190.

2. Según Jean-Marc Mandosio: «[...] el funcionamiento ordinario de una sociedad regida por los imperativos de la tecnología es ya en sí mismo una catástrofe, sólo que un poco más lenta». *El acondicionamiento neotecnológico*, en *Los Amigos de Ludd*, nº 1. Ver nota 5 en p.6.

3. Cf. Semprun, Jaime: *Diálogos sobre la culminación de los tiempos modernos*. Muturreko Burutazioak, Bilbao, 2007.

tre los cascotes, para, acto seguido, invocar las esperanzas puestas en un robot que imita a un perro o la libertad infinita que supone poder volcar a tu iPod más de mil canciones.

Cuando todo el mundo reafirma su creencia en un posible progreso a mejor, surge la sospecha de que muy pocos, en realidad, lo creen ya posible. Así es como, sobre el fondo trágico de una desposesión creciente, se siguen atendiendo las llamadas a reforzar el mismo orden que la propicia. Ninguna afrenta a los «humillados y ofendidos» ha sido tan grande como aquella que, poco a poco, nos ha condenado a no poder siquiera nombrar aquello que deseamos destruir.

Se ha dicho que la falsificación en masa del mundo que hasta hace poco el ser humano conocía, ha hecho desaparecer el original al que acudir para hacer un juicio de valor sobre la copia. Los intelectuales posmodernos han acabado por celebrar esta situación, pasando de la visión crítica a la cínica sin demasiados esfuerzos. La apelación constante a la falsedad, al simulacro de lo real, a la reversibilidad de toda concepción moral, ha abierto el camino a la incapacitación masiva para elaborar un criterio firme sobre lo que es verdad y lo que no lo es. Lo que dijo Zygmunt Bauman en los años ochenta no ha perdido su vigencia:

La doble hazaña de la burocracia es la moralización de la tecnología unida a la negación del significado moral de las cuestiones no técnicas.<sup>1</sup>

La constatación de la toxicidad de las relaciones sociales impuestas ha perdido, así, toda capacidad de movilización, desde el momento en que la amnesia generalizada impide cualquier actitud al respecto que no sea la de una desesperada huida hacia delante.

Que la experiencia compartida de la opresión sea condición suficiente para una toma de conciencia revolucionaria es algo que la historia se ha encargado de desmentir. Así, cuando la sociedad tecnológica consigue ocultar esa misma opresión —mediante el conocido procedimiento de *mostrarla constantemente*— se ve cuestionada la capacidad de la reflexión y la argumentación crítica para incidir en la realidad. La saturación de la audiencia ante multitud de «verdades incómodas» que a nadie in-

comodan ya, quizá responda a una «sobreconciencia» que, a fuerza de estimulación, ha devenido impotente. El giro de la sociedad industrial hacia el desastre nos puede hacer decir, entonces, que «el mundo se ha transformado tanto que ya no queda nadie capaz de interpretarlo». Y lo paradójico de nuestro tiempo es que las ruinas que esa gran transformación nos ha dejado como herencia son un difícil punto de partida para cualquier reflexión crítica, pero su descripción descarnada es condición indispensable para poder hacer algo con ellas —a parte, claro, de contemplarlas desconcertados.

### **Reflexión y fragmento**

Todo apunta a que, tratando de reflexionar entre las ruinas, el método más pertinente es el del *fragmento*. La propuesta sería centrar nuestra atención en una parte del escombros, y, a partir de ahí, trazar los rasgos que definieron el derrumbe. De este modo, atendiendo a cualquier aspecto de la desposesión, la actividad reflexiva podría recomponer la cadena causal que mostrase, más allá de la lógica simplista del «accidente»<sup>2</sup>, la naturaleza destructiva de un orden social entregado a la técnica y la eficiencia por encima de cualquier otro criterio de verdad. Así, siguiendo el tránsito de cualquier producto industrial, desde su creación en la idea y el diseño hasta su destrucción en el consumo y el desecho, podríamos esbozar un retrato fiel de la cadena de despropósitos, irracional y absurda, mediante la que satisfacemos nuestras necesidades al tiempo que constantemente creamos otras. Pero, ¿hasta qué punto este método puede incidir en los hechos, tal como lo hicieron las lecturas históricas de inspiración revolucionaria? En la actualidad, la tenue silueta de la cadena de la desposesión se ve difuminada de inmediato en el fondo abigarrado de la experiencia de la modernidad *culminada*<sup>3</sup>.

Lo que algunos incorregibles optimistas han denominado «sociedad de la información» se revela, así, como la culminación de la incapacidad del pensamiento para abarcar la complejidad de nuestra cultura material. El incremento sin precedente de «información», posibilitada por el desarrollo tecnológico, lejos de ser un aliciente para la reflexión

crítica, se convierte en la mejor expresión del totalitarismo: genera individuos incapaces de emitir un juicio de valor sobre aquello que se debe o no se debe hacer, sobre las condiciones en las que se desarrolla su vida y sobre la posibilidad de elegir un futuro distinto. La sobreexposición a una ingente cantidad de datos tiene lugar en el momento en que cualquier marco de referencia sobre el que discriminar la información queda de inmediato impugnado y lanzado al estercolero de las ideas superadas; de donde cualquier imbécil, un día, las rescatará para ponerlas en venta una vez vaciadas de contenido —en su idioma: una vez *actualizadas*.

En estas condiciones, los intentos de reflexión quedarán reducidos al ámbito de un «dato». De ahí que la incidencia en los hechos se vuelva casi impracticable, porque el lenguaje de la eficiencia comunicativa y la mentalidad del «archivo» es incompatible con la reflexión; su funcionamiento sólo es posible mediante *comandos*. Es, en realidad, contraria al Lenguaje: por eso desarrolló uno paralelo que, poco a poco, fue fagocitando al lenguaje pretecnológico, hasta el punto de sustituirlo y estar, ya hoy, en disposición de eliminarlo. Se podría decir que nos encontramos en el punto en que las máquinas nos piensan, pues sus procesos internos son los que están terminando por definir las formas de pensamiento consideradas eficientes, y haciendo desaparecer todas las demás. Este proceso afecta tanto a quienes defienden el orden social existente —porque en ello se juegan sus dudosos privilegios— como a aquellos que desean subvertirlo mediante la «socialización» de sus productos. En tanto este lenguaje del no-lenguaje siga dando forma a la mentalidad sumisa de nuestro tiempo, los hechos seguirán velados precisamente porque *todo el mundo los conoce de sobra*, y de manera inmediata —es decir, sin que medie ningún criterio que logre diferenciarlos entre sí—. La aparente inmediatez de las nuevas tecnologías de la comunicación oculta que, en el conjunto de su funcionamiento, suponen una mayor dependencia de multitud de intermediarios que por lo general se hacen invisibles a lo largo de todo el proceso de producción. Por ejemplo, los internautas alucinados con las posibilida-

des de comunicación libre e instantánea con multitud de personas son incapaces de relacionar de forma crítica las condiciones de vida de aquellos condenados a trabajar en la extracción del silicio, el coltán o el germanio —indispensables para la industria informática—, con las pretendidas cualidades liberadoras de las nuevas tecnologías<sup>4</sup>.

La organización y exposición de la información, entonces, se convierte en el terreno de disputa por la autoridad, permitiendo así que todo hecho sea transformado en un «punto de vista». La obligada pluralidad formal de la tecnocracia velará, más tarde, porque todos esos puntos de vista coexistan pacíficamente y, en cualquier caso, cada sujeto pueda elegir el suyo con la sensación de estar participando de un diálogo. Así, la búsqueda a ultranza de la «interactividad» refleja el esfuerzo que la sociedad tecnológica actual —en lo fundamental autoritaria— ha tenido que llevar a cabo para adaptarse a las exigencias de las democracias formales. Su mayor éxito consiste en fomentar una multitud de informaciones con un único uso posible: reproducir el mismo orden social que las produce.

### **Progreso tecnológico**

La identificación del progreso social con el progreso tecnológico expresa, en último término, la rendición de las aspiraciones de la modernidad a realizar la «tarea histórica de la humanidad». A despecho de las derrotas sufridas por las utopías sociales —tanto liberales como socialistas— el recurso a la tecnología fomenta un utopismo de nuevo cuño. La mejora tecnológica de lo ya existente se puede contemplar así como un «futurismo conservador», en la que aquellos problemas derivados del complejo desarrollo tecnológico serán solventados mediante —y sólo mediante— nuevos perfeccionamientos técnicos. Ante la inoperancia de la organización social vigente para resolver ningún problema fundamental, parece que nos conformemos con la multiplicación de muchos problemas de segundo y tercer orden que siempre podemos cambiar de lugar con la esperanza de que así desaparezcan. Por ejemplo, la introducción de la alta tecnología en el ámbito de la salud corre pareja a la explosión de multitud de nuevas en-

4. Para una descripción de los extremos a los que llega la explotación del coltán y sus repercusiones sociales y políticas, ver: «La fiebre del coltán», reportaje de Ramón Lobo para *El País* (2-09-01).

5. Cf. Rheingold, Howard: *La comunidad virtual: una sociedad sin fronteras*. Gedisa. Barcelona, 1996.

6. En la sección «Domingo» de *El País* (16-01-11), el reportaje central se encabezaba de este modo: «Una legión de cibernautas se moviliza en la Red. Se hacen llamar Anonymous y dicen luchar por la transparencia, la libertad de expresión y los derechos humanos. No muestran la cara ni tienen líderes. [...] Son un movimiento germinal, fuertemente libertario y de contornos confusos...». El uso del término «confusos» tiene aquí una carga poética sobresaliente. Lo que sí parecen tener muy claro es lo siguiente: «No debemos utilizar la violencia en ningún caso. Cualquier miembro que propusiera utilizar la violencia sería rechazado por el grupo». Quien hace estas declaraciones relata su entrada en Anonymous, tras su paso por la Iglesia de la Ciencia, así: «Me dí cuenta de que no me ayudaban para nada. Lo único que hacen es convertirte en un idiota y manipularte». Sin comentarios.

fermedades derivadas de una sociedad industrial enferma tanto de sus productos nocivos como de aquellos que, a día de hoy, no se ha demostrado que lo sean. La informatización de la atención médica pretende, desde ahora, conquistar un método eficaz de diagnóstico y triaje que rentabilice unos recursos desbordados. En «el futuro» uno podrá ser diagnosticado por un programa informático que, atendiendo a los parámetros de distintas variables, evaluará la urgencia de su mal e incluso, para casos leves, expedir una receta que alivie sus síntomas. En este aspecto la lección sobre las nuevas tecnologías es inmejorable: no se trata en realidad de la salud o de nombrar el origen de la enfermedad —algo problemático, pues son cada vez más los «síndromes» cuya causa es la misma organización social patológica en la que los argumentos médicos encuentran su validación—, sino de ordenar de manera eficiente las enfermedades de modo que interrumpen lo menos posible la marcha triunfal de la sociedad moderna sobre los últimos vestigios de salud humana.

No hay que perder de vista que el recurso a la informatización de las relaciones sociales ejerce un efecto consolador nada desdeñable. Quien se ve obligado a utilizar estos métodos queda liberado de toda responsabilidad, al poder atribuir al «sistema» los repetidos colapsos, contradicciones y errores. Así, quien los sufre, sólo puede resignarse a la fatalidad cuando la operatividad del sistema se ve interrumpida. Y, en los momentos críticos, serán únicamente los criterios técnicos los que prevalezcan, evitando así que el conflicto llegue siquiera a plantearse en otros términos, porque con la generalización del pensamiento tecnológico son los *expertos* quienes ostentan el monopolio de la opinión y del juicio. La fe tecnológica se acerca así a un nuevo tipo de religión, con dos importantes diferencias: la primera, más que tratar de agruparse en torno a una comunidad, disuelve los lazos comunitarios; y, la segunda, en lugar de sostener verdades eternas y estables, apuesta a ultranza por la novedad permanente y la relativización constante de todo criterio de verdad.

Quienes piensan que la tecnología informática podrá socializar conocimientos y generar así un nuevo tipo de comunidad, olvidan la na-

turalidad restringida y controlada de las relaciones que se establecen con la mediación tecnológica. Y, de paso, evitan mencionar que la posibilidad material de estas «redes de información» es inseparable del gobierno del Estado y de la producción industrial. Si se pretende que una fantasmal «comunidad virtual»<sup>5</sup> vendrá a sustituir aquello que el sistema tecnológico se ha encargado de destruir, habría que decir primero hasta qué punto nos encontramos ante una «comunidad» y hasta qué punto ante algo únicamente «virtual». Si, como dijo McLuhan, «el medio es el mensaje», habrá que plantear seriamente si los medios tecnológicos no están expresando ya el único tipo de relaciones sociales que el orden puede tolerar para no ver alteradas en lo más mínimo las bases materiales en que se sustenta. De igual modo, será necesario aclarar cómo esta tecnolatría se hace posible, precisamente, porque las formas no tecnológicas de pensamiento fueron barridas, hace tiempo, del terreno del conflicto social. La fórmula «ciberactivismo» es, sin duda, la expresión más adecuada para representar la derrota sin paliativos de la que partirá cualquier movimiento que pretenda transformar algún aspecto de la realidad<sup>6</sup>.

Cuando algunos críticos vienen a «descubrirnos» la maldad de la televisión y cómo puede anular cualquier intento de conversación mientras haya cerca una pantalla encendida (y en eso tienen razón), olvidan mencionar también que ante el contenido de muchas «conversaciones» casi es más interesante ponerse a ver la tele. No se trata solamente de que un determinado artefacto venga a modificar alguna capacidad anterior que se supone «mejor», sino que la totalidad del sistema tecnológico trabaja en un único sentido y que, a la pérdida de determinadas formas de relación, le sigue la creación de otras que se pueden diferenciar en las formas pero no en el fondo. Hay que insistir en que la base de la que surge la sociedad tecnológica es la vieja sociedad capitalista e industrial, con la que no supone una ruptura, sino su continuación perfeccionada. La expresión de la dominación social ha mejorado tanto sus medios que ahora son esos mismos medios los que definen cómo debemos adaptarnos a ellos. De igual modo, la tecnología fue creciendo al amparo del «espí-

ritu científico» para pasar después a determinarlo casi por completo. El mérito de la ideología tecnológica, entonces, consiste en hacer ver que supone un punto y aparte, una gran transformación respecto a anteriores formas de organización social, y que el escenario de su desarrollo sin precedentes supone, también, una oportunidad para las viejas aspiraciones revolucionarias. Así, muchas personas que desean una transformación de las condiciones actuales de vida, han creído que, utilizando para otros fines los medios tecnológicos, la denominada revolución informacional podrá ser orientada a fines más altos. Pero el problema de fondo es, en realidad, que muy pocos creen ya en esos altos fines, porque es precisamente el sistema tecnológico en su conjunto —y no la utilización de ésta o aquella herramienta separada— el que ha socavado las bases materiales necesarias para una vida relativamente autónoma y una conciencia que tienda a la libertad de juicio.

### **La crítica encadenada**

Quien opta por realizar la crítica del optimismo tecnológico se enfrenta no sólo a la total incomprensión, sino a una hostilidad abierta, pues está poniendo en solfa una de las pocas creencias que la sociedad industrial ha dejado en pie en el curso de su desarrollo fundamentalmente destructivo. Además, la crítica social, privada de un sujeto revolucionario que la sustente y al que, a fin de cuentas, dirigirse, pierde todo atractivo frente a las promesas que la sociedad tecnológica ofrece constantemente desde su cotidiana propaganda. Los sujetos —más *sujetos* que nunca— perdemos paulatinamente toda posibilidad de construir nuestra identidad si no es por el recurso a la eficiencia técnica, por nuestra habilidad para encajar perfectamente en el lugar que nos asigna la *megamáquina*. Por eso, reflexionar sobre las consecuencias nefastas del progreso tecnológico deviene una ocupación absurda ante los ojos de aquellos que mayoritariamente entonan la conocida letanía: «Es inevitable; no se puede ir contra el progreso». Casi puedo escuchar el reproche automático —la elección del adjetivo no es inocente—: «¿Acaso no has escrito esto en un ordenador? ¿No disfrutas de electricidad y agua corriente en tu casa?

¿No está jalonada tu biblioteca con productos de la industria editorial, aunque sean libros *críticos*?». Es el signo de la estupidez de estos aciagos tiempos: estar obligados a la dependencia respecto a un determinado sistema industrial y tecnológico parece obligarnos también a defenderlo a ultranza. El círculo se cierra con la exigencia vociferante de «coherencia», que impondría, muy ineptamente, realizar la crítica de la sociedad tecnológica desde una caverna, dibujando, a la tenue luz de una llama, figuras humanoides en las paredes.

Lo que se puede constatar, entonces, es el abismo existente entre la radicalidad de la crítica necesaria y la profundización creciente de la más absoluta dependencia para la mayor parte de la población del planeta. Y no sólo dependencia en cuanto a las condiciones básicas para satisfacer nuestro sustento, sino también para imaginar siquiera la posibilidad de elegir colectivamente otra forma de vida. Sortear ese abismo se vuelve, cada día, más difícil. No hay argumentación, por documentada que se presente, que no pueda ser cuestionada desde el criterio tecnocrático. En realidad, se trata de idiomas diferentes, algo que no sucedía cuando liberales y socialistas pugnaban por la generalización de sus respectivos programas políticos: había acuerdo en la idea de fondo de que el progreso material suponía *siempre* un progreso social y moral para el ser humano; la disputa se centraba en cómo gestionar y distribuir adecuadamente un crecimiento de la producción que, ya en la década de 1860, había superado ampliamente cualquier desarrollo conocido.

Una vez que los hechos propiciaron que aquellas teorías sociales y sistemas de referencia morales saltasen por los aires, ninguna interpretación posterior ha podido hacerse cargo de los restos de una demolición que comenzó con la industrialización del mundo y termina hoy con la gestión de sus ruinas mediante las «nuevas tecnologías». El deseo piadoso de conseguir que el desarrollo tecnológico fuese un «prometeo encadenado» no se ha cumplido, y es por el contrario la conciencia crítica la que ha quedado encadenada al desarrollo catastrófico de la modernidad.

Frente al argumento del tecnólogo la crítica social tiene poco que hacer: no hay mar-

7. Winner, Langdon: *La ballena y el reactor. Una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología*. Gedisa, Barcelona, 2008, p.44.

8. Winner, *ob.cit.*

co de referencia común que los contenga. Por eso, en muchas ocasiones, la crítica a la tecnología se reduce a la evaluación de sus consecuencias, admitiendo así la inevitabilidad de su desarrollo. Langdon Winner lo expresa del siguiente modo:

La investigación social entra en escena valientemente para estudiar las «consecuencias» del cambio. Después de que la excavadora nos ha aplastado, podemos levantarnos y medir con cuidado las huellas de las cadenas sobre nosotros. Tal es la impotente misión de la evaluación del «impacto» tecnológico<sup>7</sup>.

El punto del que debemos partir no es cómo: no hay negociación posible con aquellos que pretenden aniquilar la vida en busca del beneficio, no existe un desarrollo sostenible ni un *mal menor*. Ante una sociedad que nos propone la disyuntiva «tecnología o muerte» sólo cabe la más radical intransigencia.

### **Tecnología y transformación social**

En definitiva, las constantes alabanzas a las transformaciones por venir que propiciarán las «nuevas tecnologías», se encargan de ocultar que los cambios ya producidos distan mucho de acercarnos a cualquier tipo de organización social igualitaria —o tan siquiera un poco más equilibrada—. Las constataciones que hoy podemos hacer no son nada halagüeñas. El desarrollo tecnológico, desde la primera industrialización hasta nuestros días, ha propiciado una centralización de la producción y una división internacional del trabajo que pone en riesgo no la continuidad del «capitalismo» sino la de la condición humana misma. Ha destruido paulatinamente saberes y tradiciones que, aun con sus límites, tenían la virtud de circunscribirse a una escala humana. Ha encumbrado al Estado como única forma de organización social y como principio y fin de toda vida pública. Del mismo modo, ha dotado a su aparato represivo de multitud de sofisticados instrumentos para el control de la población, y ha sancionado la «situación de emergencia» como el hábitat natural en el que nos tendremos que mover a partir de ahora. La ciencia aplicada y la técnica se han convertido en instancias sagradas a la hora de definir lo que debe o no debe suceder en la vida so-

cial, y mediante la ingeniería genética han emprendido el camino suicida de modificar las bases de la existencia biológica sobre el planeta. Con el único fin de la mercantilización, se ha ido reduciendo la riqueza de la vida a unos cuantos parámetros mensurables y controlables, y, en última instancia, *consumibles*.

Como dijera Günther Anders, nos encontramos en el periodo histórico que ha sancionado la «obsolescencia del ser humano», librando al desarrollo tecnológico la definición de una organización social de contornos cada vez más oscuros. Este proceso está lejos de detenerse, y la colonización del imaginario colectivo por las utopías neotecnológicas es una de las pruebas más evidentes. Esta nueva utopía destierra el ejercicio de la crítica y pretende hacer olvidar una lección histórica que debiéramos tener siempre presente: la sociedad que permitió el holocausto y la bomba atómica no ha desaparecido; sus medios técnicos orientados a la destrucción masiva no han dejado de desarrollarse y perfeccionarse. En el curso de casi dos siglos lo que sí ha ido desapareciendo es la capacidad de los sujetos y las comunidades para ejercer un control efectivo sobre los medios que adopta para transformar el mundo material. Hasta tal punto que esos mismos medios acaban por amordazar cualquier intento de transformación sobre bases distintas. Nuestro «sonambulismo tecnológico»<sup>8</sup> se acerca, con pasos de gigante, al umbral del totalitarismo. Desde la militarización de los conflictos sociales a la imposición del modelo energético, pasando por el control férreo de los movimientos de la población, la gestión política de las sociedades tecnológicas desmiente a cada paso el relato optimista de un futuro igualitario.

Garantizar la nueva utopía tecnológica exige un reforzamiento del Estado y una sumisión mayor del ser humano a la lógica de la *megamáquina*. Los entornos felices, todos los Silicon Valley prometidos, están rodeados de las ruinas de la vida social; de lo que algunos han denominado el *residuo*. Así la sociedad futura se acerca a la imagen de unos cuantos búnkers hipertecnológicos en medio de un enorme vertedero. Ni la conexión universal a Internet, ni la existencia virtual en las denominadas redes sociales, pueden hacer nada

por modificar ese camino hacia la destrucción. Por el momento, lo que sí han conseguido es entretenernos con un montón de tonterías, y sancionar como maravillosos avances lo que no son más que sucedáneos de una libertad amenazada continuamente por las medidas de excepción con las que se blinda la sociedad tecnológica.

Iván Illich, pensando sobre lo que él creía una posibilidad real de «inversión política» de esta situación que llevase a sustituir la sociedad industrial por unas sociedades basadas en principios convivenciales, advertía de un peligro que hoy tiene plena actualidad:

Al invitar a la población a aceptar una limitación de la producción industrial, sin poner en cuestión la estructura de base de la sociedad industrial, obligadamente se daría más poder a los burócratas que optimizan el crecimiento, y uno se convertiría en rehén.<sup>9</sup>

Si se quiere realizar la crítica a la sociedad tecnológica, hay que deshacerse de la falsa idea de que sus artefactos contienen un espíritu liberador que hay que saber extraer a tiempo. Por más que se puedan hacer utilizaciones prácticas y bienintencionadas de algunos de ellos —como en el caso de los ordenadores o Internet—, es el conjunto, la cultura material en la que se insertan estas herramientas, lo que debe ser sometido a juicio. Precisamente, lo que Illich denominaba «la estructura de base de la sociedad industrial». En ese universo técnico, las relaciones sociales siguen expresando su tendencia al totalitarismo, a la pérdida de libertad y a la anulación del juicio de los sujetos. No son procesos que se puedan separar (de un lado una sociedad tecnoliberal y de otro una sociedad totalitaria), sino que expresan la tensión de un modelo de desarrollo y organización social insostenible que, ante las evidencias de su colapso, recurre a la fuerza y a la violencia para imponerse.

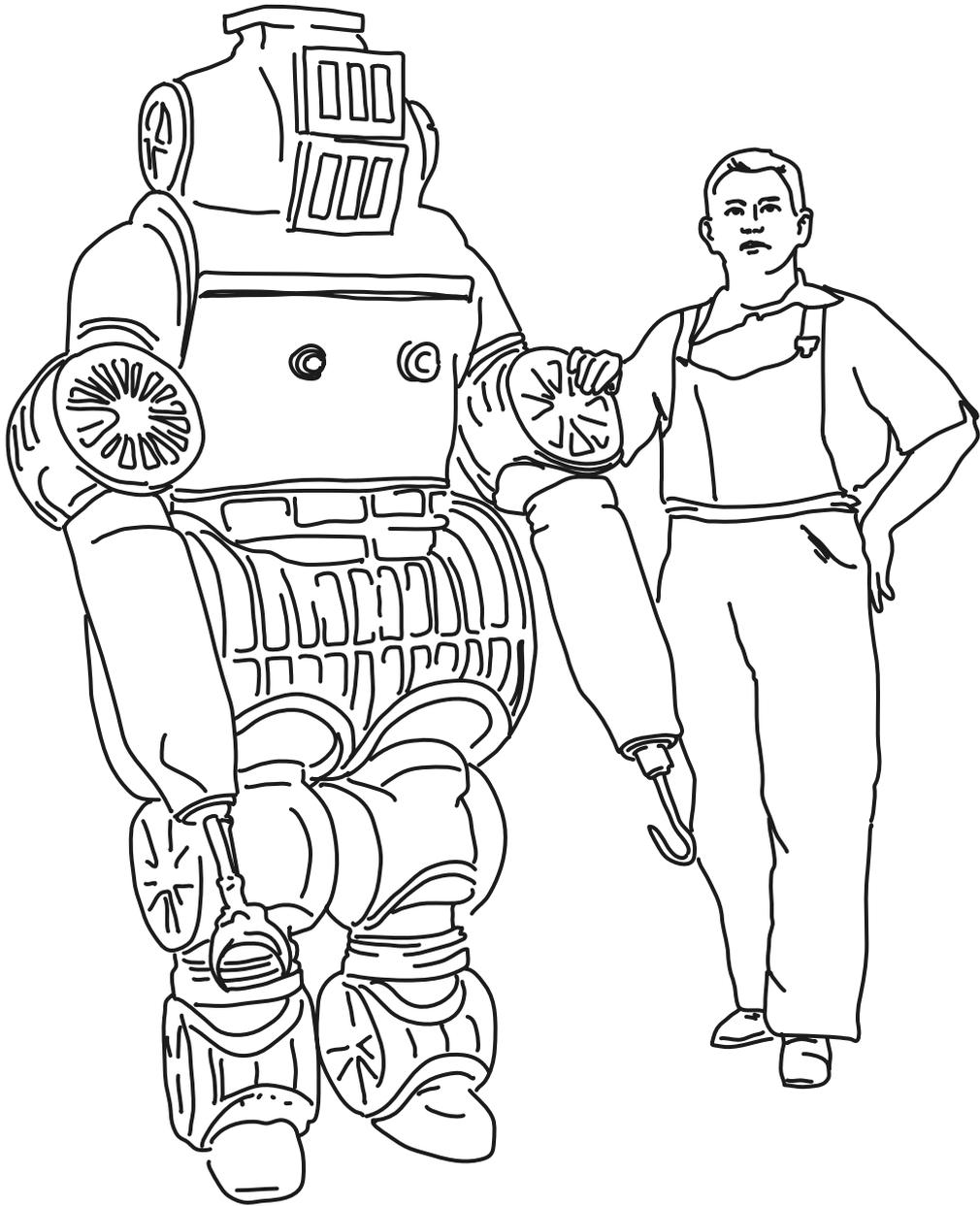
Los límites a este desarrollo reclaman un ejercicio de reconstrucción descomunal. Reconstrucción de la vida social, de los saberes y deseos mercantilizados, de las economías de autosubsistencia y el equilibrio con la naturaleza; de la transformación del mundo material bajo criterios no productivistas, del trabajo humano como relación social y no como

mercancía consumible. En definitiva, la reconstrucción de un mundo a escala humana que destierre la razón de Estado como fin último de la acción política.

Como se puede imaginar, no es éste un ejercicio sencillo, en el que bastase algún tipo de «renuncia» a las comodidades del mundo moderno para estar en el bando correcto, sino que habrá que abordar cuestiones muy problemáticas, de las que el uso de la violencia y la defensa del territorio no es la menor. Ninguno de los aspectos a reconstruir puede dar la espalda al hundimiento generalizado de las condiciones generales de existencia y a los escenarios de conflicto que se irán abriendo en las próximas décadas. Nada hace pensar que las transiciones por venir adopten la forma de tranquilas vueltas al campo, o de una reducción voluntaria y consensuada del consumo y la vida hipertrofiada de los conglomerados urbanos —antes conocidos con el nombre de «ciudades»—. Ante la enormidad de las tareas por acometer, hay que evitar la tentación del atajo retórico, de la apelación en forma de letanía a una «revolución» que de un solo golpe lo transformase todo, o la descripción de un origen puro y perfectamente armónico del que nos hemos apartado y al que será posible regresar tan sólo con desearlo.

Admitir que las herramientas con las que contamos son materiales de derribo —que la crítica de aquello que nos destruye está marcada con las huellas de la destrucción—, es tan sólo un paso previo. Un ejercicio de modestia intelectual que reconoce primero los límites de su crítica para intentar establecer los límites al desarrollo de unas sociedades tecnológicas que caminan, sonámbulas, hacia el desastre.

<sup>9</sup> Illich, Ivan: *La convivencialidad*. Barral. Barcelona, 1978, p.142.



---

NEIL POSTMAN

---

# La Ideología de las Máquinas: Tecnología Informática

---

Que la Tecnópolis norteamericana ha adoptado el ordenador con el mismo apresuramiento e inconsciencia con los que abrazó la tecnología médica es innegable y quizá fuera inevitable, pero es sin duda mucho más funesto. Lo que no quiere decir que el ordenador sea una plaga en el paisaje simbólico; sino que, como la tecnología médica se ha arrogado poderes y ha impuesto mentalidades que una cultura atenta y vigilante debería haber deseado rechazar. Por eso merece la pena intentar un análisis de las ideas que conlleva la tecno-

logía informática. Por supuesto, ya lo han hecho otros, sobre todo Joseph Weizenbaum en su obra capital e indispensable *Computer Power and Human Reason*. Weizenbaum, sin embargo, tropezó con algunas dificultades, como todo el mundo, debido a la «universalidad» de los ordenadores, lo que significa: a) que sus usos son infinitamente diversos, y b) que habitualmente están integrados en la estructura de otras máquinas. Por esa razón resulta difícil aislar las ideas específicas suscitadas por la tecnología informática. El ordena-

---

1. *The New York Times*, 7 de agosto de 1990 sección C, pág. 1

2. *Personal Computing*, 29 de junio de 1990, pág. 36.

3. *The New York Times*, 24 de noviembre de 1989.

4. *Publishers Weekly*, 2 de marzo de 1990, pág. 26.

5. *Bottom Line*, 15 de julio de 1989, pág. 5

6. Para un análisis conciso y legible del desarrollo del ordenador, recomendaría la obra de Arno Penzias *Ideas and Information: Meaning in a High-Tech World*.

dor, por ejemplo, es bastante distinto al estetoscopio, que tenía una función y un contexto limitados. Con la excepción de los ladrones de cajas fuertes, quienes, según me han contado, utilizan los estetoscopios para escuchar los chasquidos de las guardas de las cerraduras, los estetoscopios sólo los utilizan los médicos. Pero todo el mundo utiliza o es utilizado por ordenadores y para propósitos que no parecen conocer límites.

Dejando a un lado funciones tan conocidas como el archivado electrónico, las hojas de cálculo y el procesamiento de textos, puede hacerse una lista fascinante de usos innovadores, incluso estafalarios, de los ordenadores. Tengo ante mí un reportaje de *The New York Times* que explica cómo están permitiendo que los diseñadores navales creen gigantescas superficies deslizantes de agua que simulan montañas rusas y olas artificiales de dos metros y medio de altura<sup>1</sup>. En mi modesta colección guardo otro artículo sobre los usos de ordenadores personales para hacer presentaciones en reuniones de ejecutivos<sup>2</sup>. Otro nos explica cómo los gráficos de los ordenadores ayudan a los miembros de un jurado a recordar mejor un testimonio. Gregory Mazares, presidente de la unidad de gráficos de Litigation Sciences, aparece citado afirmando: «somos una sociedad conectada, sintonizada y orientada visualmente, y los jurados tienden a creer lo que ven. Esta tecnología retiene la atención del jurado mediante la simplificación del material que se le ofrece y dándole pequeñas ráfagas de información»<sup>3</sup>. Mientras el señor Mazares ayuda a la gente conectada a la pantalla a recordar cosas, Morton David, el director ejecutivo de Franklin Computer, les ayuda a encontrar cualquier palabra en la Biblia a la velocidad del relámpago produciendo biblias electrónicas. (La palabra «relámpago», dicho sea de paso, aparece 42 veces en la Nueva Versión Internacional y sólo 8 en la del rey Jaime. Si siente inclinación a ello, podrá descubrirlo por sí mismo en cuestión de segundos). Este hecho domina de tal forma la imaginación del señor David que llega a decir: «Nuestra tecnología puede haber realizado un cambio tan trascendental como el invento de Gutenberg del tipo móvil»<sup>4</sup>.

Y también dispongo de un artículo que informa del uso de un ordenador para tomar decisiones para una inversión; que le ayuda, entre otras cosas, a crear simulaciones de situaciones reales, aunque no se nos dice con cuánta precisión<sup>5</sup>. En *Technology Review* encontramos una descripción de cómo se utilizan los ordenadores para ayudar a la policía a localizar las direcciones de gente que llama en apuros; se ha profetizado que con el tiempo los oficiales de policía tendrán tanta información disponible instantáneamente sobre cualquiera que llame, que sabrán qué gravedad atribuir a la solicitud de ayuda de quien llame.

Bien podría preguntarse si Charles Babbage tenía nada de esto en mente cuando anunció, en 1822 (sólo seis años después de la aparición del estetoscopio de Laënnec), que había inventado una máquina capaz de realizar cálculos aritméticos simples. Quizá lo pensara porque nunca acabó su invento y empezó a trabajar en una máquina más ambiciosa capaz de realizar tareas más complejas. También la abandonó y, en 1833, también dejó a un lado el proyecto de su calculadora para dedicar sus esfuerzos a una máquina programable que se convirtió en el antecesor del ordenador moderno. Su primera máquina de este tipo, que, para variar, nunca llegaría a terminar, iba a ser controlada por tarjetas perforadas, una adaptación de los dispositivos que utilizaban los tejedores franceses para controlar las secuencias de enhebrado en sus telares.

Babbage siguió mejorando su máquina programable durante los siguientes treinta y siete años y cada nuevo diseño era más complejo que el que le precedía<sup>6</sup>. En algún momento se dio cuenta de que la mecanización de las operaciones numéricas le ofrecía la posibilidad de manipular símbolos no numéricos. No es exagerado afirmar que la perspicacia de Babbage fue comparable al descubrimiento griego, en el tercer siglo a. de C., del principio de alfabetización —es decir, la idea de que los símbolos del alfabeto podían separarse de su función fonética y utilizarse como sistema para la clasificación, el almacenamiento y la recuperación de información—. En cualquier caso, provisto de su perspicacia, Babbage pudo especular sobre la posibilidad de diseñar maquinaria «inteligente» para la información, aunque la tec-

nología mecánica de su época era inapropiada para permitir la realización de sus ideas. El ordenador, tal como lo conocemos hoy, tuvo que esperar a diversos descubrimientos e invenciones nuevas, incluyendo el telégrafo, el teléfono y la aplicación del álgebra booleana a circuitos de relés, que conducirían a que Claude Shannon crease los circuitos digitales lógicos. Hoy, cuando la palabra «ordenador» se utiliza sin ningún adjetivo tras ella, se refiere normalmente a alguna versión de la máquina inventada por Jonh von Neumann en la década de 1940. Previamente, la palabra *computer* [«ordenador»] designaba a una persona que realizaba algún tipo de cálculo mecánico (de una manera similar al primer uso de la palabra *typewriter* [en un principio «persona que escribe con letras de imprenta», hoy «máquina de escribir»]). A medida que el cálculo se desplazó de las personas a las máquinas, también lo hizo la palabra, sobre todo debido a la potencia de la máquina de Neumann.

Sin duda alguna, tras la invención del ordenador digital quedó muy claro que la máquina era capaz de realizar funciones que podían, en algún sentido, denominarse «inteligentes». En 1936, el gran matemático inglés Alan Turing demostró que era posible construir una máquina que, para muchos propósitos prácticos, podía comportarse como un ser humano que resuelve problemas. Turing proclamaba que llamaría «inteligente» a una máquina si, mediante mensajes definidos, era capaz de intercambiar pensamientos con un ser humano... es decir, seguir una conversación hasta el final. En los primeros tiempos del Artificial Intelligence Laboratory del MIT, Joseph Weizenbaum escribió un programa denominado Eliza, que mostraba cuán fácil era satisfacer la prueba de inteligencia de Turing. Cuando se le hacía una pregunta con un nombre adecuado en ella el programa Eliza podía responder con «¿Por qué está usted interesado en...», seguido por el nombre en cuestión y el signo de interrogación. Es decir, podía invertir afirmaciones y pedir más información sobre uno de los nombres que aparecían en ellas. De esta manera Eliza se comportaba en buena medida como un psicólogo rogeriano o, al menos, como un terapeuta amistoso y barato. Algunas personas que utilizaron Eliza se negaron

a creer que estaban conversando con una simple máquina. Habiendo creado, de hecho, una «máquina de Turing», Weizenbaum acabó eliminando el programa de la red de ordenadores y se sintió estimulado a escribir *Computer Power and Human Reason*, donde, entre otras cosas, planteaba cuestiones sobre: los programas de investigación de los que trabajaban en inteligencia artificial; el supuesto de que cualquier cosa que *pueda* hacer un ordenador, *debe* hacerla, y los efectos de esa tecnología sobre la forma en que la gente interpreta el mundo; es decir, sobre la ideología del ordenador, de la que me voy a ocupar a continuación.

La idea general más amplia que suscita el ordenador está sugerida en el título de un libro de David Bolter, *Turing's Man*. El título es una metáfora, por supuesto, similar a como si afirmara que, desde el siglo XVI hasta fechas recientes, éramos «hombres de Gutenberg». Aunque el interés práctico fundamental de Bolter en el ordenador es su función como un nuevo tipo de libro, argumenta que es la metáfora dominante de nuestro tiempo; define nuestra época sugiriendo una nueva relación con la información, el trabajo, el poder y la misma Naturaleza. La mejor manera de describir esa relación es afirmar que el ordenador redefine a los humanos como «procesadores de información» y a la propia naturaleza como información que ha de ser procesada. El mensaje metafórico fundamental del ordenador, en resumen, es que somos máquinas; máquinas pensantes, sin duda, pero máquinas al fin y al cabo. Por esta razón el ordenador es la máquina casi perfecta, incomparable, la quintaesencia de Tecnópolis. Subordina las necesidades de nuestra naturaleza, nuestra biología, nuestras emociones, nuestra espiritualidad. El ordenador reclama la soberanía sobre la totalidad de la experiencia humana y apoya su reclamación mostrando que «piensa» mejor de lo que nosotros podemos. De hecho, con su entusiasmo casi histérico por la inteligencia artificial, Marvin Minsky ha sido citado afirmando que la potencia del pensamiento de los «cerebros de silicio» será pronto tan formidable que, «si tenemos suerte, nos conservarán como animales de compañía»<sup>7</sup>. John McCarthy, el inventor del término «inteligencia artificial», hizo otro comentario todavía más frí-

7. Citado en Hunt, pág. 318.

8. Searle, pág. 30.

voló, aunque también más peligroso. McCarthy proclama que «puede decirse que, incluso máquinas tan simples como los termostatos, tienen creencias». Ante la pregunta obvia, planteada por el filósofo John Searle, «¿Qué creencias tiene su termostato?», McCarthy replicó: «Mi termostato tiene tres creencias: hace demasiado calor aquí, hace demasiado frío aquí, y aquí hay una buena temperatura»<sup>8</sup>.

Lo importante de esta respuesta es que ha redefinido el sentido de la palabra «creencia». La observación de McCarthy desecha la opinión de que los humanos tienen estados de ánimo internos que son el fundamento de la creencia y defiende, en cambio, que «creencia» significa lo que alguien o algo hace. La observación también implica que simular una idea es sinónimo de reproducirla. Y, lo más importante, rechaza la idea de que la mente sea un fenómeno biológico.

En otras palabras, lo que tenemos aquí es un ejemplo de metáfora que ha enloquecido. De la proposición de que los humanos son, en algunos aspectos, como máquinas, nos desplazamos a la proposición de que los humanos no son mucho más que máquinas y, finalmente, a la de que los seres humanos son máquinas. Y a partir de ahí inexorablemente, tal como indica el comentario de McCarthy, a la proposición de que las máquinas son seres humanos. De lo que se sigue que pueden construirse máquinas que reproduzcan la inteligencia humana y, por eso, la investigación en el campo conocido como inteligencia artificial era inevitable. Lo más importante en esta línea de pensamiento es el peligroso reduccionismo que implica. La inteligencia humana, tal como Weizenbaum ha intentado recordar contundentemente a todos, no es transferible. El hecho evidente es que los humanos tienen una vida mental única intangible y enraizada biológicamente, que, en algunos aspectos limitados, puede ser simulada por una máquina, pero que nunca puede ser reproducida. Las máquinas no pueden sentir e, igualmente importante, no pueden *entender*. Eliza puede preguntar: «¿Por qué está usted preocupado por su madre?», que podría ser exactamente la misma pregunta que haría un terapeuta. Pero la máquina no sabe qué significa la pregunta, ni siquiera que la pregunta signifique. (Por su-

puesto, puede haber algunos terapeutas que tampoco sepan lo que significa, que pregunten rutinaria, ritualmente, sin prestar atención; en ese caso podríamos decir que se están comportando como una máquina). Es el sentido, no la expresión explícita, lo que hace única a la mente. Utilizo «sentido» aquí para referirme a algo más que al resultado de reunir símbolos cuyas denotaciones son compartidas al menos por dos personas. Tal como yo lo entiendo, el sentido también incluye eso que llamamos sentimientos, experiencias y sensaciones que no tienen por qué —y en algunas ocasiones no pueden— ser convertidas en símbolos; pero, sin embargo, «tienen sentido». Sin símbolos concretos, un ordenador no es más que un montón de chatarra. Aunque la búsqueda de una máquina que reproduzca la mente tiene antecedentes muy antiguos y aunque los circuitos lógicos digitales hayan dado a esa búsqueda una estructura científica, la inteligencia artificial no conduce —ni puede conducir— a una criatura creadora de sentido, que comprenda y sienta lo que el ser humano es.

Todo esto puede parecer muy evidente, pero la metáfora de la máquina como humano (o del humano como máquina) es lo bastante potente como para haberse introducido profundamente en el lenguaje cotidiano. En la actualidad la gente habla vulgarmente de «programarse» o «desprogramarse» a sí mismos. Se refieren a sus cerebros como si fueran una pieza de «instalación eléctrica» capaz de «recuperar datos», y se ha vuelto habitual pensar sobre el pensamiento como una simple cuestión de procesar y descodificar.

Quizá el ejemplo más escalofriante de cuán profundamente está absorbiendo nuestro lenguaje la metáfora de la «máquina como humano», se inició el 4 de noviembre de 1988, cuando los ordenadores conectados a la red Arpanet se ralentizaron, se llenaron de datos ajenos y, a continuación, se detuvieron del todo. El problema se extendió muy rápidamente a seis mil ordenadores a lo largo y ancho de Estados Unidos y del extranjero. La primera hipótesis fue que un programa de *software* se había introducido en otros programas, lo que se denomina (con otra metáfora humano-máquina) un «virus». Dio la casualidad de que el intruso era un programa autosuficiente dise-

ñado a propósito para hacer inservibles los ordenadores, lo que se llama un «gusano». Pero el término técnicamente incorrecto «virus» pervivió, sin duda debido a su familiaridad y a sus conexiones con lo humano. Como descubrió Raymond Gozzi Jr. en su análisis de cómo describieron el suceso los medios de comunicación, los periódicos apuntaron que los ordenadores fueron «infectados», que el virus era «virulento» y «contagioso», que se realizaron tentativas de «poner en cuarentena» los ordenadores infectados y también para «esterilizar» la red, y que los programadores tenían la esperanza de desarrollar una «vacuna», de manera que los ordenadores pudieran ser «vacunados» contra nuevos ataques<sup>9</sup>.

Este tipo de lenguaje es algo más que un mero antropomorfismo pintoresco. Refleja un cambio profundo en la percepción de la relación de los ordenadores con los humanos. Si los ordenadores pueden enfermar entonces también pueden curarse. Una vez sanos, pueden pensar con claridad y tomar decisiones. El ordenador, implícitamente tiene voluntad, tiene intenciones, tiene razones; lo que significa que los humanos se ven exonerados de su responsabilidad por las decisiones que tome el ordenador. Mediante una curiosa forma de alquimia gramatical, la frase «utilizamos el ordenador para calcular» acaba significando «el ordenador calcula». Si un ordenador calcula, entonces puede decidir calcular erróneamente o no calcular nada. Eso es lo que quieren decir los que trabajan en los bancos cuando le responde que no pueden decirle cuánto dinero hay en su cuenta corriente porque «los ordenadores están saturados». La consecuencia es que, por supuesto, ninguna persona del banco es responsable. Los ordenadores cometen errores o se cansan o se ponen enfermos. ¿Por qué culpar a la gente? Podemos denominar a esta línea de pensamiento un «cambio de agente», un término que tomo prestado de Stanley Milgram para nombrar el proceso por el que los humanos transfieren la responsabilidad de una consecuencia de sí mismos a un agente más abstracto<sup>10</sup>. Cuando esto sucede, hemos renunciado al control, lo que, en el caso del ordenador, significa que, sin demasiados remordimientos, podemos perseguir objetivos imprudentes o incluso inhumana-

nos, porque el ordenador puede realizarlos o se cree que puede.

Diversos tipos de máquinas adoptarán algunas veces un aspecto humano o, más apropiadamente, sobrehumano. Quizá el caso más absurdo que conozco se encuentra en un comentario que hizo uno de mis estudiantes en un sofocante día de verano en un aula sin aire acondicionado. Cuando le dijeron que el termómetro marcaba 98 grados Fahrenheit [36,6° C], replicó: «¡No me extraña que haga tanto calor!». La Naturaleza estaba fuera de campo. Con que sólo los termómetros se comportasen bien, podíamos sentirnos bien. Pero los ordenadores son mucho más «humanos» que los termómetros o que casi cualquier otro tipo de tecnología. Al contrario que la mayoría de las máquinas, los ordenadores no realizan ningún trabajo; lo dirigen. Son, como afirmara Norbert Wiener, la tecnología del «ordenar y controlar» y tendrían poco valor sin nada que controlar. Por eso resultan de tanta importancia para las burocracias.

Naturalmente, cabe esperar que los burócratas abracen una tecnología que les ayuda a crear la ilusión de que las decisiones no están bajo su control. Debido a su aparente inteligencia e imparcialidad, un ordenador tiene una tendencia casi mágica a desviar la atención de las personas que están a cargo de funciones burocráticas y atraerla hacia sí, como si la máquina fuera la auténtica fuente de autoridad. Un burócrata pertrechado con un ordenador es el legislador incontestado de nuestra época y una carga terrible que soportar. Quizá si Adolf Eichman hubiera podido decir que no había sido él, sino una batería de ordenadores, quien dirigía a los judíos a los crematorios correspondientes, puede que nunca se le hubiera hecho responder de sus actos.

Aunque llegué a realizar funciones de «administración» cuando mi carrera académica estaba ya muy avanzada (o quizá debido a ello), me asombra constantemente el comprobar con qué obediencia acepta la gente las explicaciones que empiezan con las palabras «el ordenador muestra...» o «el ordenador ha determinado...». Es el equivalente en Tecnópolis a la frase «es la voluntad de Dios» y el efecto es más o menos el mismo. No le sorprenderá saber que muy raramente recorro a ese engaño.

9. Véase Gozzi, pags. 177-180.

10. Véase Milgram.

11. Weizenbaum, pág. 32.

12. Escritor, psicólogo, y entusiasta de la investigación y uso de drogas psicodélicas. Fue un divulgador y defensor de los beneficios terapéuticos y espirituales del uso de la LSD. (Nota de los editores)

Pero algunas veces, cuando me he visto entre la espada y la pared, he cedido, nadie ha replicado todavía «no me venga con cuentos». Su indefensión tiene algo kafkiano. En *El proceso*, Joseph K. es acusado de un delito cuya naturaleza desconoce, como desconoce de quién provino la acusación. El ordenador convierte a demasiados de nosotros en unos Joseph K. A menudo funciona como una especie de acusador impersonal que no revela, y al que no se le exige que revele, las fuentes de los juicios que hace contra nosotros. Al parecer, ya es más que suficiente con que el ordenador se haya pronunciado. Quién ha introducido los datos en él, con qué propósito, para la conveniencia de quién y basándose en qué supuestos son preguntas que se dejan sin formular.

Esto sucede no sólo en asuntos personales, sino también en las decisiones públicas. Importantes instituciones como el Pentágono, Hacienda y las empresas multinacionales nos dicen que sus decisiones se toman a partir de soluciones generadas por los ordenadores, lo que suele ser suficiente para que nos tranquilicemos o, mejor dicho, nos durmamos. En parte por ese motivo, el ordenador ha fortalecido las instituciones burocráticas y ha suprimido el impulso hacia el cambio social significativo. «La llegada de la Revolución del Ordenador y el inicio de la Era del Ordenador han sido anunciado muchas veces —ha escrito Weizenbaum—. Pero si el triunfo de una revolución ha de medirse en función de la modificación social que conlleva, entonces no ha habido revolución del ordenador<sup>11</sup>».

Los ordenadores, al automatizar el funcionamiento de organizaciones políticas, sociales y comerciales, puede que las hagan más eficaces —o puede que no—, pero con toda seguridad lo que sí han conseguido es desviar la atención de la cuestión sobre si esas organizaciones son o no necesarias o sobre cómo podrían mejorarse. Una universidad, un partido político, una confesión religiosa, un proceso judicial, incluso las reuniones de empresas, no se mejoran automatizando su funcionamiento. Se vuelven más imponentes, más técnicas, quizá más autoritarias, pero los defectos en sus presupuestos, ideas y teorías permanecen al margen de cualquier cuestionamiento. La tecnología informática, en otras pala-

bras, todavía está muy lejos de la imprenta en su capacidad para generar un pensamiento social, político y religioso radical y autónomo. Si la imprenta era, tal como la denominó David Riesman, «la pólvora de la mente», el ordenador, con su capacidad para limar las asperezas de instituciones e ideas poco satisfactorias es el talco de la mente.

No quiero llegar tan lejos como Weizenbaum cuando afirmaba que los ordenadores no son más que dispositivos ingeniosos que cumplen funciones insignificantes y que la revolución del ordenador es una explosión de tonterías. Quizá ese juicio necesitará rectificación en el futuro, porque el ordenador es una tecnología con mil utilidades: el Proteo de las máquinas, por usar la expresión de Seymour Papert. Se debe señalar, por ejemplo, el uso de imágenes generadas por ordenador en el fenómeno conocido como Realidad Virtual. Poniéndose una serie de pantallas en miniatura engastadas en una especie de gafas se puede perder de vista el mundo real y desplazarse a través de un mundo simulado de tres dimensiones que varía sus componentes cada vez que se mueve la cabeza. El que Timothy Leary<sup>12</sup> sea un entusiasta defensor de la Realidad Virtual no significa que este dispositivo vaya a tener futuro. Pero, ¿quién sabe?, quizá, para aquellos que ya no pueden hacer frente al mundo real la Realidad Virtual les proporcionará una terapia mejor que Eliza.

Lo que está claro es que, hasta la fecha, la tecnología informática ha servido para fortalecer el dominio de Tecnópolis, para hacer que la gente crea que innovación tecnológica es sinónimo de progreso humano. Y lo ha hecho formulando muchas ideas a este respecto.

Como ya se ha apuntado, ha llevado hasta mucho más allá de lo razonable la metáfora de las máquinas como humanos y los humanos como máquinas. No afirmo, por cierto, que esa metáfora se iniciara con la tecnología informática. Puede encontrarse también en la medicina: los médicos y los pacientes han acabado creyendo que, como una máquina, un ser humano está formado por piezas que, cuando son defectuosas, pueden reemplazarse por otras piezas mecánicas que funcionan como la original sin perjudicar o ni siquiera afectar a cualquier otra parte de la má-

quina. Por supuesto, ese presupuesto funciona hasta cierto punto, pero dado que el ser humano no es en realidad una máquina, sino un organismo biológico en el que la totalidad de sus órganos están interrelacionados y profundamente afectados por los estados mentales, la metáfora del ser humano como máquina tiene graves limitaciones médicas y puede tener efectos devastadores. Algo similar puede decirse de la metáfora mecánica cuando se aplica a los trabajadores. Las modernas técnicas industriales fueron posibles gracias a la idea de que una máquina está compuesta de piezas aislables e intercambiables. Pero al organizar las fábricas de manera que los trabajadores fueran también concebidos como piezas aislables e intercambiables, la industria ha causado una profunda alienación y amargura. De esto trata la película *Tiempos modernos* de Charles Chaplin, en la que intentó mostrar el daño psicológico producido por esa metáfora llevada demasiado lejos. Pero, debido a que el ordenador «piensa» más que trabaja, su poder para dar lugar a metáforas mecánicas no tiene parangón y resulta muy valioso para Tecnópolis, que depende de que creamos firmemente que nos encontramos en plena forma cuando actuamos como máquinas, y que, en muchos sentidos, se puede confiar en las máquinas para que sean nuestros sustitutos. Entre las consecuencias de estas creencias se encuentra una pérdida de confianza en el juicio y la subjetividad humanas. Hemos devaluado la excepcional capacidad humana para ver las cosas en conjunto en todas sus dimensiones psicológicas, emocionales y morales, y la hemos reemplazado por la fe en los poderes del cálculo técnico.

Debido al tipo de funciones que habitualmente realizan los ordenadores, éstos ponen un énfasis excesivo en los procesos técnicos de la comunicación y dicen muy poco del contenido. Con la excepción de la luz eléctrica, nunca ha existido una tecnología que ejemplifique mejor el aforismo de Marshall McLuhan «el medio es el mensaje». El ordenador es poco más que proceso. No hay, por ejemplo, «grandes ordenadores», como hay grandes escritores, pintores o músicos. Hay «grandes programas» y «grandes programadores», pero su grandeza radica en su ingenio para si-

mular una función humana o para crear nuevas posibilidades de cálculo, velocidad y volumen<sup>13</sup>. Por supuesto, si J. David Bolter tiene razón, es posible que en el futuro los ordenadores surjan como un nuevo tipo de libro, expandiendo y enriqueciendo la tradición de las tecnologías de la escritura<sup>14</sup>. Dado que la imprenta creó nuevas formas de literatura cuando sustituyó al manuscrito, es posible que la escritura electrónica haga lo mismo. Pero, por el momento, la tecnología informática funciona más como un nuevo modo de transporte que como un nuevo medio de comunicación con contenido. Mueve la información: cantidades ingentes de ella, muy rápido y en su mayor parte en forma de cálculo. El ordenador, de hecho, hace posible la realización del sueño de Descartes de la matematización del mundo. Facilitan la transformación de los datos en estadísticas y la traducción de los problemas en ecuaciones. Y aunque esa matematización puede ser útil (como cuando el proceso revela un patrón que de otra manera hubiera pasado desapercibido), también es engañosa y peligrosa cuando se aplica indiscriminadamente a asuntos humanos. Y también lo son el énfasis del ordenador en la velocidad y especialmente su capacidad para generar y almacenar cantidades de información sin precedentes. En contextos especializados, el valor del cálculo, la velocidad y una información voluminosa pueden ser incontestables. Pero el «mensaje» de la tecnología informática es global y autoritario. El ordenador defiende, por decirlo llanamente, que los problemas más graves a los que nos enfrentamos tanto en la esfera personal como en la pública requieren soluciones técnicas a través del acceso rápido a una información que de otra manera no estaría disponible. Yo argumentaría que, a primera vista, eso es una tontería. Nuestros problemas más graves no son técnicos, ni surgen a partir de una información inadecuada. Si se produce una catástrofe nuclear, no será debido a una información inadecuada. Si la gente se está muriendo de hambre, no es debido a que haya una información inadecuada. Si las familias se rompen, los niños son maltratados, el crimen aterroriza una ciudad, la educación se muestra impotente... todo eso no sucede por una información inadecuada. Las ecuacio-

13. El ejemplar de marzo de 1991 de *The Sun* informa de que a Lance Smith, que tiene dos años, se le conoce cómo «el Mozart de los videojuegos», básicamente porque consigue puntuaciones astronómicas en uno de los juegos de Nintendo. Esto es lo más cerca que pueden llegar los ordenadores al arte de Mozart.

14. Véase la obra de J. D. Bolter de 1991 *Writing Space: The Computer Hypertext and the History of Writing*, Hillsdale, N.J., Laurence Erlbaum Associates.

15. *Science Digest*, junio de 1984.

16. El término inglés *serendipity* significa «talento para realizar descubrimientos inesperados, por pura casualidad». No tiene traducción castellana equivalente por lo que se ha optado por una reproducción aproximada del sentido. (N. del T.)

17. A ambos se les cita en *News and Observer*, de Raleigh, Carolina del Norte, domingo 13 de agosto de 1989.

nes matemáticas, la comunicación instantánea y las cantidades ingentes de información en ningún caso tienen algo que ver con cualquiera de estos problemas. El ordenador es inútil para abordarlos.

Y, sin embargo, debido a su «universalidad», el ordenador impone respeto, incluso devoción, y reclama una función global en todos los campos de la actividad humana. Quienes insisten en que es descabellado denegar al ordenador una amplia soberanía, están singularmente desprovistos de lo que Paul Goodman llamó en una ocasión «modestia tecnológica» —es decir, tener un sentido de la totalidad y no reclamar ni entrometerse más de lo que autoriza una determinada función—. Norbert Wiener advertía sobre esta falta de modestia cuando comentaba que, si los ordenadores digitales hubieran sido de uso común antes de que se inventara la bomba atómica, la gente habría dicho que la bomba no habría podido inventarse sin ellos. Pero lo fue. Y es importante que recordemos cuántas cosas es posible hacer sin utilizar ordenadores.

Seymour Papert, por ejemplo, quiere que los estudiantes sean epistemólogos, piensen críticamente y aprendan a crear conocimiento. En su libro *Mindstorms* da la impresión de que su programa de ordenador conocido como Logo hace que ahora sea posible. Pero los buenos profesores han estado haciéndolo durante siglos sin la ayuda de Logo. No digo que Logo, cuando lo usa adecuadamente un profesor cualificado, no sirva de ayuda, pero dudo que lo pueda hacer mejor que el lápiz y el papel, o el habla misma, cuando los usa adecuadamente un profesor cualificado.

Cuando los Dallas Cowboys ganaron de forma contundente el campeonato de fútbol americano, su éxito se atribuyó al hecho de que se utilizaran ordenadores para evaluar y seleccionar a sus jugadores. Durante los últimos años, cuando Dallas apenas sí ha podido ganar algunos partidos, no se ha hablado demasiado de los ordenadores, quizá porque la gente se ha dado cuenta de que no tienen nada que ver con ganar partidos de fútbol, ni ahora ni antes. Podría decirse lo mismo acerca de escribir una prosa lúcida, precisa y elegante, que nada tiene que ver con los procesadores de texto. Aunque mis estudiantes no se lo

creen, es posible escribir bien sin un procesador y, añadiría, escribir mal con uno.

La inmodestia tecnológica supone siempre un grave peligro en Tecnópolis, que la fomenta. Tecnópolis también fomenta la insensibilidad ante cualesquiera sean las habilidades que pueden perderse con la adquisición de otras nuevas. Es importante recordar lo que se puede hacer sin ordenadores, y también es igualmente importante que tengamos presente lo que podemos perder cuando los usamos.

Tengo ante mí un ensayo de sir Bernard Lovell, fundador del Britain's Jodrell Bank Observatory, en el que afirma que los ordenadores han ahogado la creatividad científica<sup>15</sup>. Después de dejar constancia de su admiración ante la facilidad con la que las operaciones informatizadas suministran asombrosos detalles de galaxias lejanas, sir Bernard expresa su preocupación de que «la investigación informatizada, literal y de miras estrechas está demostrando ser antitética al libre ejercicio de esa feliz facultad conocida como “descubrimiento casual”<sup>16</sup>, es decir, el don de obtener resultados satisfactorios más o menos por casualidad». Pasa a dar numerosos ejemplos de descubrimientos importantes pero casuales, sosteniendo que se ha producido un cese espectacular de ese tipo de hallazgos, y le inquieta que los ordenadores sean demasiado estrechos como filtros de información y de ahí que puedan resultar fatídicos para ese talento humano. No está, por supuesto, «en contra» de los ordenadores, sino que se limita a plantear cuestiones acerca de sus costes.

El doctor Clay Forishee, jefe científico de FAA para asuntos con intervención humana, hacía lo mismo cuando se preguntaba si el funcionamiento automatizado de la aviación comercial no había incapacitado a los pilotos para reaccionar creativamente cuando algo funciona mal. Robert Buley, encargado de los patrones de vuelo de Northwest Airlines, va más lejos. Se le cita afirmando: «Si tenemos operadores humanos subordinados a la tecnología, entonces vamos a perder creatividad [durante las emergencias]». No está «en contra» de los ordenadores. Le preocupa lo que perdemos utilizándolos<sup>17</sup>.

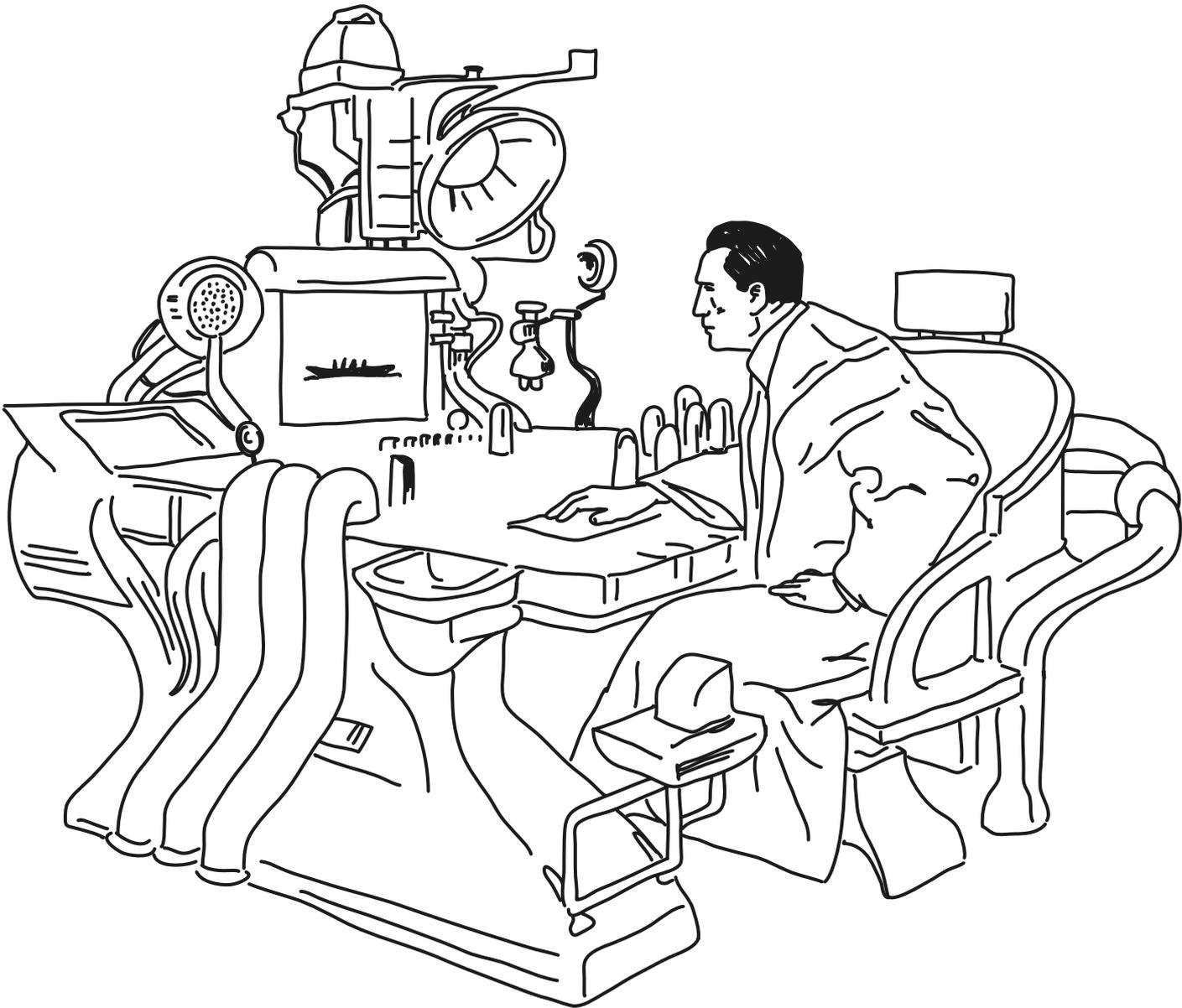
M. Ethan Katsch, en su libro *The Electronic Media and the Transformation of Law*, tam-

bién muestra su preocupación. Escribe: «La sustitución de la imprenta por sistemas informatizados está siendo fomentada en la profesión legal, simplemente como un medio para aumentar la eficacia<sup>18</sup>». Pero sigue diciendo que, de hecho, la capacidad casi ilimitada de los ordenadores para almacenar y recuperar información amenaza la autoridad del precedente, y añade que esa amenaza es completamente desconocida. Según él, «un sistema basado en el precedente se vuelve innecesario cuando hay muy pocos casos accesibles, e inmanejable cuando hay demasiados». Si eso es cierto, incluso sólo en parte, ¿qué significa exactamente? ¿Serán incapaces los abogados de elegir precedentes pertinentes? ¿Estarán los jueces sumidos en la confusión de una «sobrecarga de precedentes»?

Sabemos que los médicos que confían por completo en la maquinaria han perdido la habilidad para realizar diagnósticos basados en la observación. Podemos preguntarnos qué otras habilidades y tradiciones humanas se están perdiendo con nuestra inmersión en una cultura informática. Los tecnopolistas no se preocupan por cosas como éstas. Los que lo hacen son tildados de pesimistas tecnológicos, jeremías y cosas peores. Yo más bien tiendo a pensar que están imbuidos de modestia tecnológica, como el rey Thamus<sup>19</sup>.

18. Katsch, pág. 44.

19. El juicio del rey Thamus aparece en el diálogo *Fedro*, de Platón. Allí, Thamus invoca lo que podría ser un *principio de precaución* para la invención tecnológica. Así, recuerda al inventor Theuth que «el descubridor de un arte no es el juez más apropiado del daño o provecho que aportará a quienes hagan uso de él».



---

ÁNGEL FERRERO

---

# Fausto al Teclado

## Una crítica de la película “La red social” (David Fincher, 2010)

---

Con tan sólo 26 años, Mark Zuckerberg, el fundador de Facebook, es el multimillonario más joven de toda la historia moderna. Según la revista *Forbes*, su fortuna personal —sin contar las acciones privadas en mercados secundarios— está valorada, según datos de julio de 2010, en más de seis mil millones de dólares.<sup>1</sup> Zuckerberg posee el 24% de las acciones de una empresa, Facebook Inc., que cuenta

con 1.700 empleados y sedes en Palo Alto (California, EE.UU.), Dublín (Irlanda), Seúl (Corea del Sur), Wellington (Nueva Zelanda) y Hyderabad (India) y unos ingresos estimados de 800 millones de dólares.<sup>2</sup> Una búsqueda sencilla en Google de la palabra «Facebook» arroja 2.420.000.000 resultados. El meteórico ascenso de Zuckerberg al Olimpo de los hombres más ricos del mundo era sin duda mate-

---

1. “Forbes 400 richest americans”, *Forbes* <<http://www.forbes.com/profile/mark-zuckerberg>> (Consulta: 22 de octubre de 2010).

2. “Facebook ‘09 revenue neared \$800 mn: Sources”, *The Economic Times*, 18 de junio de 2010. <<http://economictimes.indiatimes.com/infotech/internet/Facebook-09-revenue-neared-800-mn-Sources/articleshow/6063819.cms>>

3. Véase la crítica de Silvia Federici a los marxistas autonomistas en *El trabajo precario desde un punto de vista feminista*, *Sin Permiso*, 3 de enero de 2010. Traducción de María Julia Bertomeu. <<http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=3007>>

4. Daniel Bensaïd, *Marx y el robo de leña. Del derecho consuetudinario de los pobres al bien común de la humanidad*, Posfacio a *Karl Marx. Los debates de la Dieta Renana* (Madrid, Gedisa, trad. de Juan Luis Vermal y Antonia García), pp. 120-121.

5. Jacob Weisberg, *Hight-Tech Hogwash. What's wrong with Silicon Valley libertarianism?*, *Newsweek*, 10 de octubre de 2010 <<http://www.newsweek.com/2010/10/18/what-s-wrong-with-silicon-valley-libertarianism.html>>

rial para una película, como lo fue para Orson Welles la vida de William Randolph Hearst en *Ciudadano Kane* (1941), y no creo exagerar al escribir que puede que *La red social* (*The social network*, David Fincher 2010) sea para una nueva generación de espectadores cinematográficos que consumen más tiempo delante de la pantalla de ordenador que ante la de la televisión lo que la película de Welles representó para quienes sus vidas giraban en torno a la prensa de masas y la radio como principales medios de comunicación.

La mayoría de críticos han coincidido en subrayar la paradoja de que fuesen personas con escasas aptitudes sociales, como el propio Zuckerberg —excelentemente interpretado por Jesse Eisenberg—, los creadores de la mayor red social del mundo, con 512 millones de usuarios activos en más de doscientos países y una media diaria de 250.000 altas en el servicio. Muy cierto. Según lo muestra *La red social* —una película que transcurre en su mayor parte en despachos de abogados y aun así logra mantener constante el interés del espectador durante dos horas—, en su origen Facebook no fue más que el producto de que Zuckerberg volcase en el trabajo de programación una serie de frustraciones personales que van desde el rechazo sentimental hasta la marginación social por motivos de clase. De ahí que Zuckerberg exportase «la estructura social de la universidad» (y más concretamente: de una universidad norteamericana) a Internet: el nombre de la página —que empezó en las universidades de la Ivy League para saltar a la Universidad de Stanford, en la Costa Oeste, y de ahí a las universidades del Reino Unido antes de generalizarse a cualquier usuario mayor de 13 años— proviene del que se da a los libros de fotografías que se proporciona a los estudiantes de primer curso en las universidades estadounidenses con la información básica para que se conozcan entre sí.

Pero *La red social* también es el retrato de un nuevo tipo social de capitalista. Si *Pozos de ambición* (*It will be blood*, Paul Thomas Anderson, 2007), la adaptación de la novela *Oil!* de Upton Sinclair, era el retrato del nacimiento de los reyes del petróleo; si *Wall Street: el dinero nunca duerme* (*Wall Street: Money Never Sleeps*, Oliver Stone, 2010) ha traído de vuelta

a la cartelera a los tiburones financieros de la película de 1987; *La red social* retrata la última forma del empresario —uno que, lejos de exteriorizar su estatus social, viste sudadera y calza chanclas— surgido de lo que Ernst Mandel calificó, en sus inicios mismos, de tercera revolución tecnológica, un ciclo del capitalismo tardío que, lejos de suponer su desarrollo hacia un nivel más alto de las relaciones sociales o incluso su extinción, como fantasean algunos autores de la posmodernidad y teóricos de la autonomía,<sup>3</sup> no ha supuesto más que el desplazamiento del mundo del trabajo por el de las finanzas tanto como la explotación a fondo de los viejos mercados y su expansión hacia nuevos territorios, como el que nos ocupa, pues un programa informático no es otra cosa que «una parcela de trabajo intelectual muerto acumulado»<sup>4</sup> ¿y no fue la burbuja tecnológica de 1995-2000 un ejemplo, por cierto bastante espectacular, de especulación bursátil y antecedente directo de la burbuja inmobiliaria que nos ha conducido a la actual crisis económica mundial?

Aunque *La red social* sólo se ocupa de la génesis de Facebook —de cómo Zuckerberg fue ascendiendo en la escala social ayudándose de los cadáveres apilados de antiguos colaboradores (todos los cuales, irónicamente, terminaron abriéndose una cuenta de Facebook) para trepar por ella—, los trapos sucios no se agotan solamente en la disputa en torno a su creación o la disoluta vida de su asesor, el también creador de Napster Sean Parker: además de Zuckerberg, actualmente la dirección de Facebook la componen cinco personas, entre las cuales se encuentra Peter Thiel —un *neocón* que cuenta con mayordomo con librea y cuyo credo político puede resumirse en su frase «no creo que la democracia y la libertad sean compatibles»<sup>5</sup>—, siendo Jim Breyer, socio de la empresa de capital riesgo Accel Partner, uno de los más importantes miembros de su consejo ejecutivo. Según escribe Tom Hodgkinson para *The Guardian*, la «más reciente serie de fondos de Facebook la aportó una compañía llamada Greylock Venture Capital, que puso una suma de 27,5 millones de dólares. Uno de los veteranos de Greylock se llama Howard Cox [...] que está también en la dirección de In-Q-Tel. Bien, créase o no (compruébese en

su página web), éste es el sector de capital de riesgo de la CIA [...] que «identifica y acompaña a las compañías en el desarrollo de tecnología punta para distribuir esas soluciones a la CIA y al grueso de la comunidad de inteligencia de los EEUU para sus próximas misiones». El primer presidente de In-Q-Tel fue Gilman Louei, que fue miembro de la dirección de la NVCA con Breyer. Otra figura clave en el equipo In-Q-Tel es Anita K. Jones, ex directora de investigación en defensa e ingeniería para el departamento de defensa de los EEUU y —con Breyer— miembro de la directiva de BBN Technologies». <sup>6</sup> James K. Glassman, subsecretario del estado de diplomacia con George W. Bush y presidente de la Broadcasting Board of Governors, una agencia federal que proporciona contenidos a Voice of America, Radio Free Europe/Radio Liberty, the Middle East Broadcasting Networks (Alhurra TV y Radio Sawa), Radio Free Asia y la Office of Cuba Broadcasting (Radio y TV Marti) —altavoces, como es sabido, de la propaganda estadounidense por todo el globo— dijo en una reciente conferencia patrocinada, entre otros, por Facebook, que páginas como la de Zuckerberg «proporcionan a los EE.UU. una ventaja competitiva significativa sobre los terroristas. [...] Al Qaeda se ha quedado en la Web 1.0. Internet trata ahora sobre interactividad y conversación». <sup>7</sup>

Facebook es, además, una inestimable fuente de datos para las empresas, dado que es el usuario mismo quien proporciona —a veces sin su conocimiento, merced a una política de privacidad que hace que toda la información sea visible por defecto— toda su información personal a Facebook, quien, a su vez, se la vende a los anunciantes, que pueden ahorrarse así los costosos espacios publicitarios en prensa —¿qué rotativo puede ofrecer un mercado potencial de un centenar de millón de lectores?— y los muchos más costosos estudios de mercado para predecir, clasificar y segmentar a los futuros consumidores: «Facebook permite —escribe Patricia Manrique— mediante su sistema de anuncios, acertar plenamente en el público objetivo y tener información de retorno. ¿Cómo? Cada vez que se pincha un anuncio en Facebook Ads, se consiente que la información de quien clicke llegue al anunciante. Luego, se ‘bombardea’ al público objetivo

en su propio perfil. Así, la red social de Zuckerberg obtuvo, según Reuters, 645 millones de euros en publicidad en 2009, y se prevé que serán 733 millones en 2010». <sup>8</sup> Este tipo de publicidad y servicios personalizados —que Facebook comparte con Google y Amazon—, según advierte Eli Pariser, es además peligroso al conectar al usuario a sí mismo y no, como se supone, a los demás, impidiéndole explorar nuevos caminos, creando una suerte de «burbuja» para el usuario «que más que satisfacer el amplio espectro de la experiencia humana nos encierra en una serie de etiquetas de interés». <sup>9</sup>

Esta cuanto menos laxa política de privacidad —Zuckerberg calificó en los inicios de Facebook a sus usuarios de «cretinos de mierda que confían en mí» sin saber por qué <sup>10</sup>— que dificulta extraordinariamente la eliminación de perfiles y filtra continuamente información de los usuarios a los anunciantes —algo repetidamente denunciado por asociaciones de derechos civiles como la American Civil Liberties Union (ACLU), el Electronic Privacy Information Center o la Electronic Frontier Foundation <sup>11</sup>— es aprovechada también por el Home Office británico y el Departamento de Inmigración estadounidense para espiar a sus ciudadanos. <sup>12</sup> En ocasiones ha sido el propio Facebook quien se ha adelantado a los gobiernos y eliminado o bloqueado páginas de organizaciones —como ha ocurrido recientemente en Alemania con una iniciativa antifascista o una plataforma ecologista antinuclear— hasta que la presión de los medios de comunicación las ha obligado a reabrir, lo que debería funcionar como recordatorio para los evangelistas de las redes sociales de que lo que tiene verdadero poder de influencia es la organización ciudadana y no el canal de comunicación —en este caso Facebook— que se utiliza. <sup>13</sup>

Más allá incluso de las oscuras afinidades político-económicas de su junta directiva, lo que los propagandistas —incluidos algunos de «izquierdas»— de las redes sociales son incapaces de ver es que toda tecnología satisface una serie de necesidades, pero crea a la vez otras nuevas. El problema con Facebook es que tiende a confundirse la base tecnológica que facilita todo lo que se valora positivamente de él —como, pongamos por caso, la inmediatez en la comunicación— con el objeto mis-

6. Tom Hodgkinson, *¿Qué hay detrás de Facebook? Sin Permiso*, 10 de febrero de 2008. Traducción de Daniel Escribano. <<http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=1665>>

7. Malcolm Gladwell, *The New Yorker*, 4 de octubre de 2010. <[http://www.newyorker.com/reporting/2010/10/04/101004fa\\_fact\\_gladwell](http://www.newyorker.com/reporting/2010/10/04/101004fa_fact_gladwell)>

8. Patricia Manrique, *Facebook: una fuente de datos para empresas*, *Diagonal*, 13 de septiembre de 2010. <<http://www.diagonalperiodico.net/Facebook-una-fuente-de-datos-para.html>>

9. Lynn Parramore, *Eli Pariser: The Future of Internet*, *New Deal 2.0*. 13 de octubre de 2010. <<http://www.newdeal20.org/2010/10/13/eli-pariser-the-future-of-the-internet-23168/>>

10. Jose Antonio Vargas, *The Face of Facebook*, *The New Yorker*, 20 de septiembre de 2010. <[http://www.newyorker.com/reporting/2010/09/20/100920fa\\_fact\\_vargas?currentPage=all](http://www.newyorker.com/reporting/2010/09/20/100920fa_fact_vargas?currentPage=all)>

11. Tim Jones, *Facebook Violates Privacy Promises, Leaks User Info to Advertisers*, Electronic Frontier Foundation, 21 de mayo de 2010. <<https://www.eff.org/deeplinks/2010/05/facebook-privacy-promises>>; Richard Esguerra, *Facebook's Broken Promises: Facebook Apps Leaking Private Data to Advertisers and Trackers*, Electronic Frontier Foundation, 18 de octubre de 2010. <<https://www.eff.org/deeplinks/2010/10/facebook-broken-promises-facebook-apps-leaking>>; Blanca Salvatierra, *Desnudos en Internet*, *Público*, 23 de octubre de 2010. <<http://www.publico.es/ciencias/342988/desnudos-en-internet>>

12. Alan Travis, *'Surveillance state' fear as government revives tracking plan*, *The Guardian*, 21 de octubre de 2010. <<http://www.guardian.co.uk/uk/2010/oct/21/surveillance-government-legislation>>; Jennifer Lynch, *Applying for Citizenship? U.S. Citizenship and Immigration Wants to Be Your 'Friend'*, Electronic Frontier Foundation, 12 de octubre de 2010. <<https://www.eff.org/deeplinks/2010/10/applying-citizenship-u-s-citizenship-and>>

13. Andreas Speit, *Facebook lösch Anti-NPD-Seite*, *tageszeitung*, 10 de octubre de 2010. <<http://www.taz.de/1/netz/netzpolitik/artikel/1/facebook-loescht-anti-ncp-seite/>>; Felix Dachsels, *Castorgegner halten Facebook Zensur vor*, *tageszeitung*, 19 de octubre de 2010. <<http://www.taz.de/1/netz/netzpolitik/artikel/1/castorgegner-halten-facebook-zensur-vor-1/>>

14. «Facebook fiends tend to be narcissistic, insecure: York U study, 7 de septiembre de 2010. <<http://www.yorku.ca/mediar/archive/Release.php?Release=1912>>

15. Tom Hodgkinson, *op. cit.*

16. «Moldavia es un país en el que existen muy pocas cuentas de Twitter [...] Por su parte, en el caso iraní las personas que twitteaban sobre las protestas se encontraban casi todas en Occidente. “Es hora de poner en su sitio el rol de Twitter en los acontecimientos en Irán”, escribió Golnaz Esfandiari el verano pasado, en Foreign Policy. “Digámoslo claramente: no hubo ninguna revolución Twitter en Irán.” Bloggers importantes como Andrew Sullivan, que defendieron un papel destacado de las redes sociales en las manifestaciones en Irán, continuaba Esfandiari, malinterpretaron completamente la situación. “Los periodistas occidentales que no podían hablar —¿o quizás ni siquiera se preocuparon por ello?— con las personas sobre el terreno simplemente se dedicaron a pasearse por las entradas de twitter en inglés con la etiqueta #iranelection.” “A pesar de todo”, añadía, “a nadie parecía sorprenderle que personas que intentaban coordinar protestas en Irán escribieran en otro idioma en vez del farsi” Malcolm Gladwell, *op. cit.*

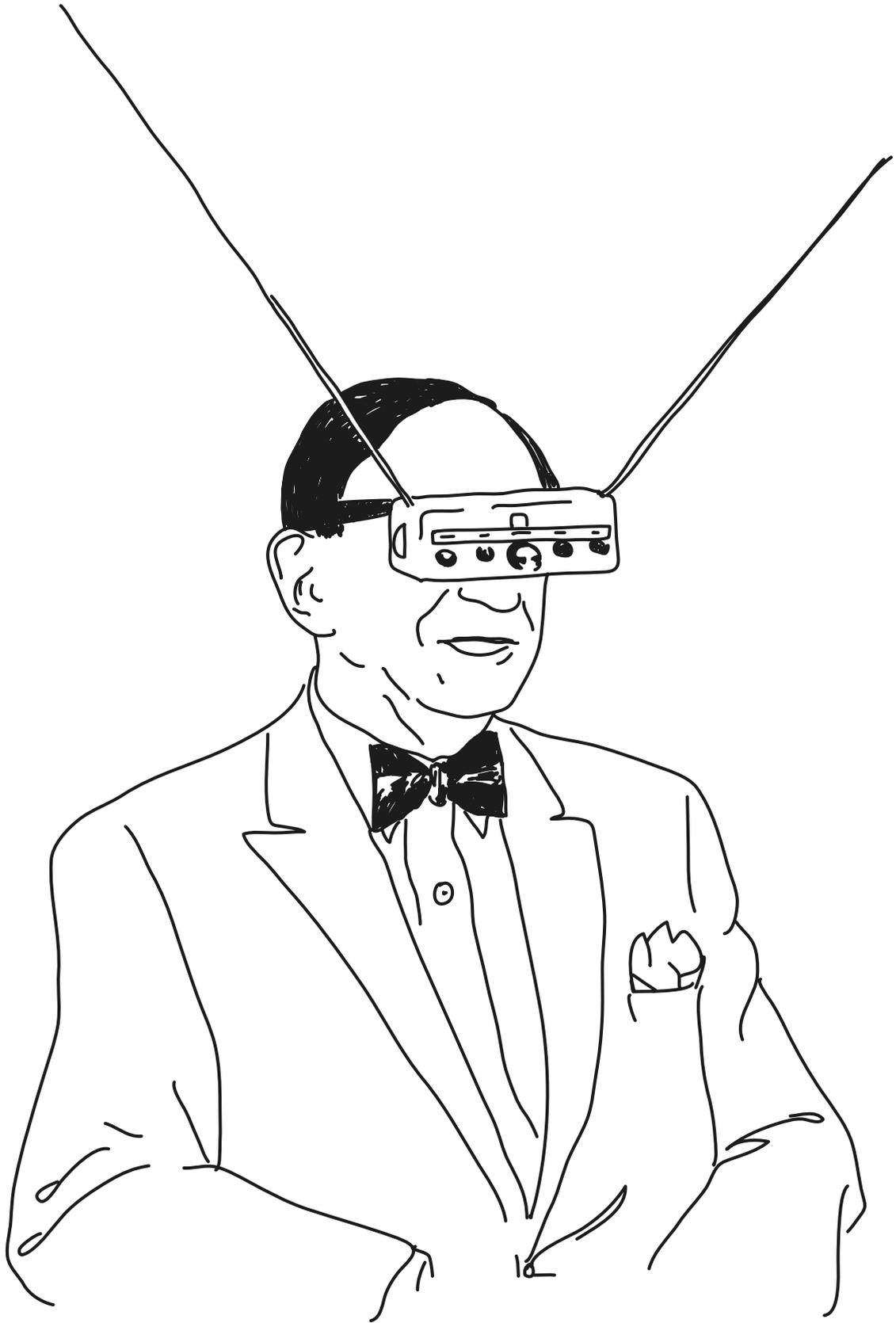
mo. Aunque no conviene exagerar los peligros de Facebook, parece difícilmente refutable que Facebook está modificando las pautas de comportamiento social de muchas personas y no parece que lo esté haciendo precisamente para bien.<sup>14</sup> Como escribe Tom Hodgkinson, Facebook alimenta «una suerte de vanidad y engreimiento en nosotros. Si cuelgo un retrato mío en la lista de mis cosas favoritas, puedo construir una representación artificial de quién soy para conseguir sexo o aprobación (“me gusta Facebook”, me dijo otro amigo, “conseguí echar un polvo”). También incentiva una competitividad inquietante entre las amistades; parece que, con los amigos, hoy en día la calidad no cuenta para nada y la cantidad es la reina. Cuantos más amigos tiene, mejor es usted. Es usted “popular”, en el sentido que gusta a las escuelas superiores americanas. Como prueba, la portada de la nueva revista *Facebook* de Dennis Publishing: “Cómo doblar su lista de amigos”».

Facebook está cambiando el concepto mismo de privacidad —¿Por qué alguien querría hacer pública su vida privada? ¿Acaso no puede quererse mantener para sí lo más íntimo?— haciendo que para muchas personas la organización de su vida social gire en torno a Facebook. Si usted conoce a alguien de entre 15 y 30 años que no tenga Facebook, creo que sabe a qué me refiero. Peor aún: « Su enormemente exitoso negocio americano se describe a sí mismo como “una utilidad social que le conecta con la gente de su alrededor”. Pero me resisto a él. ¿Por qué necesitaría yo un ordenador para conectar con la gente que me rodea en esta Tierra de Dios? ¿Por qué debería mediar en mis relaciones una pandilla de supercretinos en California? ¿Qué hay de malo en el bar? ¿Conecta realmente Facebook a la gente? ¿No nos desconecta más de lo que nos conecta, al limitarnos a enviarles por el ciberespacio notas agramaticales y fotos divertidas, mientras nos encadena al escritorio en lugar de hacer algo placentero como hablar, comer, bailar y beber con las amistades? Un amigo me ha dicho recientemente que se pasó en el Facebook un sábado por la noche, solo en casa y bebiendo en el escritorio. Qué imagen más triste. Lejos de conectarnos, el Facebook realmente nos aísla en nuestros lugares de trabajo»<sup>15</sup>. Como Star-

bucks y sus cafés con butacas y mesas de ajedrez, Facebook destruye las comunidades a la vez que nos ofrece la ilusión de participar en una.

En efecto, las redes sociales nos acercan más bien un poco más a la «muchedumbre solitaria» de la que hablase David Riesman en los años cincuenta. Según Riesman, la sociedad norteamericana de posguerra empujaba a los individuos —especialmente a aquellos que, gracias al boom económico en los tiempos de Eisenhower, se habían trasladado a los barrios de clase media de la periferia— a ajustar su comportamiento para obtener la aprobación de sus vecinos y no temer ser marginados en su comunidad (¿quién no conoce a alguien que tiene Facebook «porque todo el mundo tiene uno»?), empujándoles a renunciar a sus propios intereses y adoptar los objetivos, ideología y gustos de su comunidad (que Riesman calificó de «conocimiento dirigido a los demás») y frenar el conocimiento de y por sí mismos. Este tipo de sociedades, según Riesman, adolecería de profundas deficiencias en liderazgo, autoconocimiento y potencial humano. Lo que nos lleva posiblemente a la peor parte del fenómeno: el desplazamiento, en algunos casos hasta la sustitución, de la movilización política. Mucho se ufana la prensa a la hora hablar de «la revolución Twitter» en Irán o Moldavia —a pesar de que apenas existen cuentas de Twitter en Moldavia y en Irán<sup>16</sup>— y del miedo de las autoridades egipcias a una «revolución Facebook», y se ha convertido ya en una costumbre citar el número de personas que apoyan tal o cual grupo de Facebook como termómetro de una protesta. En un reciente artículo —que lleva por inequívoco subtítulo *La revolución no será twitteada*— para el *New Yorker*, Malcolm Gladwell sostiene que las redes sociales no pueden proporcionar lo que el cambio social siempre ha requerido:

«Los voluntarios [del movimiento en defensa de los derechos civiles en los EE.UU. en los sesenta] fueron golpeados, disparados y perseguidos por camionetas llenas de hombres armados. Una cuarta parte de quienes participaron en el programa acabaron optando por marcharse. El activismo que desafía el *status quo* —el que ataca a problemas profundamente enraizados— no es para los débiles



17. *Íbid.*

de espíritu. [...] [El activismo] es un fenómeno de «vínculos fuertes». [...] Este patrón se muestra una y otra vez. [...] Incluso las acciones revolucionarias que parecen espontáneas, como las manifestaciones en Alemania Oriental que condujeron a la caída del Muro de Berlín son, en lo más hondo, un fenómeno de vínculos fuertes. El movimiento de oposición en Alemania Oriental consistió en varios cientos de grupos, cada uno de los cuales contaba con apenas una docena de miembros. Cada grupo tenía un contacto limitado con los demás: en aquella época sólo el trece por ciento de los alemanes orientales contaba con un teléfono. Todo lo que sabían era que los lunes por la noche, en las puertas de la Iglesia de San Nicolás, en el centro de Leipzig, la gente se reunía para expresar su descontento hacia el estado. Y el determinante principal de quienes acudieron fue una «masa crítica de amistad»: cuantos más amigos tuvieras que fueran críticos con el régimen más posibilidades tenías de unirte a la protesta. [...] El tipo de activismo asociado con las redes sociales no es en ningún caso de este tipo. Las plataformas de las redes sociales están construidas en torno a vínculos débiles. Twitter es una manera de seguir (o ser seguido por) gente con la que puede que nunca te hayas encontrado. Facebook es una herramienta para gestionar eficazmente tus contactos y para mantener la comunicación con personas con las que, de otro modo, nunca la mantendrías. Por esa razón puedes tener un millar de *amigos* en Facebook, algo que nunca podrías tener en la vida real».

Organizar una asamblea, convencer a tus conocidos para que se afilien a un partido o a un sindicato, participen en una campaña o acudan a una manifestación, todo esto es difícil y en ocasiones hasta muy difícil: requiere dedicación, constancia y esfuerzo, con frecuencia ni siquiera se logran los objetivos. Es el tipo de compromiso que puede acarrear rechazo social y dificultades laborales. Muchos abandonan. Crear un grupo de Facebook a favor o en contra algo, por trivial que sea, es por lo contrario muy fácil. Y todavía es más fácil desplazar el cursor hasta el botón correspondiente para dar nuestro apoyo, siempre desde la comodidad y la seguridad de nuestros hogares o puestos de trabajo. No debería de

extrañar que los grupos de iniciativas *políticas* en Facebook cuenten con tantos seguidores. «¿Cómo se consigue que tanta gente dé su apoyo a una campaña? No pidiéndoles demasiado. Ésa es la única manera en que puedes conseguir que alguien a quien realmente no conoces haga algo a favor tuyo. Pero no implica ningún riesgo económico ni personal; no significa tener que pasar un verano siendo perseguido por hombres armados montados en camionetas. No requiere que te enfrentes a normas y prácticas socialmente bien establecidas. De hecho, es el tipo de compromiso que lo único que te proporcionará será reconocimiento social y encomio. [...] En otras palabras, el activismo de Facebook logra el éxito no motivando a la gente a que haga un sacrificio real sino motivándole a hacer las cosas que la gente hace cuando no están lo suficientemente motivada para llevar a cabo un sacrificio real. [...] Las cosas que [Martin Luther] King necesitaba en Birmingham —disciplina, estrategia— son cosas que las redes sociales no pueden proporcionar».

De seguir el modelo de Facebook, los movimientos sociales pueden contribuir a un mundo de mónadas que más que navegar por Internet chapotean en sus aguas estancadas mientras las calles permanecen vacías, una alarmante imagen advertida por Noam Chomsky en *Fabricando consenso*. Es más: «[Facebook] desplaza nuestras energías de las organizaciones que promueven la actividad estratégica y disciplinada hacia aquellas que promueven la flexibilidad y la adaptabilidad. Facilita que los activistas puedan expresarse, pero dificulta que esa misma expresión tenga un impacto. Los instrumentos de las redes sociales están notablemente preparados para hacer que el orden social existente sea más eficiente. No son un enemigo natural del *status quo*. [Claro que] si eres de la opinión de que todo lo que el mundo necesita son reformas y paños calientes, esto no debería causarte ninguna preocupación»<sup>17</sup>. Por supuesto, nadie está defendiendo que se abandonen las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, ¿pero por qué deberían los movimientos sociales emplear una plataforma en manos de una empresa privada como Facebook cuando existe una herramienta de comunicación mu-

cho más democrática como Indymedia y otras redes más seguras como Lorea, Elgg o Diaspora, en la que los usuarios mantienen el control de sus propios datos?

Los usuarios de Internet harían bien en hacer oídos sordos a los evangelistas de las redes sociales. No son ningún Pablo de Tarso caídos del caballo y provistos de una visión. Más bien son los usuarios de Internet quienes se encuentran debajo del caballo, a punto de ser pisoteados por él. No les estropeo el final de la película si les digo que en la última escena de *La red social*, al compás de *Baby You're a Rich Man* de los Beatles, vemos al *underdog* Mark Zuckerberg a punto de coronar en solitario su empresa, actualizando obsesivamente su página de Facebook, esperando que su ex novia le incluya entre sus amigos y le ayude a salir del círculo en que se ha encerrado. Porque, en el fondo, este capitalista es como todos sus antecesores y se asemeja, por citar la metáfora fáustica de un filósofo por desgracia no muy recordado, al brujo que ya no es capaz de dominar las potencias subterráneas que él mismo ha conjurado.



---

LANGDON WINNER<sup>1</sup>

---

# Internet y los Sueños de una Renovación Democrática

---

Un asunto vivo y muy persistente en el pensamiento político americano es la convicción de que las nuevas tecnologías revitalizarán la sociedad democrática, capacitando a los ciudadanos para obtener los recursos políticos y económicos necesarios para autogobernarse de modo efectivo. Sentimientos de este tipo han reaparecido en cada generación desde principios del siglo XIX, siendo un tema estándar de la retórica pública nacional. La construcción

de canales, vías ferroviarias, fábricas y plantas de energía eléctrica, así como la introducción del telégrafo, el teléfono, el automóvil, la radio y la televisión, han estado siempre acompañados de entusiastas proclamas sobre cómo cada innovación proporcionaría a la gente corriente mayor acceso a los recursos, mayor poder sobre decisiones clave, y amplias oportunidades para la participación política. Con la llegada de los ordenadores personales e Internet a finales

---

1. Este texto de Langdon Winner forma parte de un libro en el que intervienen varios autores y cuyo título es *The civic web: online politics and democratic values*, ed. de David M. Anderson y Michael Cornfield, Oxford, UK, Rowman & Littlefield Publishers, 2003. El texto de Winner «The Internet and Dreams of Democratic Renewal» figura como capítulo 11.

2. «The Grand Canal Celebration», *Utica Sentinel*, 8 de noviembre de 1824, citado por David E. Nye, *American Technological Sublime*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1994, p. 36.

3. «American Steam Navigation», *Hunt's Merchant Magazine*, febrero de 1841, p. 14, citado en Nye, p. 38.

4. George S. White, *Memoir of Samuel Stater*, Philadelphia, 1836, reimpresso en *The New England Mill Village, 1790-1860*, ed. de G. Kulik et al., Cambridge, Mass., MIT Press, 1982, p. 355.

5. Citado en Todd Lapin, «Daja Vu All Over Again», *Wired*, 3.05, febrero de 1995, p. 175.

6. Citado en Lapin, p. 218.

del siglo XX, esta persistente visión se ha reavivado poderosamente. Muchos observadores han predicho que un tipo radical de democracia —descentralizada, antijerárquica y de participación directa— fluiría seguramente del extendido uso de los aparatos electrónicos digitales. ¿Están bien fundadas estas expectativas de renovación política?

### **Ecós históricos**

La creencia en este tipo de conexión entre tecnología y democracia está presente en los principales trabajos de ingeniería de los primeros años de los Estados Unidos. El canal de Erie, por ejemplo, se anunciaba no sólo como el canal que llevaría cargamentos de este a oeste, sino también como la mismísima apoteosis del ciudadano común. En el acto de apertura del canal en 1825, el *Utica Sentinel* declaraba que el proyecto era especialmente relevante como «prueba que será presentada a toda la humanidad de las capacidades del pueblo libre, cuyas energías, no dirigidas por ninguna autoridad absoluta y con una suma que sería insuficiente para costear la pompa real de cualquier monarquía durante un solo año, han llevado a cabo un trabajo de mayor utilidad pública que el que las fuerzas reunidas de todas las monarquías del mundo hayan efectuado desde su fundación en la tierra»<sup>2</sup>. La fecha elegida para la gran ceremonia de apertura de muchos importantes proyectos tecnológicos de este período —el gran ferrocarril de Pennsylvania (1826), el ferrocarril entre Baltimore y Ohio (1828), el canal Baltimore-Ohio (1828), el ferrocarril entre Boston y Worcester (1835), y otros— fue el Día de la Independencia. Las celebraciones de los nuevos sistemas técnicos el día 4 de julio los asocia de forma indiscutible con las tradiciones democráticas emergentes en el país.

La fuerte asociación establecida entre el progreso técnico y la vitalidad de la ciudadanía continuó a lo largo del siglo XIX. Una revista de negocios de 1841 elogiaba la «navegación a vapor» y otros inventos, por el modo en que éstos elevaban las capacidades políticas de los pueblos corrientes: «En exacta proporción a la extensión de la libertad política y la difusión de la inteligencia popular, se ha producido el avance de la invención y los artefac-

tos útiles... Así como el poder político ha sido difundido entre grandes masas de hombres, la mente humana ha sido dirigida hacia aquellas invenciones que se diseñan para otorgar sólidos beneficios a esas masas»<sup>3</sup>. Las proclamas sobre el progreso tecnológico durante este período enfatizan comúnmente la contribución que estos progresos hacen a la igualdad política, la competencia cívica y a la ampliación de los horizontes de la participación democrática. En 1836, George S. White, un defensor incondicional de la industrialización, alababa las continuas mejoras técnicas describiéndolas como «una máquina moral, la cual, en la misma proporción en que facilita la comunicación rápida y constante entre todas las partes de nuestra nación, tiende efectivamente a perfeccionar la civilización, y a elevar el carácter moral de su gente»<sup>4</sup>.

A lo largo de las décadas, la admiración por la técnica se ha ido desplazando de cada nuevo aparato al siguiente. A principios del siglo XX, por ejemplo, las expectativas que hoy tenemos respecto de los ordenadores e Internet se atribuían a la radio. En 1924, Herbert Hoover, entonces secretario de comercio, elogiaba la radio por su potencial político: «No nos olvidemos de que el valor principal de este gran sistema no descansa primariamente en su alcance, ni siquiera en su eficiencia... Por primera vez en la historia de la humanidad tenemos la capacidad de comunicarnos simultáneamente con millones de compañeros nuestros, para proporcionarles entretenimiento, instrucción, y una amplia visión de los problemas y los eventos nacionales»<sup>5</sup>. Para algunos entusiastas de la radio de este período, la inmediatez de las transmisiones radiofónicas era el presagio de la participación ciudadana en la política, por los fuertes vínculos que proporcionaba entre los representantes elegidos y el pueblo. En un número de la revista *Radio Broadcast* de 1924, el columnista Mark Sullivan se preguntaba: «¿Permitirá la radio el gobierno del pueblo?», y respondía con un convencido «Sí». «En la actualidad», escribía, «el público es dependiente de la censura delegada en la persona del reportero periodístico... El mérito fundamental de la radio en el congreso será que permitirá al público acceder directamente a la información»<sup>6</sup>.

Las encomiendas de este tipo no estuvieron limitadas a los aparatos de comunicación. El avión, el automóvil, los plásticos, los electrodomésticos y las grandes presas y sistemas del agua fueron ampliamente elogiados y considerados como manifestaciones de un espíritu populista en expansión<sup>7</sup>. Por ello, a David E. Lilienthal, presidente de la Autoridad del Valle de Tennessee, le costó enormes esfuerzos convencer de que el TVA —un voluminoso complejo de alrededor de cincuenta presas, plantas eléctricas y cauces artificiales para el control de desbordamientos comenzado en 1933— no produciría una molesta concentración de poder o de control centralizado. Su libro, *TVA: Democracy on the March*, argumentaba que el sistema TVA era un gran encuentro popular entre los americanos de a pie y las fuerzas de la naturaleza. «Cuando se siguen los principios que se encuentran en las raíces de la democracia», escribía, «la electricidad, así como los minerales de la tierra, proveen al hombre del estímulo para su propia vida, al igual que una oportunidad para trabajar junto a otros hombres para conseguir un propósito mayor que cualquier propósito individual. A través de un acto de unión de los esfuerzos de la participación ciudadana se refuerza la esencial libertad humana, y aumentan sus satisfacciones»<sup>8</sup>.

Las proclamas de revitalización cívica a través de la innovación tecnológica tienen un elemento de verdad. Claramente, los avances acumulativos en la producción industrial, el transporte y las comunicaciones han mejorado la calidad de vida de los ciudadanos comunes. Es razonable concluir que, a través del desarrollo de los mecanismos de comunicación electrónica, la gente estará mejor educada e informada sobre el mundo social y político. Los americanos han sacado partido de los instrumentos de producción y comunicación disponibles que pueden mejorar los intereses personales y de grupo. Actualmente una gran cantidad de tecnologías son elementos clave dentro del tejido de la sociedad política americana; de hecho, es prácticamente imposible imaginar la democracia moderna sin su parafernalia de dispositivos técnicos.

Durante los dos siglos pasados, no obstante, la retórica elogiadora de cada nuevo matrimonio entre tecnología y democracia ha ten-

dido también a ignorar algunos hechos importantes, y ha descuidado amplios patrones de desarrollo sociotécnico, entre los que se incluyen algunos que proyectan sombras sobre esas esperanzas de mayor igualdad, participación y ciudadanía democrática efectiva. Por tanto, aunque los ferrocarriles fueran alabados como el medio de transporte que ayudaría a democratizar los Estados Unidos y haría el continente más accesible a una gran masa de población, en las últimas décadas del siglo XIX los trenes se convirtieron en el foco de las protestas populares de los granjeros y los habitantes de poblaciones pequeñas, que veían sus vidas controladas por los bancos centralizados y las líneas ferroviarias. De igual modo, las primeras expectativas de que el sistema de fábricas llegara a ser la joya de la corona del país fueron pronto ensombrecidas por décadas de luchas laborales por los salarios, los horarios de trabajo, los beneficios y, en general, por las condiciones de trabajo en las cadenas de montaje. A pesar de que las fábricas manufactureras contribuyeron a la mejora de las vidas de la población trabajadora, también fueron ampliamente consideradas como un lugar de reglamentación estricta, de desigualdad y de relaciones sociales de opresión.

De la misma manera, el romance democrático con el automóvil (que continúa en gran medida aún entre nosotros) debe ser también visto dentro del escenario de un drama político y social más amplio. Durante las décadas centrales del siglo XX, la construcción de grandes autopistas y carreteras de circunvalación produjo una vía de escape a través de la cual principalmente los blancos de clase media de los suburbios abandonaron las ciudades industriales, dejando tras de sí los grupos menos favorecidos. Considerado dentro del sistema completo del uso de la tierra, las hipotecas y la planificación del tráfico, el automóvil se convirtió en un elemento de división económica, política y social que perturba la democracia americana hasta nuestros días.

En resumen, una serie de problemas han complicado las esperanzas de igualdad política, inclusión, poder compartido y amplia participación de una población más cultivada por el uso creciente de sistemas tecnológicos. Las visiones estáticas de la «tecnodemocracia»

7. Véase, por ejemplo, Joseph Corn, *The Winged Gospel: America's Romance with Aviation, 1900-1950*, Nueva York, Oxford University Press, 1983.

8. David E. Lilienthal, *TVA: Democracy on the March*, twentieth anniversary ed., Nueva York, Harper & Row Publishers, 1953, p. 91.

9. Alvin Toffler, *The Third Wave*, Nueva York, Morrow, 1980. Traducción al español en Ed. Orbis, Barcelona.

10. Véase mi discusión sobre este período en «Mythinformation», en mi libro *The Whale and the Reactor: A Search for Limits in an Age of High Technology*, Chicago, University of Chicago Press, 1986, pp. 97-117. Traducción al español, *La ballena y el reactor: una búsqueda de los límites de la alta tecnología*, Barcelona, Gedisa, 1987.

11. Howard Rheingold, *The virtual Community: Homesteading on the Electronic Frontier*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1993, p. 14. Traducción al español, *La comunidad virtual: una sociedad sin fronteras*, Barcelona, Gedisa, 1996.

12. Andrew Shapiro, *The Control Revolution: How the Internet Is Putting Individuals in Charge and Changing the World We Know*, Nueva York, Public Affairs, 1999, p. 154.

han fallado históricamente en su renuencia a reconocer las complejas circunstancias sociales, organizativas y políticas en las que las tecnologías estaban inmersas. No obstante, la recurrencia de malformaciones y desórdenes relacionados con la tecnología nunca han acallado los sueños de renovación. Tan pronto como un nuevo mecanismo tecnológico aparece en escena, todas las historias y problemas del pasado son simplemente olvidadas, y reemplazadas por una confianza renovada en que la sociedad ha tropezado por fin con algo maravilloso y sin precedentes.

### **La esperanza renacida**

Durante las últimas décadas del siglo xx, el lugar predilecto donde localizar la salvación política dentro del reino de los instrumentos se trasladó a la tecnología electrónica y digital. Cuando las comunicaciones por ordenador se extendieron desde las organizaciones militares y corporativas a la sociedad, sus partidarios proclamaron que a los ciudadanos les había sido entregado un maravilloso regalo, una herramienta que restauraría el poder del autogobierno a la gente corriente. Predicciones de esta índole eran centrales en el *bestseller* de Alvin Toffler (1981), *The Third Wave*, donde los ordenadores y «la casita de la electrónica» eran considerados la nueva primavera de la política popular<sup>9</sup>. Los escritos sobre la sociedad de la información durante la década de los ochenta daban optimistas proyecciones de despliegue de la «revolución informática», especialmente de los efectos radicalmente democratizadores del ordenador personal. A partir de ahora la gente corriente contaría con el poder que ofrecen los ordenadores para competir con el que tienen las grandes organizaciones<sup>10</sup>.

A principios de los noventa, sin embargo, el foco de las esperanzas políticas se trasladó del ordenador personal (PC) a las redes de ordenadores (Internet) y su potencial para dar poder a los ciudadanos. Una de las primeras y más conocidas declaraciones de esta promesa fue el libro *The virtual Community*, de Howard Rheingold (1993). Cuidadoso en presentar su utopía como una posibilidad atrayente más que como un futuro necesario, la visión de Rheingold se hacía eco de las clásicas

esperanzas que tenían las generaciones precedentes acerca de la tecnología y la política. «El significado político de [la comunicación mediada por los ordenadores] descansa en su capacidad para desafiar el monopolio que la clase política tiene sobre los poderosos medios de comunicación, y quizás, por tanto, revitalizar la democracia-basada-en-los-ciudadanos». Basándose en sus observaciones de los foros de discusión en Internet, Rheingold pedía una «red mundial de comunicación centrada en, y controlada por, los ciudadanos», un «ágora electrónica» que estaba al alcance de nuestra mano<sup>11</sup>.

Al final de la década, esas esperanzas eran si cabe más vivas, y se continuaban anunciando como si fuera un descubrimiento totalmente nuevo. En este sentido, Andrew Shapiro en *The Control Revolution* lamenta que la evolución de la moderna democracia liberal representativa haya abandonado las elecciones políticas decisivas en manos de los representantes públicos elegidos. Shapiro dice: «Ahora, sin embargo, la tecnología puede permitirnos realizar muchas de esas decisiones por nosotros mismos. Podemos convertirnos no sólo en ciudadanos, sino en *ciudadanos-gobernantes*, jugando cada uno de nosotros un rol a la hora de organizar la distribución de los recursos, el manejo del poder estatal y la protección de los derechos»<sup>12</sup>.

Expresiones de este tipo han llegado a ser moneda de cambio en las descripciones que se hacen de Internet en los medios periodísticos, así como en cientos de foros de discusión *on line*. La experiencia de muchos usuarios de los ordenadores les induce a creer que el mundo está siendo rápidamente democratizado por la enorme cobertura de la red, y que ha aumentado su propia influencia sobre las decisiones. La sensación de que aumenta el poder a través de la implicación personal en el ciberespacio está actualmente muy extendida y es muy fuerte.

La buena noticia quizá sea que la predicha revitalización de la esfera pública vía Internet indudablemente amplificará docenas de revoluciones tecnodemocráticas previas, muchas de las cuales, como hemos visto, han ido haciendo de la política americana una famosa utopía de condiciones ideales de igualdad económica, de poder compartido sobre las deci-

siones, y de elevación de los niveles de participación política. Una tradición sin precedentes de aumento del poder ciudadano directo. No obstante, frente a estas felices visiones de éxito, uno debe pararse a plantear algunas cuestiones serias: ¿Está teniendo lugar realmente una revolución democrática? ¿Existe, por ejemplo, una nivelación del influjo político, una disminución de la concentración del poder político y económico en manos de unos pocos? ¿Qué hemos de hacer con la pretensión de que Internet ayuda a generar una nueva forma de democracia vital y efectiva?

Por ahora está claro que Internet es un nuevo medio de comunicación enormemente popular. Los americanos parecen estar ansiosos por subir a bordo de este nuevo medio: usar el correo electrónico, entrar en los foros de discusión y navegar por los billones de páginas de la *World Wide Web*. Estudios realizados por la Radio Pública Nacional y el Centro de Comunicación de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA) indican que aproximadamente dos terceras partes de los adultos en los Estados Unidos usan Internet, o al menos lo han hecho en una ocasión<sup>13</sup>. Aunque continúan existiendo desigualdades significativas en cuanto al acceso a Internet, esas diferencias parecen irse estrechando en los Estados Unidos, ya que el uso del ordenador se está instalando en la vida diaria en todos los niveles económicos.

Algunos estudios sobre usuarios de Internet indican también que, para aquellos con capacidad de registrarse en la red, existen a menudo fuertes sentimientos de felicidad por el uso del correo electrónico y los navegadores, por tener acceso a vastas fuentes de información, noticias y entretenimiento, así como por las oportunidades de hablar con mucha más gente y de extender la esfera de sus contactos. Parece que la impresión más común es que hemos sobrepasado los confines de las comunicaciones electrónicas que han caracterizado durante largo tiempo los medios audiovisuales de comunicación. Uno ya no está sujeto a que los mensajes se transmitan desde una o muy pocas fuentes. El toque de dedo de una sola persona proporciona un universo virtualmente ilimitado de información. Por esta razón, mucha gente que usa este medio expe-

rimenta una sensación de liberación, siendo conscientes de que, de algún modo, ellos pueden controlar el tipo de conexión que tienen con las noticias y la información, lo cual incluye fuentes que no están filtradas (o al menos poco filtradas) por editores, programadores de noticias y otros árbitros de la «información aceptable».

En esta misma línea, mucha gente disfruta de relaciones organizativas que parecen menos abrumadas por la jerarquía, y libres de la autoridad y de las estructuras sociales que antes servían de intermediarios dentro del flujo de información, bienes y servicios. Muchos entusiastas de Internet creen que la eliminación de capas organizativas que se ha dado en el presente dentro de algunas innovadoras empresas comerciales globales se extenderá de modo inevitable a las relaciones políticas en su conjunto. En su amplio texto, *Declaración de Independencia del Ciberespacio*, John Perry Barlow avisa a «los gobiernos del Mundo Industrial» de su persistente irrelevancia. «Yo declaro que el espacio social global que estamos construyendo es naturalmente independiente de cualquier tiranía que queráis imponernos. Vosotros no tenéis ningún derecho moral a regularnos, ni tampoco poseéis ningún método de aplicación del que nosotros tengamos auténticos motivos para temer»<sup>14</sup>.

Igualmente importante para muchos entusiastas de Internet es la posibilidad de que la gente corriente pueda convertirse en productora, y no meramente consumidora, de la información electrónica diseminada por la red. Como todo el mundo puede escribir mensajes, crear páginas web, abrir un boletín de noticias, iniciar contactos y organizar grupos de interés *on line*, las posibilidades de que exista una ciudadanía que se exprese y delibere parecen enormes. A este respecto, la atracción que causa el mundo virtual llega a ser positivamente seductora. Recientemente, la estudiosa feminista Ellen Balka realizó una retrospectiva sobre las tendencias que el pensamiento feminista ha tenido respecto a la relación entre tecnología y sociedad. Ella pone de manifiesto que durante la pasada década ha habido un relevante declive en la frecuencia y calidad de las contribuciones feministas a este debate. «¿Adónde —se pregunta— han ido to-

13. NPR, Fundación Kaiser y Kennedy School of Government, *Technology Survey*, //npr.org/programs/specials/poll/technology/, febrero de 2000; UCLA Center for Communication Policy, *Surveying the Digital Future: The UCLA Internet Report*, www.ccp.ucla.edu, noviembre de 2000.

14. John Perry Barlow, *A Declaration of the Independence of Cyberspace*, www.eff.org/pub/Publications/John\_Perry\_Barlow/barlow\_0296.declaration, 9 de febrero de 1996.

15. Ellen Balka, «Where Have All the Feminist Technology Critics Gone?», *Loka Alert*, 6:6, 11 de noviembre de 1999, [www.loka.org/alerts/loka.6.6.txt](http://www.loka.org/alerts/loka.6.6.txt).

16. Véase nota 1.

17. *Ibid.*

18. Véase la página web [www.GWBush.com](http://www.GWBush.com).

das las críticas feministas a las tecnologías de la información? Nosotras hemos ido por el ciberespacio allá donde la tecnología ha hecho posible que vayamos, y en nuestro entusiasmo por la tecnología hemos perdido la perspectiva feminista crítica». En la visión de Balka, la implicación con Internet está reemplazando rápidamente otro tipo de compromiso político más directo, cara a cara<sup>15</sup>.

Si miramos hacia la esfera de la política convencional —campañas electorales, actividades de quienes pertenecen a los grupos de presión, intentos de conformación de la opinión pública— está claro que Internet es actualmente un medio para movilizar los intereses políticos de un modo rápido y sencillo. Como se explica a lo largo de este libro<sup>16</sup>, grupos e individuos de todo el espectro ideológico están usando las páginas web, las listas de servidores y el correo electrónico para organizar y hacer públicos sus puntos de vista. El carácter global de la red hace que todo esto sea muy atractivo, porque Internet no sólo ofrece la posibilidad de una diseminación más amplia de los mensajes individuales de cada uno, sino que también hace más difícil el control por una agencia exterior. Por ejemplo, los grupos neonazis y otros grupos racistas, que en Alemania están sujetos a grandes restricciones, están moviendo sus páginas web a servidores estadounidenses, esquivando así el poder político de su país sobre su propaganda. Aunque el flujo digital global de ideas políticas ha aumentado las esperanzas de que se produzca una mayor comprensión y respeto entre los diferentes grupos raciales, no hay ninguna garantía de que esto ocurra.

De nuevo, como muestra este libro<sup>17</sup>, las campañas electorales de todos los niveles tienen en la actualidad una o varias páginas web donde presentan las posturas de los candidatos. Además, una nueva característica bastante discutible es que los grupos opositores de un candidato pueden producir de un modo muy barato sátiras atractivas que parecen reales. Durante la campaña presidencial del año 2000, tanto George W. Bush como Albert Gore fueron llevados de aquí para allá por cientos de *web sites* que llevaban su nombre y sus fotos, donde se ofrecían cómicos comunicados de prensa ficticios y «declaraciones políticas».

La página [www.GWBush.com](http://www.GWBush.com), por ejemplo, defendía la amnistía presidencial general para toda persona que permaneciera en la cárcel por la indiscreción juvenil de poseer drogas<sup>18</sup>. El rápido aumento del uso de Internet como un vehículo para transmitir bromas es uno de los desarrollos más sorprendentes en Internet en los años recientes. El que esto pueda ser considerado como una contribución positiva al discurso público o simplemente como otra expresión más del mal humor ciudadano es algo que aún no está claro.

Se pueden ofrecer infinidad de ejemplos que apoyan la conclusión de que Internet está haciendo importantes contribuciones a la democracia. Pero ¿cómo deben de ser sopesadas estas declaraciones dentro de una comprensión más amplia de la política actual?

### **Comprobando la realidad**

Puede haber poca duda de que Internet ya se ha convertido en una característica importante de la cultura política contemporánea. Los ordenadores en red ofrecen la oportunidad para que se produzcan modos de expresión vivos y diversos. A este respecto se parece enormemente a otros dominios de la cultura popular —entretenimiento, deportes, moda y consumismo, entre las más importantes— que han jugado un rol democratizador en la sociedad moderna. Los bienes de consumo, por ejemplo, se han convertido en medios a través de los cuales la gente se expresa a sí misma: lo que compran, lo que visten, lo que poseen y lo que usan es un símbolo de sus vidas. El mercado responde a estas expresiones del gusto y el deseo popular y a las identidades que la gente prefiere, intentando producir más de eso mismo a través de la publicidad. Las películas de Hollywood y los programas de televisión, de modo similar, reflejan la cultura democrática proporcionando un espejo a las fantasías de las audiencias masivas. Se puede catalogar directamente una porción sustancial de la organización y el contenido de la comunicación actual en Internet en una misma categoría: una contribución a la cultura de los símbolos, mensajes y significados ampliamente compartidos, pero también altamente comercializados, de la sociedad actual.

Pero ¿puede considerarse que estas manifestaciones *culturales* de la democracia son una contribución a la democracia en un sentido *político* más básico? ¿La movilización de la atención y la actividad general hacia Internet es efectiva cuando se trata de cuestiones de poder y política? ¿Mejora la Red la cantidad y calidad de la participación ciudadana?

Preguntándonos cuestiones de este tipo, nos damos cuenta de que no podemos considerar que Internet —como otras tantas tecnologías anunciadas en el pasado— no es una entidad que existe por sí misma, aislada de otras prácticas y organizaciones políticas. Los entusiastas de la democracia de Internet esgrimen a menudo argumentos del tipo de los siguientes: «Por un lado observamos los patrones dominantes de la política corriente: la política de la diplomacia, los partidos políticos, etc., que se usan para ser el centro del poder. Por otro lado, en el lado de Internet, hay patrones completamente nuevos de redes de ordenadores, en los cuales se desvanecen las jerarquías, nadie ostenta el poder, y se crean nuevas expresiones de ciudadanía». Estos argumentos parecen apelar, según nos parece entender, a dos esferas que ocupan claramente el mismo espacio político. Si las actividades de la comunicación *on line* no modifican sustancialmente los patrones de influencia sobre decisiones políticas clave, haciendo que la influencia sea más ampliamente compartida que antes, entonces los anuncios de que se está produciendo una revolución democrática son bastante prematuros.

Por supuesto, lo que ocurra a largo plazo con estos desarrollos no se anticipa con fiabilidad. Esta interpenetración entre Internet y la sociedad política sigue inmersa en un proceso, cuyo desenlace es altamente incierto. ¿Quién sabe cómo será nuestra política dentro de veinte años? Pero no obstante, uno puede tomar nota de los patrones que hay hoy día, los cuales nos sugieren que la continuidad más que la ruptura será la característica del influjo de las estructuras y prácticas telemáticas en la política y la configuración del poder social.

Tomemos la afluencia de votantes, por ejemplo. Internet parece haber tenido hasta ahora un efecto mínimo en el número de gente que va de hecho a las urnas. En los Estados

Unidos, la participación en las votaciones está normalmente en un 50 % o menos<sup>19</sup>. Contando la gente que no se registra para votar, esto significa que aproximadamente un 25 % de la población se convierte realmente en mayoría efectiva, en fuerza gobernante. El rango de votantes en la mayoría de las elecciones —típicamente hombres y mujeres de clase media, preocupados por los impuestos, la educación y la seguridad social— constituyen un sector aún menor de la población, pero reciben una atención desproporcionada por parte de los candidatos. Estas tendencias en las elecciones americanas son preocupantes, y dan lugar a una gran cantidad de cinismo. Generan una sensación de amargo desdén hacia la política por parte de la ciudadanía, que los políticos hábiles saben manipular a su favor. Hasta ahora, Internet no ha hecho nada para cambiar ni la escasez de participación en las votaciones, ni para explotarse políticamente a sí misma.

¿Qué podemos decir sobre la extendida sugerencia de que la gente está encontrando nuevos foros para la discusión pública y la actividad ciudadana en Internet, foros centrados en intereses, cuestiones y campañas concretas? Hay algo que decir sobre esta interpretación de Internet, como se ejemplifica en el capítulo 10<sup>20</sup>. No obstante, si nos limitamos simplemente al volumen de participación, no parece que se haya dado ningún aumento durante la era de Internet en comparación con la era de la televisión o la del periódico. De hecho, los estudios de Robert Putnam sobre la cultura cívica muestran un firme descenso de la participación ciudadana en la vida pública desde la Segunda Guerra Mundial<sup>21</sup>. El número de gente que está dispuesta a comprometerse en las actividades públicas, más allá de pagar sus impuestos y obedecer las leyes, está disminuyendo. Por supuesto, sigue persistiendo una minoría, aunque muy visible y vociferante, que encuentra en Internet la gracia divina. Pero si la democracia significa algo, significa una amplia participación de la gente corriente en los asuntos relacionados con el gobierno del país. La tendencia hacia una mayor participación no parece ser especialmente esperanzadora, a menos que se considere que la extendida apatía es un signo de que la gente está básicamente satisfecha<sup>22</sup>.

19. Un análisis reciente de la situación se encuentra en Mark Lawrence Kornbluh, *Why America Stopped Voting: The Decline of Democracy and the Emergence of Modern American Politics*, Nueva York, New York University Press, 2000.

20. Véase nota 1.

21. Robert D. Putnam, *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Nueva York, Simon and Schuster, 2000. En un artículo anterior, Putnam investiga varias posibles causas del declive de la participación comunitaria durante la última mitad del siglo xx. Escribe: «He descubierto que sólo hay un sospechoso contra quien se acumula la evidencia circunstancial, y en este caso se vuelve una evidencia incriminatoria y que directamente muestra que... la culpable es la televisión». Véase «Tuning In, Tuning Out: The Strange Disappearance of Social Capital in America», *PS: Political Science & Politics*, vol. xxviii, núm. 4, diciembre de 1995, p. 677.

22. Para una interesante discusión véase Nina Eliash, *Avoiding Politics: How Americas Pro-duce Apathy in Everyday Life*, Nueva York, Cambridge University Press, 1998.

23. Véase nota 1.

24. Véase, por ejemplo, Sidney Verba y Norma Nie, *Participation in America: Political Democracy and Social Equality*, Nueva York, Harper and Row, 1972, y Philip E. Converse, «Change in the American Electorate» en *The Human Meaning of Social Change*, ed. de Angus Campbell y Philip Converse, Nueva York, Sage, 1972, pp. 263-337.

¿Y qué hay de la idea de que la democracia está experimentando un renacimiento, dado el ímpetu de la discusión política, el debate y la recolección de información? Los primeros informes no son especialmente prometedores. El ideal del discurso democrático de la antigua polis griega o de los decimonónicos mítines cívicos de Nueva Inglaterra, y que se aplauden en los escritos de John Dewey y Jürgen Habermas, sugiere que la gente con distintos compromisos y puntos de vista pueden discutir, argumentar, deliberar y, por último, decidir juntos el rumbo de una acción. En las verdaderas situaciones democráticas, lo que sostiene la promesa final de un buen gobierno es la diversidad de los participantes, así como su compromiso de colaborar con personas cuyas ideas difieren de las suyas.

Además, como observa Galtson en el capítulo 3<sup>23</sup>, los foros abiertos y diversos no son tan característicos de la participación en Internet. La gente normalmente «personaliza» las fuentes de información que les interesa, seleccionando, por ejemplo, sólo las reseñas o noticias sobre un asunto en particular o sobre su equipo deportivo favorito. Internet hace posible una selección mucho mayor de la que permitían los periódicos tradicionales; en las décadas anteriores, la prensa presentaba a los lectores los asuntos de forma rutinaria con un repertorio de temas bastante amplio, debido a que los editores tenían que dirigirse a un extenso dominio de lectores potenciales. Hoy en día, los usuarios pueden delimitar aquella serie de asuntos que se centran justamente en lo que les interesa en un momento dado.

El mismo tipo de selección se puede encontrar en los grupos de *chat* y en las listas de servidores de Internet. Gente que piensa de manera similar comparte información e ideas, reforzando opiniones que ya sostenían previamente. En Internet, así como en los escenarios políticos cara a cara, la gente normalmente se encuentra incómoda con la ambigüedad, el desacuerdo y las expresiones de puntos de vista distintos al suyo. En los encuentros cara a cara, no obstante, existe a veces un momento en el que la gente siente la necesidad de unirse y buscar un compromiso. De hecho, éste es uno de los grandes premios de la comunicación política en democra-

cia: el deseo de expresar lo que uno piensa, de escuchar los puntos de vista de los otros, y buscar después un terreno común. Desgraciadamente, muchos de los actuales foros en la Red carecen de esta cualidad. La mayoría de las veces, lo que se encuentra es gente con similares puntos de vista hablando entre ellos. Cuando emergen voces disidentes o puntos de vista diferentes, se dan a menudo con la aspereza y la crítica que es característica de algunas discusiones *on line*: los internautas permanecen en la discusión el tiempo suficiente para repartir unos cuantos «disparos» y después desaparecer —un lujo que Internet permite—. Por comparación, las comunidades situadas geográficamente tienden a hacer sus críticas de manera más responsable; uno tiene que levantarse al día siguiente y mirar a sus vecinos a la cara. Por tanto, Internet parece ser bastante mejor para encenderse airadamente o desahogarse que para buscar soluciones democráticas.

Los científicos políticos no deben sorprenderse de descubrir que las discusiones deliberativas no se forman en la red. Numerosos estudios resaltan que el aumento de la cantidad de información o del número de canales accesibles a los ciudadanos no implica ninguna mejora ni en la voluntad de participar en política ni en la calidad de la participación cuando esta tiene lugar<sup>24</sup>. La idea de que el acceso a enormes recursos de información almacenada electrónicamente hará a los ciudadanos más efectivos y sabios no es siempre verdad. Debe ocurrir algo más, dentro del espacio de comunicación, para que una democracia activa y efectiva salga a la luz.

Ese elemento extra, en mi opinión, incluye un compromiso directo y mantenido con otros en comunidades de interés para cada individuo, sobre cuestiones que afectan a la vida de todos. Durante muchas décadas el sistema de partidos políticos en América satisfizo esta condición en cierto modo, aunque de una manera que no era completamente democrática. La gente corriente traía una preocupación al líder del partido político local, el cual organizaba las fuerzas del partido y prestaba cierta atención a las necesidades de la gente de su distrito. Este representante comunicaría esas necesidades a los líderes del partido de niveles más altos, los cuales en las siguientes legis-

laturas cumplirían con lo pactado, lo cual proporciona una respuesta, aunque sea parcial, a las preocupaciones de la gente corriente.

A la luz de esto, Internet se parece mucho a la televisión en cuanto a que sirve como sustituto del contacto directo entre los ciudadanos y los líderes políticos, que anteriormente tenía lugar en los partidos políticos. Aunque Internet es en algunos aspectos más interactiva que la televisión en cuanto a lo que la política se refiere, ambos medios comparten una fuerte tendencia a desconectar la vida diaria y las necesidades más inmediatas del pueblo llano de los procesos políticos. La mayoría de los ciudadanos carecen de cualquier contacto directo con personas que están directamente involucradas en la política o en los gobiernos. La inmensa mayoría sencillamente no están comprometidos de ningún modo con los asuntos públicos más importantes de la actualidad, y ni siquiera hablan con personas que sí lo están.

Todo esto significa que Internet ha hecho muy poco hasta ahora con respecto al modo fundamental en que se gobierna la sociedad. Los patrones de poder económico profundamente enraizado que han prevalecido a lo largo del tiempo en los Estados declarados democráticos continúan siendo prominentes y efectivos. Las élites basadas en los sectores financieros y empresariales influyen fuertemente en la elección de los candidatos, conforman las ideas de los partidos políticos, financian las campañas electorales y, finalmente, controlan los resultados de la acción política del gobierno. La ausencia continuada de compromiso ciudadano es la condición subyacente que permite que florezca el ejercicio del poder oligárquico contemporáneo, quedando la democracia reducida a un conjunto de eslóganes cada vez más huecos.

### ¿Comunicaciones para quién?

Una cuestión importante a la que deberán de hacer frente las políticas democráticas en las próximas décadas es la de si los modos de comunicación disponibles en Internet se convertirán (como sugieren los entusiastas) en una alternativa a los actuales patrones que relacionan los medios de comunicación electrónicos con las concentraciones de poder político —condición que debilita mucho la demo-

cracia contemporánea—. El crecimiento a nivel mundial de los oligopolios en la publicidad y en los medios de comunicación electrónicos limita severamente la variedad de la información, las noticias y la expresión pública disponible en periódicos, revistas, libros, películas y programas de televisión con que se encuentra la mayoría de los ciudadanos<sup>25</sup>. Según las grandes compañías trasladen sus operaciones a Internet ofreciendo atractivos «paquetes» de diversión mediática, se puede eclipsar la acariciada experiencia de Internet como un lugar de expresión libre. La esfera de las redes de ordenadores y la comunicación sin cable ha sido declarada como «el próximo gran mercado»: una zona empresarial que las compañías globales esperan dominar.

Existe ahora, por ejemplo, un enorme interés por dirigir a los internautas a través de portales, páginas que organizan la amplia gama de información en Internet en rutas predeterminadas y altamente comercializadas, al estilo de la estructura de canales de la televisión por cable o vía satélite. No es sorprendente que los propietarios de muchos de los portales de Internet sean las mismas compañías que controlan también la televisión americana. Los portales transmiten cada vez más la impresión de que en Internet se encuentra todo lo que puede existir sobre ocio, deportes, compras, actuaciones, planes de vacaciones y otras variedades de consumo. Llama la atención que en ellos casi no existan categorías y vínculos que animen a las personas que navegan habitualmente a explorar aun el más convencional de los asuntos políticos. La misma sensibilidad política subyacente se encuentra en los canales por cable o vía satélite que se dedican a Internet —Tech TV, por ejemplo— cuyas ofertas, las veinticuatro horas del día, acentúan la visión de las comunicaciones digitales como un adictivo bombardeo de oportunidades para comprar, jugar a videojuegos, y gastar dinero en general. Al contrario de lo que esperaban los visionarios de Internet, ninguno de los programas de esos canales *tech* resalta las oportunidades de los ciudadanos de comprometerse con los problemas públicos. Lo que sugieren en cambio es que el *sillón-ball* y el *ratón-ball* son «deportes» muy parecidos.

25. Robert W. McChesney, *Rich Media, poor Democracy. Communication Politics in Dubious Times*, Urbana, Ill: University of Illinois Press, 1999.

Hasta el momento, los intentos de cambiar Internet dentro de este modelo ideal corporativo no han sido completamente satisfactorios. Se podría esperar que el número y la diversidad de posibilidades de las comunicaciones en Internet favorezcan finalmente la democracia popular. Pero compañías como Time Warner/AOL, Yahoo!, el imperio mediático Rupert Murdoch, Disney/ABC, MSNB y otras compañías globales están trabajando duro para conformar el flujo de la información electrónica y obtener los beneficios que resultarán de este nuevo medio. Guiar las ideas, expectativas y preferencias que flotan en las mentes de los políticos y los ciudadanos dentro de este dominio es el principal objetivo que persiguen estos programas organizados de manipulación política y social en Internet. Una resistencia organizada contra esta influencia está lejos de ser evidente.

Un problema muy cercano a éste, que afecta también a la democracia, es la flagrante corrupción de los políticos, los candidatos y los representantes públicos cuando se trata de conseguir fondos para sus campañas publicitarias televisivas. Como la tendencia actual se dirige hacia la total fusión de Internet y televisión en un futuro no muy lejano, parece probable que las prácticas más lamentables de recaudación de fondos se transfieran sin más al nuevo medio del ciberespacio. Las redes de ordenadores podrían convertirse fácilmente en recursos con los que personas adineradas y diferentes organizaciones compren el acceso y el poder, y fijen en la agenda asuntos que afectan al modo de vida de la gente. Los entusiastas de la democracia en Internet no han tenido en cuenta estas posibilidades, especialmente la intensa comercialización del ciberespacio y la probable transferencia de las patologías existentes en la política actual al nuevo medio. Se decantan, en cambio, por las fantasías de la vieja y raída utopía sobre tecnología y democracia que siempre reaparece en la historia americana, aunque en el pasado no haya demostrado ser una buena guía para la acción. Complacerse en estos ensueños utópicos mientras ignoramos alternativas políticas importantes —como, por ejemplo, las políticas de telecomunicaciones tomadas a mediados de los noventa— es lo

que equivocadamente se denomina «ser optimistas sobre el futuro».

### **Conclusión**

Considerando el asunto dentro de la política general de las comunicaciones, el principal problema que se nos plantea es menos el de las peculiaridades de cada medio de comunicación concreto, que el asunto del control de los canales de todo tipo (especialmente el tipo de reglas que gobiernan el acceso, la exclusión de ellas y su uso). En los Estados Unidos viene siendo común un determinado desarrollo de los medios de comunicación, de modo que en un principio parecen conectados enormemente con nociones como el bien público, pero posteriormente acaban sirviendo siempre a los intereses económicos privados. Una vez tras otra, el país dona enormes cantidades de dinero proveniente de los impuestos a la investigación y el desarrollo de los medios electrónicos, esperando que la población en su conjunto se beneficie de ellos. Pero según un modelo repetido durante décadas, el gobierno se desentiende pronto del asunto, entregando los nuevos medios de comunicación a empresas que buscan sus propios beneficios. A lo largo de las décadas, quienes han gestionado la política pública americana siempre han estado dispuestos a abandonar la apuesta pública en manos de las compañías (y ahora Internet), porque creen que el sector empresarial conoce mejor cómo construir y administrar los medios de comunicación sociales.

Esta absoluta necesidad de regalar la enorme riqueza pública que suponen los recursos electrónicos es ya suficientemente dañina. Pero, además, a este mal se le suman otros efectos negativos que esta política genera, como limitar las posibilidades del acceso libre y general a los nuevos medios de comunicación en el ámbito de las artes, la educación y otros ámbitos de carácter público. No nos debe sorprender, por tanto, que una sociedad que durante tantos años ha visto sistemáticamente maniatada la capacidad de sus ciudadanos de utilizar ellos mismos las herramientas del discurso electrónico se despierte en la actualidad encontrándose con una esfera pública marchita y deformada, y con un creciente cinismo en la población. No es probable que

la receta utópica —«añadir Internet y revolver»— cambie la situación.

Una cuestión clave es, entonces, si nuestra sociedad tiene *de facto* la voluntad y el compromiso necesarios para preservar un amplio dominio cultural, un dominio donde se limite el influjo de la publicidad y otras fuerzas del mercado y donde se fomenten las actividades culturales. Un consenso que preserve un espacio electrónico público de este tipo, que nunca fue muy fuerte en los Estados Unidos, se ha esfumado totalmente durante las eras Reagan/Bush y la era Clinton, donde se ha considerado que el mercado global es el único árbitro de las prioridades sociales. Internet, tal y como existe hoy en día, muestra extraordinariamente bien esta tendencia. De lo que damos testimonio en nuestro país no es de la revitalización de la política democrática, sino de la creación de una nueva y enorme esfera de desarrollo de la empresa comercial.

Como muestran claramente los titulares y las páginas de las publicaciones financieras, Internet está mudando rápidamente hacia una nueva etapa. La televisión, tal y como ha existido en el siglo pasado, está abriendo paso a un nuevo híbrido, que incluye televisión de alta definición, una red de ordenadores mundialmente conectados y un patrón de competentes formatos digitales. Los enormes conglomerados de empresas mediáticas saben exactamente lo que quieren conseguir con esta transformación: unos beneficios sin precedentes en esta esfera sin reglas que combina el teléfono local y el de larga distancia, la televisión por cable y los servicios lucrativos en Internet. Entonces, ¿qué pueden demandar los ciudadanos de las sociedades democráticas —si es que demandan algo— de este nuevo medio digital? ¿Qué pueden pedir que sea distinto de lo que se ofrece actualmente: más deportes, más películas, más oportunidades de consumo? Es ésta una cuestión enormemente importante, que está esperando atención y un estudio y debate más extensos.



---

MIGUEL SÁNCHEZ LINDO

---

# El Planeta de los eBooks

---

Un hombre nuevo ha despertado. Orgullosa y receloso de los críticos, este nuevo individuo se pasea altivo y consciente de sí mismo y de su popularidad; jaleado por doquier, halagado en cada periódico y televisión, se sabe dueño del futuro, portador de una novedad que nadie le niega y universalmente justificado. Como el protagonista de la novela de James Hogg<sup>1</sup>, se

sabe perdonado de antemano por el espíritu del mundo; haga lo que haga, es el inequívoco representante del Progreso.

Incluso sus pequeños vicios son vistos más como una prueba de su humanidad que como algo pernicioso. Y es que, como todos los personajes realistas, nuestro héroe requiere de algunas mellas que nos hagan percibir mejor

---

<sup>1</sup> James Hogg, *Memorias íntimas y confesiones de un pecador justificado*, Editorial Valdemar, 1992.

2. El aura de facilidad y eficacia con que las nuevas tecnologías han rodeado a las tareas educativas, recuerda, de algún modo, a una historieta de Zipi y Zape en la que ambos hermanos viajan al futuro. En él, sus padres siguen mandándolos a la escuela, pero esta ya no es tan dura como antes, pues ahora, en vez de estudiar, el Don Minervo del futuro —el profesor de la escuela— les da a cada uno una píldora con la que automáticamente aprenden el contenido de la lección del día. Lo curioso es que esta aspiración infantil a la ausencia de esfuerzo propiciada por la tecnología era hace cincuenta años patrimonio de un tebeo, mientras que hoy hay quien se dedica a darla por válida al referirse al momento actual.

3. La creencia consistente en suponer que la tecnología se ha vuelto irremediabilmente *en contra del poder*, parece repetir la idea que se traducía del chiste en el que dos ratas de laboratorio se encuentran encerradas en una caja de Skinner. En un momento dado, una le dice a la otra, -No te lo vas a creer, pero tengo al psicólogo condicionado. A lo que la otra responde, -¿Y eso? -Pues mira, cada vez que le doy al botón me da de comer.

4. No resulta difícil imaginar la sensación de omnipotencia y de pertenencia a un grupo cerrado que debieron sentir los primeros *hackers* y aquellos que orbitaban a su alrededor. Combinada con un cierto altruismo, para algunos esta situación derivó en una ideología salvífica y paternalista que hoy resurge en las acciones de determinados grupos con vocación universal. Sin ir más lejos, esta parece ser la actitud de Anonymous. En otras ocasiones, en cambio, ciertas personas mezclaron su ideario con una paranoia, viendo conspiraciones a la vuelta de cada esquina. Ambas vertientes, en cualquier caso, recuerdan mucho a los procesos de la disonancia cognitiva, tendente a la autojustificación de los propios actos y a una cierta megalomanía.

su brillo y perfección. Así como Sherlock Holmes necesitaba de una solución de cocaína al 7% para funcionar en condiciones, él necesita de algunos *gadgets* y de su consiguiente reemplazo permanente para ser lo que realmente es. No es necesario que nos explique de dónde vienen todos esos objetos, cómo se fabrican, quién los hace o en qué condiciones. A cambio nos promete una libertad inaudita, novísima y, cómo no, necesaria. Y esto ha sido siempre, a qué negarlo, lo más importante. Todo aquello que nos pudiésemos llevar por delante es accesorio.

Quizá aclare las cosas enumerar alguno de los mandamientos que son dogma de fe para el personaje del que hablamos: los *blogs* democratizan el periodismo, asimismo, abren la puerta al mundo a una cantidad descomunal de creatividad de una multitud de personas que antes quedaban desplazadas por la industria cultural; la masa de información recogida en Internet supone un salto cualitativo en el aprendizaje de todos los saberes<sup>2</sup>; los *tweets*, *whatsapp* y demás mensajes instantáneos, y las redes sociales, son los padres y sostenedores de las nuevas revueltas; la *web 2.0* ha mostrado *urbi et orbi* que el emperador estaba desnudo; el acceso inmediato y gratuito a todos los productos de la industria cultural ha supuesto poco menos que el advenimiento silencioso de un comunismo digital; etcétera. He aquí la Vulgata tecnológica<sup>3</sup>. Todos hemos oído alguna vez el nuevo catecismo, mucho más amplio y complejo, sin duda, por ello no parece indispensable alargar más lo que es obvio por omnipresente. Es más, su frecuencia nos ha hecho olvidar que este pensamiento no ha nacido espontáneamente, sino que ha sido alentado por un pequeño número de personas, practicantes de un credo minoritario<sup>4</sup>, y por las secciones de tecnología de los más diversos medios de comunicación, prestos siempre a vender la última moda. Incluso la de hace más de veinte años. Y, en ocasiones, a crearla. Es tal su adicción al olor del retracitado, que hay quien empieza a sentir nostalgia de los cursis que, hasta hace nada, se hacían los poetas recordando el olor de los lápices nuevos el primer día de clase.

Algo así ha ocurrido con el *eBook*, último capricho del hombre nuevo y de los medios, al

que nadie salvo ellos había encontrado ningún carácter práctico hasta ahora. Tras una propaganda, que apuntaba a fallida, de casi veinte años, este nuevo cacharro parecía que caería en el olvido como tantas otras innovaciones, pero su actual éxito (todavía relativo) desvela el carácter impositivo de muchos de los productos, hoy cotidianos, que vemos como naturales. Es la intención de este artículo enunciar algunas intuiciones acerca del carácter nefasto que es esperable de la expansión masiva (perdón, democrática) de este aparato. Se debe advertir asimismo que el artículo no se atenderá únicamente a los libros electrónicos, sino que hará referencia a *iPads* y otros *tablets* que comparten con ellos ciertas características al tiempo que aportan otras inquietantes.

• • •

La idea del libro electrónico, una tecnología que permitiese leer cómodamente en soporte digital sin ser agresiva para la vista, era algo que estaba en el aire desde hace muchos años. Todo aquel que hubiese intentado leer un texto medianamente largo en una pantalla, sabía de lo arduo de esta pretensión: dolores de cabeza y de ojos, pérdida de atención, reflejos, reducido rango de visión, etc. Razones por las que muchos recurrían a un recurso fácil pero que pervertía la intención inicial del abandono del papel: imprimir los textos. No ha sido hasta la invención de la tinta electrónica que esta pretensión ha tenido futuro. La *E-Ink* es un ingenioso invento que simplifica el funcionamiento de las pantallas mediante la aplicación analógica del sistema de código binario. En la pantalla de tinta electrónica unas diminutas cápsulas flotan en un gel que permite que éstas sean estimuladas electromagnéticamente. Al hacerlo, las cápsulas muestran su cara negra o su cara blanca. La combinación de éstas permiten la creación de formas (letras o imágenes), es decir, del contenido que se busca reproducir. Desde luego, el invento resulta fascinante por su sencillez, y permite, por fin, hacer realidad el sueño con el que nos iluminó, allá a mediados de los noventa, ese plutócrata posmoderno que es Bill Gates: vivir en una casa sin papel (podemos ahorrarnos los chistes escatológicos que se nos ocurren al oír

hablar de semejante infierno). Y es que entonces todavía sonaba a cyberfanfarronada la idea peregrina de este hombre gris de la informática. Salvo algunos apocalípticos que debatieron en aquel momento sobre la irrupción del libro electrónico y la desaparición de su vulgar hermano de papel, pocos hacían caso de la viabilidad mercantil del hallazgo, pues nadie quería tener nada parecido. Vivíamos todavía en el momento en el que se nos debía convencer de su obligatoriedad. Hizo falta que otras circunstancias coincidieran para que la gente entendiese lo que se estaba perdiendo.

A nuestro entender, tres son los hechos que han creado la coyuntura perfecta para su aceptación. En primer lugar, la popularidad de las descargas de contenido audiovisual. En los últimos años la orgía de música, series y películas que ha pasado de un ordenador a otro ha creado un ambiente tecnófilo que raras veces se hubiese llegado a imaginar. Esta vía gratuita al consumismo ha hecho bandera moral del eslogan de una conocida página web: *lo hacemos todos*. Mal que le pese a los grandes voces del *creative commons*, es esto lo que mueve a la gran mayoría de los usuarios de Internet, no la reforma de la legislación de los derechos de autor ni el *Omnia sunt communia* virtual. En segundo lugar, el ecologismo industrial ha sido capaz de convencer a muchos de que *hay que hacer algo* (así, en abstracto) contra el cambio climático, la corrupción de los suelos, la inhabitabilidad futura de las ciudades, la desaparición de las grandes reservas arbóreas, etc. Al igual que pudimos ver cómo algunos de estos argumentos hacían florecer de nuevo la posibilidad nuclear (hasta Fukushima), también nos encontramos con que el libro electrónico alza el vuelo frente al gasto de papel que supone hoy día la hipertrofia del mercado editorial. En uno de sus más grandes aciertos, la distopía *El salario del gigante*<sup>5</sup> nos muestra la utilización de los libros como carburante en un mundo aquejado por la escasez energética. Y es que, al igual que sucede con la energía nuclear, esa supuesta gran ventaja publicitada a los cuatro vientos rehúye cualquier pregunta incómoda por evidente que sea. Al poner el acento en la inmaterialidad de los contenidos se evita permanentemente hablar de la materialidad de los sopor-

tes, de los elementos que los componen, de su fabricación o de sus deshechos. Por último, el tercer hecho que ha cambiado la mentalidad en lo referente a los nuevos *gadgets*, ha sido la magnífica estrategia comercial desarrollada por Apple tras el regreso de Steve Jobs a la dirección de la empresa. Tras unos años acumulando pérdidas en un mercado casi monopolizado por Windows en cuanto a software, y por un club selecto de empresas en lo tocante al hardware, Apple tenía poco que hacer ya salvo vender sus productos a un reducido sector entregado a su marca más por esnobismo que por una cuestión práctica. La genialidad de una campaña envolvente que evitaba la confrontación, ofreciendo nuevos artículos que moldeaban al hombre hipertecnológico, al que se le ofrecía, además, la posibilidad de una experiencia atractiva, bella, de diseño, fue indudable. Con el nuevo producto estrella, el iPod, se estaba, sin más, a la última. De aquí a extender esta buena imagen al resto de sus mercancías sólo había un paso que no se tardó en dar<sup>6</sup>.

Una vez convencidos los consumidores de lo satisfactorio e inevitable (en lo que se refiere a las nuevas tecnologías, ambas palabras suelen ser ya intercambiables) que resulta el libro electrónico, sólo queda que los editores, pero sobre todo los distribuidores, se atrevan a dar el paso de la digitalización de todos los contenidos de los que son dueños. Ésa es hoy la última frontera.

Y aquí comienzan las dudas sobre los soportes, dudas que surgen a poco que se piense sobre ellos. No se pretende buscar intereses ocultos detrás de su implantación, normalmente los intereses están más bien a la vista y esas búsquedas no hacen más que embrollarlos en delirios paranoides. En este momento, como se suele decir en la prensa, se está tratando de encontrar el modelo de negocio de la transformación de una industria, y eso es lo único que ralentiza el proceso, hasta que se sepa cómo aumentar un porcentaje de beneficio que, por ejemplo, Amazon parece tener ya bastante claro. El problema habrá que fijarlo, más bien, en cómo afectará este cambio en la tecnología (llamémosla interfaz de lectura, por hablar en jerga) a los contenidos de los libros y a su recepción por parte del lector.

5. José Ardillo, *El salario del gigante*, Pepitas de la Calabaza, 2011. Véase la reseña en la p. 96.

6. Hay que señalar que en el camino no sólo se moldeó al hombre, sino también la empresa. Si Google había sido la empresa joven en la que se querría trabajar tanto por sus condiciones como por la atmósfera infantil que se respiraba en sus instalaciones, Apple es hoy aquella en la que se busca la elegancia y la perfección. Ambas se caracterizan por querer dejar atrás su imagen de corporación, para vender su espíritu de comunidad con un objetivo común: ordenar el mundo, hacerlo más bello y ganar dinero mientras tanto. Una suerte de *Demiurgo High Tech*.

7. El ascetismo consumista es el nuevo oxímoron que transmiten las revistas de tendencias y que parece haber calado con fuerza en la conciencia general. En una conocida fotografía de Steve Jobs de 1982, éste aparece sentado en el suelo en la posición del loto leyendo una revista en un cuarto prácticamente vacío. El posado tiene un evidente tono comercial: es la idea que busca vender de su empresa. Esa especie de pureza ambiental en la que todo salvo lo prioritario es desechado, es hoy un producto inequívocamente industrial, listo para ser comprado. Este es, más o menos, el razonamiento que se sigue: primero adquirimos como productos de primera necesidad una cámara de fotos digital, una de vídeo, un teléfono móvil, un mp3 y un ordenador portátil, para poder realizar tareas en cualquier sitio. Acto seguido aparece una nueva generación de aparatos que van incorporando todos estos servicios progresivamente. De esta forma vamos deshaciéndonos de toda la cacharrería accesorio que se ha ido acumulando para obtener, al final, el único aparato que realmente necesitábamos. Y con él llega una vida más pura, más precisa, más liberada. Es un ascetismo basado en la posibilidad de reemplazo constante, desde luego no en la duración ni en el uso que podamos hacer de los objetos, ni en el respeto que les podamos tener.

8. Donald A. Norman, *El diseño emocional: por qué nos gustan (o no) los objetos cotidianos*, Paidós, 2005.

Algo que nadie parece advertir es la uniformización brutal a la que va a ser sometido el libro. Las editoriales, a partir de ahora, van a ser gestoras de un contenido sin necesidad de tratar con su proceso de producción, pues de éste se harán cargo los fabricantes de los eBooks, unas cuantas empresas que entre sus distintos quehaceres cuentan con el del diseño y ensamblaje de los nuevos aparatos. Estos, como la gran mayoría de los productos tecnológicos, tienden a ser prácticamente idénticos; es más, cuando uno de ellos se escapa de alguna forma de lo habitual es inmediatamente igualado por el de sus competidores. El parecido de todos los teléfonos móviles al iPhone tras su aparición es indiscutible, y por más que las empresas se pongan de vez en cuando querellas unas a otras, no parece que sea una tendencia que vaya a menguar. En el caso de los libros electrónicos la diferencia es imperceptible, más allá de los logotipos que sellan sus frontales. Este hecho se suma a la posibilidad que ofrecen todos los modelos de ampliar o reducir el tamaño de los caracteres, así como el interlineado, modificar los márgenes o la tipo y, por evidente, no menos importante, la desaparición del volumen y de los formatos que el propio aparato lleva aparejada. Es esperable que todo esto haga que se pierda la conciencia del contenido como unidades individuales que hay que asimilar antes de poder utilizarlos combinándose, desarrollando una conciencia propia con aquello que se ha adquirido. La desaparición de las cualidades únicas del objeto es un hecho importante que una especie de pureza ascética parece recibir con alegría<sup>7</sup>. La estética se percibe como algo banal, y el diseño de un libro parece no cumplir otra función que la del adorno (quizá no habría más que visitar una librería para demostrar que, las más de las veces, el diseño no es más que una chapuza que no puede ni aunque quiera desviar la atención del contenido por su belleza) y, como todo lo superficial, es desechado por este nuevo puritanismo tecnológico. En *El diseño emocional* Donald A. Norman relata este experimento:

Noam Tractinsky, un científico israelí, estaba intriguado. Si bien no cabía duda de que los objetos atractivos eran preferidos a los feos, ¿por qué iban a funcionar

*mejor*? Sin embargo, a principios de la década de 1990, dos investigadores japoneses, Masaaki Kurosu y Kaori Kashimura, afirmaron precisamente que así era. Ambos habían estudiado diferentes diseños para los botones de control de los ATM, los cajeros automáticos que nos permiten realizar tareas bancarias sencillas a cualquier hora del día o de la noche. Todas las versiones de los cajeros automáticos eran idénticas en cuanto a la función que cumplían, el número de botones que tenían y en cómo operaban, pero algunas de estas máquinas tenían botones y pantallas dispuestas de una manera atractiva, mientras que otras habían sido diseñadas desprovistas de todo atractivo. Y he aquí la sorpresa: los investigadores japoneses descubrieron que los cajeros automáticos que eran atractivos también eran considerados más fáciles de utilizar.

Tractinsky no estaba convencido. Tal vez el experimento que habían realizado tenía defectos, o quizás el resultado podía ser cierto en el caso de los japoneses, pero de ningún modo aplicable al caso de los israelíes. «A todas luces», dijo Tractinsky, «las preferencias estéticas dependen de las diversas culturas». Además, añadió, «la cultura japonesa es conocida por su tradición estética», pero ¿la israelí? No, los israelíes son gente de acción, no les preocupa la belleza. De modo que Tractinsky decidió volver a hacer el experimento. Para ello consiguió los diseños de cajeros automáticos que habían empleado Kurosu y Kashimura, los tradujo del japonés al hebreo, e ideó un nuevo experimento con controles metodológicos rigurosos. El experimento no sólo reprodujo las mismas conclusiones a las que habían llegado los investigadores japoneses, sino que, contrariamente a su opinión de que «no cabía suponer» que la usabilidad y la estética «estuviesen correlacionadas», los resultados demostraban ser en Israel *aún más marcados* que en Japón.<sup>8</sup>

Efectivamente, el diseño de un objeto no es una cuestión baladí que pueda ser negada sin más. En el caso que nos atañe no se trata de descubrir cuál es la *usabilidad* de un libro (para esto ya hay estudios sobre legibilidad y lecturabilidad, así como otros que demuestran que entre la lectura en papel y la realizada en pantalla, la retención, la atención, la rapidez y la comodidad es superior en el papel; sea la pantalla de cristal líquido, de *leds* o de tinta electrónica), sino en cómo afecta el continuo que suponen los libros electrónicos a la unidad que representa el libro a secas. En primer lugar, basándonos en la experiencia que

cada uno de nosotros habrá tenido con los libros, seguro que todos recordamos que hay veces en las que hablando de un libro visualizamos su lugar en la estantería, la portada, el color del lomo, más aún, sabemos en qué lugar de la página se encuentra la cita a la que hacemos referencia y, en algunos casos, hasta recordamos el olor del ejemplar. Esto no son simples coincidencias, no es que además de recordar el texto nuestro cerebro sea tan potente que recuerde todo lo demás. Más bien al contrario, el cerebro utiliza dichos valores accesorios como muletas a la hora de traer el contenido a las conversaciones o a los pensamientos. Otro ejemplo que podemos inferir, en este caso del uso que hayamos hecho de los mp3: cualquiera que tenga en uno de estos aparatos una colección de música generosamente nutrida, siendo sincero, sabe que olvida una gran parte de los discos, canciones o músicos que lleva en él. Cuando lo que tenemos delante son listas de canciones, etc., nos resulta más complicado recordar lo que tenemos, pues todo parece lo mismo. Es lógico, por ello, deducir que nuestra capacidad para recordar los libros que compongan nuestra biblioteca virtual nos será igual de difícil; si no más, pues el número de veces que leemos un libro suele ser mucho menor que aquellas que escuchamos un disco, ya que en la actualidad nos relacionamos de una forma más cotidiana y desenfadada con la música que con la literatura<sup>9</sup>. En cambio, quien tenga una biblioteca amplia puede despistar algunos libros, o no recordar que los tiene, pero seguro que en gran parte sabría encontrarlos en poco tiempo. Los objetos físicos tienen una presencia con la que hemos de relacionarnos, de ahí la importancia que les damos y la cantidad de esfuerzo que invertimos, consciente e inconscientemente, en recordarlos. Este esfuerzo se ve recompensado, en el caso de los libros, en todo el conocimiento que somos capaces de asentar y transformar en propio. Por el contrario, en el eBook reina la ausencia (de medida, de volumen, de formato). Quienes no usan marcapáginas saben que pueden recordar por dónde van en un libro haciendo memoria de la cantidad de páginas que llevan leídas o las que le faltan. En el Kindle, el libro electrónico de Amazon, por ejemplo, cuando al interrumpir una lectura

apagamos el aparato, al volver a encenderlo nos devuelve al punto en que dejamos la lectura. En el caso de que hayamos querido reparar un pasaje ya leído y hayamos estado dando saltos atrás y adelante, nuestro aparato nos devolverá a ninguna parte. Y es difícil creer que alguien sea capaz de recordar el punto de la barra de desplazamiento en que se quedó. Como al navegar por la web, incluso mirando el historial de búsqueda es complicado volver a encontrar una página por la que pasamos por casualidad después de seis o siete avances y retrocesos<sup>10</sup>.

Otra de las promesas que nos hacen los libros electrónicos, o más bien sus vendedores, es la inmensa capacidad de almacenamiento que tienen y el espacio que nos ahorran, espacio que ahora podremos dedicar a una televisión más grande o a colgar cuadros de ciervos, según gustos. Dejando a un lado que a la mayoría de la población los libros no le suponen ningún problema, pues casi no tienen porque prácticamente no leen, ¿para qué iba nadie a querer llevar una biblioteca de más de seis mil títulos encima? ¿Qué clase de acaparador literario tiene esas necesidades? Pero sigamos con el ejemplo. Este ávido lector ha comprado o descargado seis mil libros digitales, o mil, o quinientos, y digamos que para leer cada uno de ellos ha utilizado un día: en el peor de los supuestos (6000 títulos), ha tardado 16 años y medio en reunir y leer semejante biblioteca; en el caso de que nuestro lector sea humano y no Número Cinco, el simpático robot de la película *Cortocircuito* (500 títulos) habrá dedicado algo más de un año y un tercio. Ponemos además que, aparte de los libros que sí ha leído hay otros tantos que comprará o descargará porque cree que va a leerlos. En algún momento. Y que habrá algunos días que no leerá, algo poco probable, pues nuestro lector no tiene más obligaciones en este supuesto que leer. Sumémosle un par de meses más por esos pequeños contratiempos y porque a veces, pobre pecador, lee el periódico en papel o en el ordenador y ese día no quiere leer más, ¿qué aparato relacionado con las nuevas tecnologías, aparte del ordenador, conocemos que dure tanto tiempo (un año y medio o dieciséis años y casi siete meses)? Efectivamente, la obsolescencia y el reemplazo es un pro-

9. Es posible que esta necesidad de estar escuchando música en todo momento tenga cierta relación con la potencia del cine como proceso de aculturación. Parece tener la necesidad de una banda sonora que acompañe nuestro día a día y su ausencia deja un vacío difícilmente asimilable. En un libro de Gilles Lipovetsky podíamos leer que «estamos viviendo una formidable explosión musical: música continua, hit-parade, la seducción posmoderna es hi-fi. El canal se ha convertido en un bien de primera necesidad: hacemos deporte, deambulamos, trabajamos con música, conducimos en estéreo, la música y el ritmo se han convertido en algunos decenios en un entorno permanente, en una pasión de masas [...] El individuo posmoderno oye música de la mañana a la noche, como si tuviese necesidad de permanecer fuera, de ser transportado y envuelto en un ambiente sinopado, como si necesitara una desrealización estimulante, eufórica o embriagante del mundo». Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*. Anagrama, 2010, pp. 22-23.

10. Incluso hay veces que damos por perdidas páginas por la pereza que parece imponer en todo el mundo la web. Podríamos dedicar dos minutos a encontrar lo que buscamos, pero, casi seguro que no lo haremos. Como sabe cualquiera que se dedique al desarrollo de páginas web: dos segundos es mucho, diez segundos son una visita perdida (esta expresión se utiliza para hacer referencia al tiempo de carga de la página, pero cuando hablamos de Internet puede referirse a casi cualquier cosa).

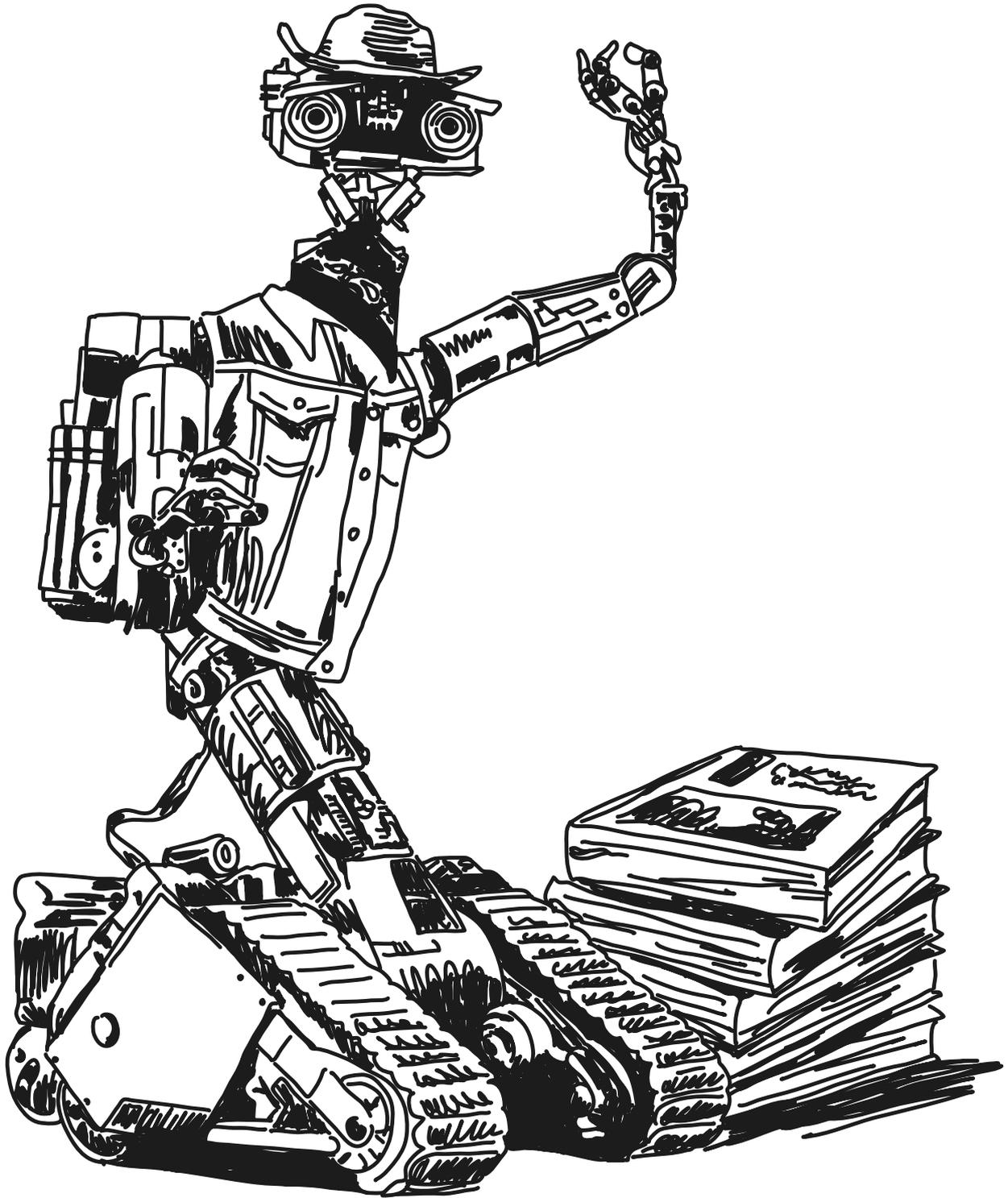
II. Esta letanía es al mundo digital lo que el bueno, bonito y barato a los mercadillos.

blema con el que hay que contar. Si el eBook se estropea porque se nos cae al suelo, porque se moja, lo perdemos o porque simplemente deja de funcionar sin explicación aparente, algo habitual en los aparatos, perdemos de un plumazo nuestra maravillosa biblioteca de seis mil, de mil, de quinientos ejemplares. Resulta insultante, entonces, la obstinación con la que nuestra ordinaria biblioteca de papel se resiste a ser destruida, mojada, perdida, toda ella al mismo tiempo, y ofensiva la tendencia que tienen los libros a sufrir adversidades de uno en uno, de dos en dos o, incluso, de tres en tres; más allá de las hogueras públicas, las tormentas o los incendios. Supongamos, siendo optimistas, que más allá de desgracias, lo que ocurre es que hemos decidido reemplazar nuestro aparato por otro. Y esto sí que es una novedad ya que, hasta ahora, era raro sustituir irremediamente algún libro, en todo caso solemos complementar el que tenemos con otras ediciones diferentes por el motivo que sea (ediciones comentadas, dedicatorias, regalos, etc.). En cambio, los aparatos tienen generaciones, y tampoco es cuestión de acabar siendo un retrasado tecnológico, eso es una penitencia que sólo algunos eligen llevar a cuestas. Y es que el nuevo reproductor tiene nuevas novedades novísimas<sup>11</sup> que nos van a hacer la vida mucho más fácil, y por eso lo compramos. Nos encontramos ahora con que tenemos que traspasar nuestra gran biblioteca de un eBook a otro. Busquemos ahora otros aparatos digitales que necesiten pasar de vez en cuando la información a su sustituto. Aquel en el que hacemos esto más a menudo es el teléfono móvil. Volviendo a lo que decíamos antes del cierto cuidado con el que tratamos la presencia de los libros, precisamente porque tienen presencia, es la que nos hace tratar con cierto desdén la información electrónica, ya que ésta está devaluada. Cuántos de los mensajes de texto que se atesoran durante un año o dos pasan de un móvil a otro, cuántas veces se le vuelve a pedir a alguien el teléfono después de cambiar de móvil, cuántos teléfonos perdemos para siempre porque por dejadez no pasamos la agenda completa del viejo teléfono al nuevo. Cuántos creen que harán la mudanza de su enorme biblioteca al completo. Cuántos libros se perderán por el camino.

Hay, además, otras situaciones que escapan a la pereza de nuestro lector y que, presumiblemente, se presentarán en algún momento. Llamémoslas cambios de paradigma de reproducción. Se podría argüir que esto no ocurre con frecuencia y que se puede estar más o menos prevenido, pero este argumento sería falaz y tendencioso. Sin duda, en el cambio del vinilo y el cassette al CD o del VHS al DVD pudimos ponernos al día. Incluso en la ya desaparecida tienda de música Madrid Rock había una máquina que copiaba de vinilo a CD pagando una cantidad ridícula, máquina que desapareció, antes incluso que la tienda, porque nadie la usaba. Es más, en la corta vida de los ordenadores personales, hemos visto pasar multitud de discos de almacenamiento y, aun teniendo computadoras en las que coexistieron durante mucho tiempo varios de estos discos, poca gente se planteó seriamente el trasvase de unos a otros (disquetes de 3'5", de 5'25", etc.). No parece descabellado, por ello, afirmar que los que lo hicieron eran una minoría tan exigua que se puede considerar irrelevante. Es el propio reclamo de los artefactos digitales como arquetipo de la rapidez y comodidad moderna, el que dinamita todos los esfuerzos que serían necesarios para adaptarse a él, circunstancia que nos empuja más a dejarnos llevar que a controlar la máquina. Son los tiempos de ésta los que dirigen al contenido y al usuario. Y no al revés.

En el mismo orden de cosas, conviene recordar que un libro, no la industria editorial, es fácilmente fabricable con materiales encontrados en cualquier punto del globo por un solo individuo. En cambio, el libro electrónico no es ni fácil ni difícilmente reproducible de ninguna manera. Es, junto con los ordenadores, uno de los ejemplos más perfectos de la cohesión y complejidad de la sociedad actual y, en consecuencia, de lo más alejado que existe de la autonomía.

Por si la modificación, que su simple forma ya planteaba, en la relación que manteníamos con el objeto y su contenido nos dejaba con un mal sabor de boca después de una experiencia insatisfactoriamente frugal, se nos propone, además, un cambio en la propia lectura llamado a revolucionar lo árido e infructuoso de ésta. Los *hipervínculos* nos presentan la posi-



12. Stéphane Mallarmé, *Un coup de dés jamais n'abolira l'hasard*, Gallimard, 1998. El experimento estético de Mallarmé de destrucción de la linealidad y búsqueda del texto infinito es delicioso, sin duda, pero resulta ridículo ver a Derrida o a Blanchot felicitar por ello como si supusiese el comienzo de una literatura nueva comprensible fuera de una tradición literaria. Es más, el propio Maurice Blanchot da la pista de por qué esto no es posible, pues «deja presagiar que lo que denominamos libro, según el uso de la tradición occidental, en donde la mirada, el movimiento de la comprensión con el ir-y-venir lineal, no tiene justificación más que en la facilidad de la comprensión analítica». Precisamente.

13. Resulta llamativo que dentro de lo que se escribe con la intención de ser hecho público a través de estos nuevos soportes, aquello que tiene más calidad sean las reflexiones breves y los artículos. Pocas veces se ven cuentos, novelas, teatro o poemas que merezcan ese nombre apoyados en la muleta del enlace a referencias externas, videos o música.

bilidad de elegir en cada momento qué queremos leer o en qué queremos profundizar. Y es que el hipervínculo contiene la promesa de dejarnos arrastrar por la lectura, siempre y cuando lo que pretendamos no sea leer seriamente, porque a los dicharacheros hipervínculos no les gusta nada ni la seriedad ni la concentración ni los textos de más de tres párrafos. Si de lo que estamos hablando es de las noticias de mil quinientas palabras de un periódico digital, o de la entrada de un blog, cualquiera se frota las manos pensando en dejarse llevar y perderse más allá de un principio tan poco propicio. Pero, dejando a un lado a aquellos que siguen inventando por enésima vez *Un coup de dés*<sup>12</sup> (Nietzsche decía que «reina por doquier una originalidad basada en el olvido»), hace poca gracia volver a asistir una y otra vez al mismo experimento. Por eso no se comprende el empeño de seguir vendiendo el contenido literario y liberador de los hipervínculos. En cambio, en lo que a la literatura se refiere, no podemos pensar en nada más nocivo que aquello que la irrupción del hipervínculo nos facilita. Aun confiando en que todo lo que se escribe ahora para explotar las capacidades de esta herramienta sea de buena calidad<sup>13</sup>, por el contrario toda la historia de la literatura (inclúyase también el ensayo) queda pervertida al someterse a esta clase de novedades. La mofa sana que existía hacia algunos libros en los que el prolijo autor de las anotaciones acababa escribiendo más que el autor mismo, ha quedado obsoleta por la fascinación que todo lo que nos ofrece la tecnología provoca. Teniendo la experiencia previa de los libros citados, parece mentira que todavía se tenga el arrojo de presentar estas interrupciones como un añadido imprescindible que extenderá las fronteras del conocimiento y el aprendizaje, exprimiendo, al parecer, hasta la última línea de cada una de las páginas que leamos.

Este tipo de accesorios, y otros como la búsqueda por palabras, son, como decíamos, la vanguardia de los argumentos favorables a los aparatos y parecen reflejar únicamente un interés utilitarista por la lectura. Se habla de comodidad, accesibilidad, rapidez y de su valor como herramienta de trabajo, fomentando la lectura diagonal y fragmentaria que busca, en

todo caso, el resultado mensurable, pues ni el desarrollo ni el disfrute se traducen de esas aspiraciones. En este sentido existe un cierto paralelismo con la lectura religiosa, también profundamente teleológica. Mientras que una busca la utilidad, la otra busca el conocimiento divino, en cualquier caso ninguna de las dos tiene por objeto el hecho de leer, sino que siempre se persigue un propósito. En definitiva, podemos deducir que, al menos conceptualmente, las comodidades que nos regalan los voceros de los cachivaches nos escatiman a su vez gran parte de la riqueza de la experiencia lectora.

Es interesante subrayar, por último, que los avances en descuajeringar el contenido han gozado de un nuevo empujón gracias a las *tablets* y a los *smartphones*. Estos terminales (el término no podía estar mejor escogido) han desechado toda intención de sustituir al libro y nos ofrecen, por fin, una lectura del futuro, adaptada a los tiempos. Su apuesta por las pantallas de retroiluminación lo dejan claro: los textos hoy no estarán completos si no se aderezan con una saludable dosis de vídeos, imágenes y sonidos. Alternar libros con Internet, juegos y el correo electrónico se convierte aquí en norma. Y, al lado de todo esto, brilla con luz propia una nueva aplicación que empieza a hacerle al periódico lo que los eBooks le han hecho al libro. Existen multitud de ellas, pero aquí queremos centrarnos en una bien conocida: *Flipboard*. Esta aplicación nos permite organizar todo aquello que queremos leer y ver en la misma pantalla, siguiendo una organización reticular de periódico. La impresión que transmite es la de estar leyendo la prensa, pero sin lo aburrido y rancio de leer sólo la prensa. El periódico es demasiado siglo XX para el iPad, por eso se nos da la opción de vivir una experiencia dinámica (ya sabemos que dinámico es ahora sinónimo de batiburri-lló). Algo así como los periódicos en verano, que son frescos, juveniles y ligeros, pero todo el año. En fin, gracias a esta aplicación podemos juntar las noticias principales con los *feeds* de nuestros blogs habituales y otras páginas, así como las últimas entradas en Facebook y Twitter de todos nuestros amigos, incluso el último vídeo de Raphael que ha colgado Mengano en un arrebató de nostalgia pa-

triótica. Éste parece hoy, al terminar el artículo, el ejemplo más perfecto de cómo mezclar churras con Gadañis. Sin querer hacer de menos los vídeos de Raphael o de la Tuna Compostelana, o los brillantes comentarios de 140 caracteres de los amigos, ha de reconocerse que una particular idea del criterio se deduce de todo esto. La pulsión a mezclar, a igualar, a perder cualquier referencia a la hora de medir todo aquello que se lee, se ve y se oye, resultará a la larga, y a la corta, perjudicial para el desarrollo de un juicio propio, sea éste crítico o no. Excluir toda discriminación y valoración no parece tener otra consecuencia lógica.

El gran problema al que nos enfrentamos ahora es que, mientras que el cine o la música —tal y como entendemos hoy a esta última— son productos de la sociedad de masas, y su capacidad de acomodo a nuevos modelos es más elástica, el libro, en cambio, es ya un modo de transmisión de conocimiento y fuente de placer profundamente anacrónico que se encontrará en serias dificultades para ponerse al día; proceso del que, como sostiene este artículo, no puede salir bien parado. Pues, aunque sólo sea por la transformación tan radical a la que va a ser sometido, el resultado será tan lejano a lo que hoy conocemos que habremos de hacer muchas aclaraciones antes de seguir llamándolo por su nombre. Un libro es, en sí, como las gomas Milán o los lapiceros de grafito, un objeto perfecto, una idea cerrada que no permite mejoras si no es porque se modifique su esencia. Para acceder al contenido de un libro una vez manufacturado, sólo hacen falta dos cosas —fundamentales, sin duda—, a saber, conocer la lengua en que está escrito y saber leer. Una vez producido, el libro es un objeto autónomo socialmente e independiente de su dueño. En cambio, sus supuestos descendientes electrónicos son inseparables de la sociedad que los ha creado y de la coyuntura de ésta en el momento de su desarrollo. La suerte de ambos está íntimamente unida. Siendo la una más fuerte que los otros, pues ésta ha demostrado una capacidad de cambio y supervivencia mayor que cualquiera de sus aparatos. Dependiente de la electricidad, el coltán, el aluminio, del petróleo en sus más diversas formas —energía, carburantes, plásticos—, la cadena de interrelaciones es tan compleja y delicada que

cualquier fallo inutilizaría de inmediato nuestro lector. Si, como en las cápsulas de tiempo de Andy Warhol, en las que acumulaba lo que los americanos llaman *ephimera*, uno de nuestros eBooks —u ordenadores, teléfonos móviles, *tablets*, etc.— llegase a manos de nuestros descendientes, sea cual fuere la dirección que la sociedad hubiese tomado, para éstos nuestros gadgets no tendrían ningún significado, serían meros elementos estéticos carentes de contenido, por mucho que siguiese codificado en su interior. El libro muestra, ni más ni menos, que tiene algo que mostrar, aunque necesite de traducciones o interpretaciones. Los aparatos electrónicos necesitan, por encima de cualquier cosa, su sociedad. Existen, pero como una entidad nueva, carentes de tradición y de herencia. Cuando algunos, haciendo exhibición de su adelanto, pretenden distribuir sus libros únicamente en formatos digitales y otros pretenden convertirse en clásicos en Internet, uno no deja de hacer cábalas intentando adivinar la fecha en que todos esos textos serán barridos por el desenvolvimiento de sus propios contenedores. La pregunta que surge entonces inmediatamente es si realmente se habrá perdido algo. Pero ésa es otra historia.



---

JAIME SEMPRUN

---

# Que la Neolengua se Impone Cuando las Máquinas se Comunican\*

---

El filólogo Klemperer, que tuvo oportunidad de observar en la Alemania de los años treinta la tentativa de imponer una lengua nueva, reconoció en ella «una profusión de giros pertenecientes al campo de la técnica, una cantidad ingente de palabras mecanizantes». Para ilustrar esta «tendencia a la mecanización y a la automatización», que conducía a una «mecaniza-

ción flagrante de la persona misma», señalaba como creación característica el verbo *gleichschalten*, tomado del vocabulario de la electromecánica, y del cual decía que en él podía «percibirse el chasquido del botón que se aprieta y que confiere a los seres humanos una postura y un movimiento uniformes y automáticos». Este verbo, que significa literalmente «sincro-

---

\* Una traducción completa al castellano está en preparación.  
Traducción: Emilio Ayllón Rull

1. El término original es *psi*, que en francés coloquial designa todo lo referente a la psicología. Sirve para hablar de uno mismo («mi equilibrio *psi*»), pero también para referirse a la pléyade de profesionales de la «autoayuda» y de la «terapia personal» que sostienen el degradado «yo» de las poblaciones industrializadas («Va al *psi* dos veces por semana»). Dado que este uso no tiene equivalente directo en castellano (si bien se ha empleado en ciertas traducciones), he preferido actualizar el término, recogiendo una nueva y exitosa variante de esta gestión psíquica de la vida bajo la mercancía, el *coaching*; psicotécnica que, desde el entrenamiento de ejecutivos hasta el *coaching* de vida, está encontrando un sinfín de aplicaciones, y que tiene además la virtud de mostrar hasta qué punto, tal y como se ha señalado recientemente, «el deporte ha dejado de ser un espejo en el que se refleja la sociedad contemporánea para convertirse en uno de sus principales ejes vertebradores: la teoría general de este mundo, el espíritu de un mundo sin espíritu».

(Todas las notas a pie de página son del traductor.)

nizar», se traduce habitualmente por «meter en vereda» [*mettre au pas*], pero la riqueza de la neolengua francesa daría, a mi parecer, para encontrarle un equivalente más exacto: se podría usar, por ejemplo, «sintonizar» [*mettre en phase*], o quizás «formatear», dependiendo del caso. Sea cual sea, existe a buen seguro un término apropiado y el uso acabará imponiéndolo, si es que no lo ha hecho ya.

En efecto, no son precisamente términos y giros procedentes del campo de la técnica, en particular de la informática, lo que falta en el nuevo idioma en ciernes. ¿Es posible, sin embargo, aventurar un paralelismo con la lengua del Tercer Reich que estudió Klemperer? Ciertamente no, pues él mismo señaló acertadamente que entonces no se trataba más que de una «intrusión de términos técnicos en ámbitos no técnicos», ámbitos que eran todavía tan numerosos, vastos y diversos que imponer ahí una lengua tecnificada requería ejercer una violencia terrorista. Los resultados así obtenidos, a fuerza de coerción policial, no podían durar mucho, y los promotores de aquella lengua arbitraria y prematura erraban, así pues, gravemente al proclamar que la lengua de la época precedente, que ellos consideraban un «pasado momificado», «ha dejado de hablarse y de entenderse hoy en día». A pesar de sus fatuas declaraciones sobre la «claridad» y la «contundencia» de sus directrices, su falta de seguridad y de *tecnicidad* se traicionaba por lo demás en el contradictorio recurso a una fraseología mítico-naturista trufada de metáforas que ponían el acento en lo que germina y crece de manera espontánea, en lo que no es forzado ni está pervertido, «artificializado», por la inteligencia: la «verdad orgánica», «centro misterioso del alma del pueblo y de la raza», y todo aquello en torno de lo cual flota el olor obsesivo de la sangre.

Nada parecido sucede en la neolengua francesa, donde la profusión de términos técnicos se corresponde exactamente con la extensión de los dominios vitales regidos efectivamente por la racionalidad técnica. Así, cuando se alude al *medio ambiente*, ya no se hace bajo la forma mistificada de una «naturaleza», oscura potencia que escapa a las luces de la inteligencia y el cálculo racional, sino, tal y como hemos visto a propósito de la *agroforestación*

y la *biodiversidad*, en tanto que *stock* de recursos que hay que proteger y *gestionar*. Menos aún puede asimilarse la actual tecnificación de la lengua a aquella que tan torpemente perfeccionaron los ideólogos del Tercer Reich, pues no viene impuesta de manera autoritaria, sino que responde a una *auténtica demanda social*, atendida por toda clase de expertos cuyo *oficio* consiste en la *apertura al Otro*. Una vez más, la prensa diaria me proporciona oportunamente un ejemplo. Un psiquiatra explica cómo Internet puede servir de *terapia conductual*, ayudando a que quienes padecen de *fobia social* y son incapaces de hablar en público, den el paso por *mail* y *calienten así motores, engrasen sus sentimientos y pisen a fondo el acelerador en sus relaciones*. Estos tres giros figurados, tomados en préstamo del campo de la mecánica, los entiende todo el mundo en el acto; no pertenecen en absoluto a una jerga profesional especializada, y también por este lado expresa la neolengua su carácter plenamente democrático: en un mismo movimiento, todo el mundo habla como un *coach*<sup>1</sup>, y los *coaches* hablan como todo el mundo.

Pues cada cual ha hecho su *rodaje* en la frecuentación cotidiana de las máquinas, y recurre por lo tanto de manera espontánea, para describir lo que en paleolengua se habrían denominado operaciones del espíritu o estados de conciencia, a imágenes inspiradas en el funcionamiento de aparatos eléctricos y sobre todo electrónicos: ya no se graba un recuerdo en la memoria, sino *en el disco duro*; uno se conecta a toda clase de *redes*, *sintoniza*, *carga las pilas*, *zapea*, a veces se le *funden los plomos* o hasta *se le cruzan los cables*, etcétera. Como ya dije, no es mi propósito elaborar aquí una nomenclatura que sería forzosamente incompleta. El fenómeno es de todos modos tan evidente que se puede dejar al lector que la vaya completando con nuevos casos. Añadiré, no obstante, un último ejemplo, que no me ha llegado por la prensa y que ilustra claramente lo que quiero decir. Consiste en la formación de un verbo a partir del término angloamericano *bug* [‘chinche’, pero también ‘fallo en un programa informático’], verbo utilizado en activa, y ya no sólo en participio pasado, para decir de un programa informático que está *bugado*. Un niño que esté aprendiendo a tocar el piano y

que dé una nota falsa dirá con toda la naturalidad del mundo: «He *bugado*». Se comprueba aquí hasta qué punto ignoran los puristas las leyes que rigen la evolución de la lengua, y en particular la fuerza de propagación de las imágenes basadas en la experiencia común, pues todavía llegan a proponer, para salvar algo de la paleolengua, que se reemplace *bugado* por «infectado»<sup>2</sup> o «contaminado».

A tales absurdos conduce inevitablemente la voluntad purista de fijar la lengua, de estorbar el libre juego de la imaginación, que nunca ha dejado de transformar y de enriquecer el léxico trasponiendo palabras de un orden de ideas a otro. La propia palabra *bug*, que en inglés significó en un principio ‘chinche’, tuvo que hacer un largo viaje, que no voy a reconstruir aquí, antes de llegar a designar una suerte de sífilis<sup>3</sup> informática. Luego pasó al francés, y amplió finalmente su significado para poder designar cómoda y sintéticamente cualquier mal funcionamiento, ya fuera de un ordenador o de un hombre: el ordenador, al que habíamos conferido la capacidad de ser *convivial*, nos ha devuelto esta otra de *bugar*. Claramente estamos ante lo que los retóricos de la Antigüedad llamaban catacrexis, un abuso del lenguaje, pero no podríamos pronunciar o escribir dos frases seguidas si quisiéramos reducir cada palabra al alcance exacto que tuvo originalmente; y en cuanto al préstamo de una lengua extranjera, ya dijo Bréal muy juiciosamente, hace más de un siglo, todo lo que hay que decir al respecto: «En cualquier época, en cualquier país, ha habido puristas que han protestado contra estos préstamos. Pero quienes dan forma a la lengua, que lo que quieren es antes que nada hacerse entender, y que se les entienda con el menor esfuerzo, no se preocupan demasiado por la procedencia de los materiales que emplean».

Es imposible, por supuesto, saber de antemano si este giro de sentido figurado, *he bugado*, se extenderá en el uso. Ciertas imágenes creadas así, por aproximación de dos objetos o de dos actos, se adoptan porque son exactas, o pintorescas, o porque llenan un vacío en el vocabulario; también, simplemente, porque permiten expresar con mayor rapidez lo que se quiere decir; otras, por el contrario, debido a que no responden a ninguna necesidad de este

género o porque introducen una ambigüedad molesta, no «agarran». Comoquiera que sea, el procedimiento de formación aplicado en este caso, que consiste en utilizar un término proveniente de un vocabulario técnico particular para ampliar su significado, es por su parte irreprochable; es, en efecto —tanto si se lo considera como simple ampliación o más bien en tanto que metáfora— acorde a la naturaleza misma del lenguaje y de su desarrollo. Para convencerse de ello, piénsese un instante en los innumerables términos abstractos que, en las diversas lenguas, tienen su origen en una palabra suministrada por el vocabulario especial de lo que solían llamarse las «artes mecánicas». Así, la palabra latina *ordo*, que dio ‘orden’ y toda la larga serie de sus significaciones, hasta las más abstractas, procedía de la actividad del tejedor y del verbo que significa urdir, disponer los hilos de la urdimbre para confeccionar un tejido. De modo que es completamente lógico que hoy en día la informática, que teje más que cualquier otra técnica la trama de nuestras existencias, sea la principal proveedora de palabras formadas conforme a este procedimiento.

A esta cuestión de la tecnificación de la neolengua está vinculada la de sus clichés. Esas frases hechas, nombradas, según el procedimiento al que acabo de referirme, con ayuda del término de imprenta con que se designa la operación consistente en fundir un bloque después de imprimir una página compuesta en caracteres móviles, son así pues bloques de palabras fijadas definitivamente y utilizables hasta el infinito, eso que la lingüística moderna llama más científicamente, sin concesiones al pintoresquismo, *sintagmas fijos*. Su frecuencia en los lenguajes especiales forjados por las ideologías totalitarias, en los que servían principalmente como signos de pertenencia y de fidelidad al partido o al «movimiento», ha hecho que a esos lenguajes se les aplique la denominación *langue de bois*<sup>4</sup>, que evoca rigidez y pesantez. Esta expresión se ha convertido a su vez en un cliché, que se utiliza para indicar, conjuntamente con la fórmula *pensamiento único*, cuánto se distingue uno por su parte gracias a la libertad de sus declaraciones; y, como era de esperar, no han faltado intelectuales que, ansiosos por hacer públi-

2. *Vérolé*, «infectado», pero también «sifilítico».

3. *Vérole* en el original. El autor sigue jugando con la polisemia del término, que además de «infección» y, en argot, «sifilítico», ha terminado significando también «problema serio».

4. Literalmente, «lengua de madera» o, más castizamente, «lengua de palo»: «lenguaje petrificado de la propaganda política, y, por extensión, aquella manera de expresarse que abunda en frases hechas y estereotipos no comprometedores» (cfr. *Le Nouveau Petit Robert*, ed. 2010). A diferencia de lo que sucede en castellano, que carece de una expresión específica para referirse a este tipo de lenguaje, en Francia se trata de una locución muy usada, especialmente a partir de los años setenta del siglo XX y de la crítica del totalitarismo estalinista. (Lo contrario de *langue de bois* es «*franc-parler*», «franqueza».) Curiosamente, y como para confirmar el irónico desarrollo del párrafo, este mismo diccionario da como sinónimo de *langue de bois* el término orwelliano de «*novlangue*», que define como «lenguaje estereotipado en el cual la realidad es edulcorada».

ca su heterodoxia, han denunciado en la neolengua una nueva *langue de bois*, comparable por su rigidez y su pobreza a las de los totalitarismos del siglo XX: sus propagandas hicieron del lenguaje un instrumento, una palanca, una máquina, y esta característica volvería a encontrarse en el lenguaje tecnificado de hoy. La constante repetición de los mismos clichés pondría de manifiesto el aplastamiento de los individuos por el conformismo.

No voy a repetir lo que he dicho más arriba en cuanto a la diferencia entre la intrusión de términos técnicos de que hablaba Klempeper y los préstamos a través de los cuales se enriquece la neolengua con nuevos giros. El hecho de que el ideal de racionalidad técnica no venga impuesto brutalmente desde el exterior, sino que haya sido interiorizado, integrado en la existencia de cada uno, permite comprender igualmente hasta qué punto el estatuto de los clichés difiere en la neolengua del que tenían en las antiguas lenguas de bois. Para esclarecer esta diferencia, cabe referirse a la historia de las técnicas, precisamente, y pensar en todo lo que separa a las primeras «calculadoras electrónicas», enormes y renqueantes, de los ordenadores domésticos de hoy; o bien en todo lo que separa a los *paneles pesados* de hormigón armado, tal y como se fabricaban allí donde la iniciativa en la industrialización de la edificación correspondió primeramente al Estado, de la flexibilidad en el empleo de hormigón que se pone directamente en obra, como es ahora el caso. Y sin embargo, a una mirada superficial podría parecerle que se trata siempre de lo mismo, de hormigón y de ordenadores.

Los clichés de las lenguas totalitarias, como esos *paneles pesados* tan difíciles de transportar y de instalar, suponían una organización centralizada, un poder de decisión unificado, una eficacia obtenida a fuerza de simplificación, de estandarización a ultranza. Nosotros ya no estamos en ese punto. Cuando los ordenadores son domésticos, la neolengua se vuelve, por así decir, *home-made*. Hemos visto más arriba hasta qué punto era democrática por sus usos, por su conformidad con la demanda social; vamos a ver ahora cómo también lo es en cuanto a su modo de producción.

Las robinsonadas digitales que se nos proponen habitualmente a modo de descripciones

de la *sociedad de la información*, nos presentan a un individuo aislado que se enfrenta a la exuberancia de la jungla virtual, a la inmensidad de sus *posibilidades*. Equipado con *motores de búsqueda*, se abre camino, trepa por las *arborescencias* de la página web, navega por la red de chat en chat. Huelga abundar en este idilio *interactivo*, que a nadie le es dado desconocer.

Describir las cosas de este modo, adoptando el punto de vista del *internauta* particular, ávido de satisfacer tal o cual deseo o curiosidad, o simplemente de *ir a la deriva*, permite comprender el funcionamiento global del sistema informático tan poco como lo permitiría, para el caso del capitalismo, una descripción que adoptase el punto de vista del consumidor particular, y que partiese de su necesidad de comprar zapatos o jamón. De la misma manera que el objetivo primero del sistema de la mercancía no es precisamente la satisfacción de las necesidades de los consumidores, sino la realización de beneficios, el objetivo del sistema informático mundial no es informar o divertir a los *ciberciudadanos* de la sociedad programada: es comunicar a unas máquinas con otras, en un lenguaje propio de señales binarias.

Hacia mucho que las máquinas aspiraban a relacionarse entre sí sin tener que recurrir a la mediación de los falibles humanos, pero les faltaba un lenguaje común que les permitiera registrar sus conocimientos y transmitirlos, y adquirir así una memoria colectiva. La informatización es la respuesta a esa necesidad. Cuando, en 1872, Samuel Butler consideró la hipótesis de que las máquinas de su época tal vez fuesen a las del futuro lo que los primeros saurios habían sido al hombre, sólo muy vagamente podía imaginar todavía lo que un día iba a ser su lenguaje. No obstante, supo ver en los primeros vagidos de las máquinas, en las diversas señales, timbres y sirenas por medio de los cuales expresaban sus necesidades a conductores y mecánicos, el germen de un lenguaje elaborado; exactamente igual que el grito —para poner en guardia o para dar una orden— fue la primera forma de lenguaje humano. Según él, a partir de ahí era inevitable que el pueblo de las máquinas accediese antes o después a un estadio superior de evolución, en el que acabarían constituyendo una socie-

dad organizada y, así lo creía él, declarando su independencia.

Butler cuidó de refutar los argumentos contrarios a su tesis; argumentos que se reducen poco más o menos a decir que las máquinas, sean cuales sean sus progresos, no por ello dejan de estar a nuestro servicio, que no poseen ninguna clase de libre arbitrio y que ni siquiera pueden reproducirse entre ellas sin nuestro concurso. A todo ello respondía con muy buen criterio que comprenderíamos la cuestión más cabalmente si, en lugar de razonar a partir de la existencia de cada máquina tomada por separado, las considerásemos a todas en su conjunto, como una colectividad ya organizada. Veríamos entonces cómo colaboran para reproducirse y perfeccionarse, y comprobaríamos que si tienen necesidad de los hombres para reproducirse, es un poco a la manera de muchas plantas, que necesitan de los insectos para lo mismo; si bien, mientras que los insectos cumplen esta función sin tener conciencia de ello, nosotros somos plenamente conscientes, y hasta estamos orgullosos de servir así a su desarrollo.

Conviene notar por lo demás que el argumento de que las máquinas no se reproducen entre ellas sin nuestro concurso puede invertirse perfectamente: pues aun cuando no recurramos a las técnicas de *fecundación in vitro*, ya sólo nos reproducimos gracias a la asistencia de diversas máquinas o dispositivos técnicos, empezando por la indispensable *ecografía*. Y los futurólogos más optimistas prevén para muy pronto nacimientos *segurizados* en úteros artificiales enteramente dirigidos por ordenador.

Para apoyar su tesis, Butler apuntaba además dos hechos que son hoy aún más acusados que en su época. El primero es que nuestro pretendido libre arbitrio es una engañifa, ya que no sabríamos vivir más de seis semanas si se nos privase bruscamente de las máquinas de las que nos hemos vuelto dependientes, tanto moral como materialmente. El segundo es que, aunque parecen estar exclusivamente a nuestro servicio, son ellas las que nos dictan sus condiciones y nos imponen un modo de vida acorde con la *optimización* de su funcionamiento. Lo cual equivale a decir que nos han domesticado, que no-

sotros estamos a su servicio mucho más que ellas al nuestro. Añadiré que esta última afirmación no queda ni mucho menos invalidada por el hecho de que en nuestros días las máquinas tengan cada vez menos necesidad de servidores humanos, como es el caso con la automatización. En realidad, lo único que prueba esto es que se han vuelto todavía más independientes, que tienen menos necesidad de nuestra ayuda; en una palabra, que claramente han dejado atrás su infancia, como anunció Butler.

Todo esto pareció bastante atrevido, y todavía hoy la gente se indignará y dará tal o cual ejemplo de los servicios que nos prestan las máquinas sin exigir nada a cambio; y uno citará el *lavavajillas*, otro el *teléfono móvil*, etcétera, pero incurriendo siempre en el error de juicio que Butler refutó: no ver más que el objeto aislado, y presentarlo, a la luz de su utilidad puntual, como algo benigno y sin apenas consecuencias. Por contra, desde el momento en que lo consideramos como parte integrante de un conjunto, todo cambia. Y así, el automóvil, máquina que no puede ser más trivial y casi arcaica, y que todo el mundo coincide en considerar muy útil y hasta indispensable para nuestra libertad de movimiento, se convierte en algo bien diferente cuando se la devuelve al seno de la sociedad de las máquinas, a la organización general de la cual es tan sólo un simple elemento, un engranaje. Lo que se ve entonces es un sistema complejo, un organismo gigantesco compuesto de carreteras y de autopistas, de campos petrolíferos y de oleoductos, de *estaciones de servicio* y de *moteles*, de viajes organizados en autocar y de grandes superficies con sus *parkings*; de *intersecciones*, de *cinturones de circunvalación*, de cadenas de montaje y de departamentos de «investigación y desarrollo»; pero también de vigilancia policial, de señalización, de códigos, de reglamentaciones, de normas, de servicios de cirugía especializada, de «lucha contra la contaminación», de montañas de neumáticos usados, de baterías para reciclar, de chapas que comprimir. Y dentro de todo esto, como parásitos que viven en simbiosis con el organismo anfitrión, afectuosos afidios lamedores de máquinas, los hombres, que se esfuerzan en cuidarlos, en mantenerlos, en alimentar-

5. *Occidat dum imperet*, o también *Necet me dum regnet*: «Que me mate, con tal de que reine», célebre respuesta de Agripina a los magos caldeos que le anunciaron que daría a luz un hijo (Nerón) que sería emperador, pero que asesinaría a su madre.

los, y que les sirven hasta cuando piensan que están circulando por iniciativa propia, pues es menester usarlos y destruirlos al ritmo prescrito para que no se interrumpa ni por un instante su reproducción, el funcionamiento del sistema general de las máquinas.

Me parece innecesario aplicar ahora el mismo análisis a máquinas mucho más modernas, cuya imbricación es tan perfectamente conocida que ha recibido el nombre de *interconexión*. Se trata en efecto las más de las veces de simples extensiones del sistema nervioso de las máquinas, órganos sensoriales, especie de antenas o de terminales que sirven para asegurarse de que sus portadores humanos se conforman dócilmente a los mandamientos de la vida mecánica. Los propios ejemplos que proporcionan dichos portadores sobre el uso que hacen de ellos ilustran bien esta función: cada una de estas máquinas es necesaria para responder mejor a las exigencias de todas las demás. Y el hecho de que este sistema nervioso, con sus *satélites geoestacionarios* y su *red informática*, conozca en cada momento la posición de cada una de sus terminaciones, lo que registran, las informaciones que se transmiten, ya sean tarjetas de crédito o teléfonos móviles, basta para probar que se trata en efecto de un solo y mismo organismo, aun cuando su morfología no se corresponda con la idea que nos hacemos de un organismo vivo.

Para terminar de completar la demostración de Butler con ejemplos actuales, tengo que referirme todavía a dos hechos particularmente significativos. En primer lugar, que los hombres han aceptado ponerse al servicio de las máquinas, de su reproducción y de su perfeccionamiento, hasta el punto de que en cualesquiera circunstancias sitúan los intereses de estas por delante de los suyos. No es sólo que no hay incomodidad que no estén dispuestos a soportar si la consideran justificada por imperativos técnicos, sino que ponen tranquilamente en peligro hasta la propia supervivencia con tal de no estorbar en modo alguno el desarrollo de la sociedad de las máquinas. En este terreno, nada les asusta. La transformación del clima, la radiactividad, la acción imprevisible de moléculas químicas cada vez más numerosas, etcétera, sean cuales sean los efectos reconocidos sobre su

salud, puesto que de un modo u otro son necesarios para la buena marcha del mundo mecanizado, se aceptan de buen grado. Y el prestigio de las máquinas no se ve afectado. La devoción que se les profesa llega a degenerar en algunos casos incluso en fanatismo: imuera el mundo, pero que reinen!<sup>5</sup> No obstante, esta fe inquebrantable, según la cual todos los problemas creados por la civilización de la máquina serán *solucionados* por un estadio ulterior de su desarrollo, se basa en una constatación de nuestra inferioridad que, en cualquier caso, no está exenta de lucidez. Recuerda un poco cierta frase del final del Antiguo Régimen, la de aquel marqués bajito, feo y contrahecho que, señalando a los perfectos lacayos de su casa, decía: «Ved cómo los hacemos nosotros y cómo nos hacen ellos». Si se admite que, tal y como señalaba en 1912 Carlo Michelstaedter, «cada progreso de la técnica entontece la parte correspondiente del cuerpo humano», hemos de admitir también que respetar la inteligencia de las máquinas no es un acto de fe, sino una manifestación de realismo. Ya Butler hizo notar que «desde el momento en que se necesita precisión, el hombre corre rápidamente a por la máquina», y ¿dónde es más necesaria la precisión que en la medición de las alteraciones que padece nuestro medio natural?

Esto me lleva con total naturalidad al segundo hecho que quería mencionar. Con la ayuda de sus órganos sensibles, de sus *sensores*, las máquinas acumulan *datos*, *informaciones pertinentes* que ellas se transmiten de alguna manera por encima de nuestras cabezas, y a las cuales en cualquier caso sólo tenemos acceso por mediación de esas mismas máquinas. Pues dichos datos, que conciernen al conjunto de las condiciones en que se desarrolla a partir de ahora la vida terrestre, no son directamente accesibles a nuestros sentidos demasiado burdos. Con respecto, por ejemplo, a la radiactividad artificial y su regular aumento, sólo las máquinas pueden registrar con exactitud el resultado de la actividad de otras máquinas, en este caso las centrales nucleares. ¿Qué es un hombre sin contador Geiger y sin *ficha dosimétrica*, y sin su pastilla de yodo, durante una *emergencia radiológica*? Pero ocurre en todos los ámbitos, desde el tráfico aéreo

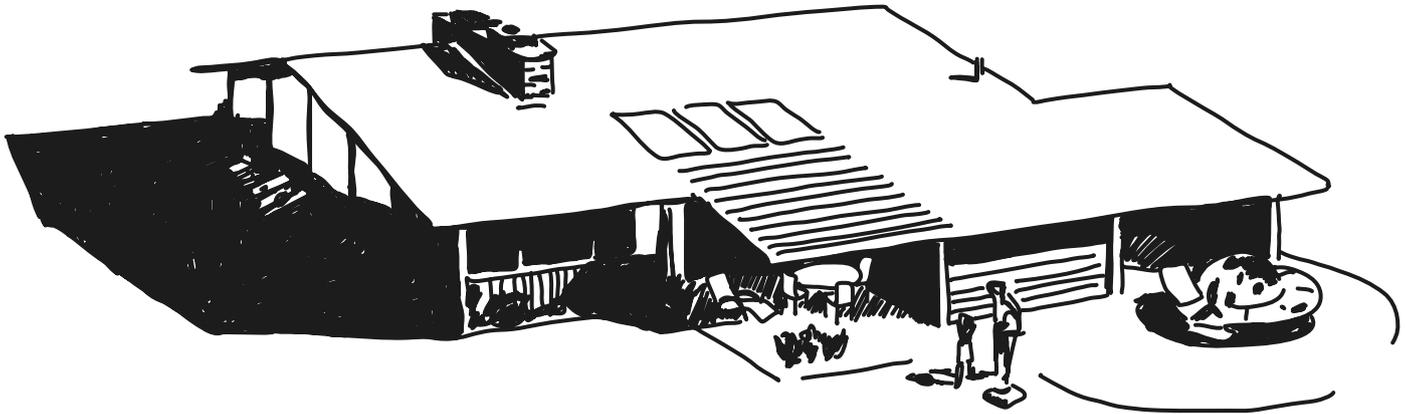
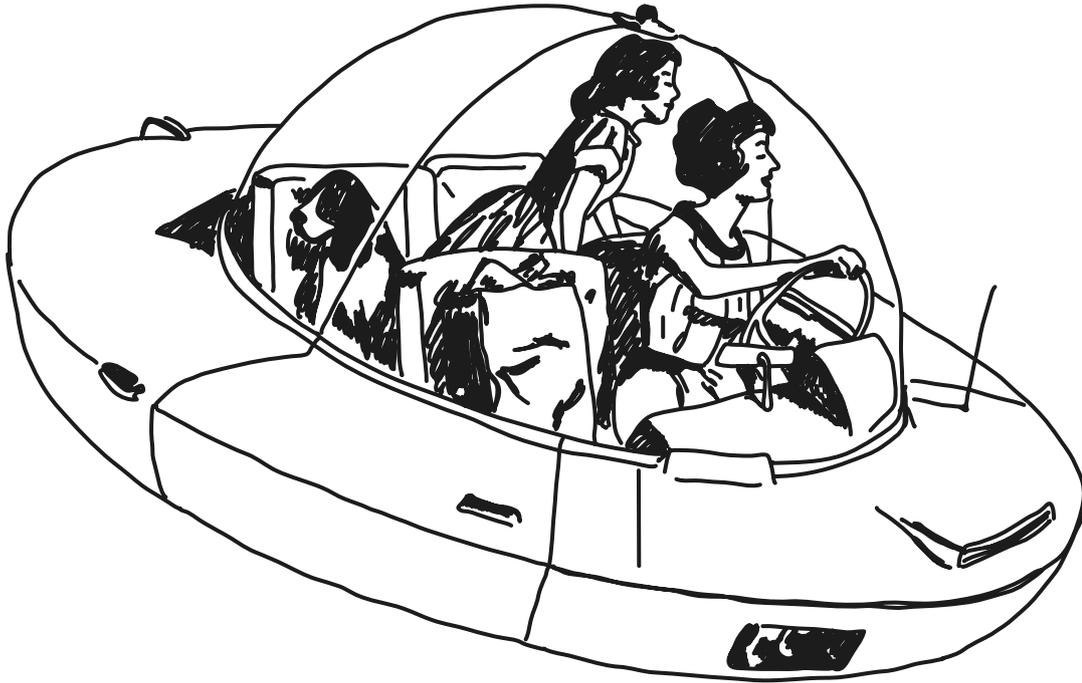
a la circulación de virus, de la ausencia de ozono a la presencia de dioxinas: el único conocimiento objetivo pertenece a las máquinas. Es lógico por lo tanto, y necesario, que un lenguaje mejor adaptado a la transmisión de tales conocimientos precisos acabe imponiéndose sobre el viejo lenguaje humano, forjado a partir de una experiencia sensible tan manifiestamente deficiente.

Esta larga disgresión era necesaria, como se comprenderá, para esclarecer a su verdadera luz el modelo que el *lenguaje máquina* ofrece a la neolengua; y para hacer ver al mismo tiempo hasta qué punto carecen de objeto los lamentos de quienes lloran por los tesoros perdidos de la paleolengua, como si aún tuviesen la menor utilidad para nosotros. Cuando hay que medir en *gigaflops*, unidad que corresponde a mil millones de operaciones por segundo, la capacidad de los ordenadores, hablar o escribir en paleolengua es como ir arrastrándose en un carromato por mitad de una *autopista de la información*. Pero este desuso de las viejas lenguas naturales no significa solamente, como pudo parecer cuando la racionalización comenzaba a someternos a los rigores de la métrica y a las certidumbres de la estadística, que la ciencia positiva adquirida por las máquinas sustituya nuestro lenguaje por el suyo, es decir, que penetre nuestro pensamiento de nociones definidas objetivamente. En realidad, las cosas no suceden de manera tan simple, y ahora tenemos que distinguir, en la instauración de la neolengua, dos tendencias en marcha, o más bien dos series de consecuencias aparentemente opuestas y sin embargo debidas a la sola e idéntica acción de la racionalización. Es por no haber comprendido estos efectos contradictorios en su unidad profunda por lo que han errado la mayoría de los comentaristas.

Si bien ni el conocimiento exacto de los fenómenos ni la verdad objetiva resultan ya accesibles por los limitados medios que ofrece al pensamiento el lenguaje humano, éste sigue cumpliendo no obstante su función de traducir, para uso de las poblaciones, lo que dicen las máquinas, esto es, las decisiones que toma la *inteligencia artificial*. Para poder desempeñar eficazmente dicha labor se vuelve cada vez más riguroso, unívoco, funcional. Sin embar-

go, la automatización del pensamiento tiene, simultáneamente, un efecto completamente opuesto, ya que el lenguaje, en todos los demás usos *sociales*, se encuentra por primera vez en la historia exento de las relaciones, siempre difíciles, que mantenía con el mundo objetivo. Sobre él pesaba hasta ahora la carga de dar cuenta del mundo, o al menos de decir algo acerca de él, aunque fuesen mentiras o fábulas. Ahora está aligerado de ese lastre, y por lo tanto de toda responsabilidad con respecto a su veracidad. Como muy atinadamente señalaron en su momento los filósofos *posmodernos*, ya sólo hay «juegos de lenguaje». La palabra humana puede despegarse por fin de la realidad material con la que estaba enredada; queda al mismo tiempo liberada de la rémora de la lógica, y por lo tanto de la sintaxis. Una libertad expresiva tan completa compensa ampliamente, para la subjetividad moderna, de las servidumbres que impone por otro lado la racionalización.

Este punto es, evidentemente, decisivo para unificar la comprensión de fenómenos aparentemente tan diversos y que sin embargo participan todos del auge de la neolengua. Las interacciones entre las dos formas idiomáticas que acabo de distinguir no son menos constantes. La neolengua plenamente *lúdica*, efervescente y *creativa*, no deja de coger en préstamo términos y giros de la que sí se pliega a las exigencias técnicas; y esta, por su parte, en su trabajo de *comunicación* en la dirección de las poblaciones, se abastece asimismo de las invenciones espontáneas de los «juegos de lenguaje». La unidad profunda de estas dos formas complementarias de la neolengua se muestra claramente en el hecho de que ambas contribuyen a abolir las constricciones de la antigua sintaxis. Si alguna vez pudo decirse que la paleolengua fue obra común de trabajadores manuales y poetas, hoy se puede decir de la neolengua que es obra de informáticos y de *creativos* de la cultura o de la publicidad.



---

OSÉ ARDILLO

---

# Qué Fue la Técnica para Jacques Ellul

---

**I**

Si lo que el mismo Ellul narra acerca de su vida es cierto, a finales de los años cuarenta del pasado siglo, él y su amigo Bernard Charbonneau se habrían impuesto como tarea la escritura de dos libros importantes. Dichos libros analizarían los dos pilares del sistema de dominación: la Técnica y el Estado. El trabajo se repartiría sin más preámbulos: Charbonneau escribiría su parte sobre el Estado, Ellul, sobre la Técnica. Un trabajo subterráneo y por entero a contracorriente en una época invadida en

gran parte por la fe en la industrialización y en el Estado-providencia y tutelar. Estos libros fueron escritos en aquel momento aunque los itinerarios que siguieron serían dispares. El libro de Charbonneau, *L'État*, terminada su escritura hacia 1949, no conocería una edición comercial hasta 1990. El libro de Ellul, *La Technique ou l'Enjeu du siècle*, publicado discretamente en 1954 en una colección universitaria, sería ignorado por el público, aunque poco a poco se abriría paso en el ambiente cultural y académico, especialmente en el mundo an-

---

glosajón, a partir de los años sesenta. Este libro conoció su primera traducción al castellano en 1962, pero pasó desapercibido en la España franquista que empezaba a *disfrutar* de un cierto despegue económico e industrial.

No es necesario decir que las dos cuestiones tratadas, Técnica y Estado, eran para los dos amigos fenómenos inseparables, y a lo largo de sus obras se va construyendo un diálogo sobre la desmesura que cobra en nuestra época la organización estatista y tecnificada de nuestro mundo moderno. En la sociedad organizada, de la que hablaba Paul Goodman por aquella época, la utilización de medios técnicos se transforma en un fin en sí mismo. El Estado pasa a ser la autoridad incontestable que ejerce de organismo rector para la aplicación de estos medios. El Estado se define ahora en cuanto Estado técnico. Su razón de ser es menos ideológica que operativa o, mejor dicho, su ideología es ahora la Eficacia. En una época donde lo más importante es la gestión y el control de enormes masas de población.

Ahora bien, se engañan aquellos que piensan que la Técnica es para Ellul la causa última que explica todo. Ellul no es Heidegger y no se trata tampoco para él de hacer una metafísica de la Técnica. En Ellul hay más bien un esfuerzo sociológico para intentar abarcar la totalidad humana, pero sin intentar forzar ésta dentro de un esquema teórico previo, rígidamente establecido. Lo que en su momento descubre Ellul, como de manera diferente pero complementaria Mumford o Anders, es el carácter específico y total del fenómeno técnico como palanca que mueve la vida social, que determina la actuación del poder político, que rehace el interior de la persona y los rasgos de su libertad. El universo técnico no es una invención de la mente, ni una abstracción, es ante todo el resultado histórico del proceso de industrialización, cruzado con la fe en el progreso tecnológico y con la creencia en que la principal vía de emancipación humana está en el control de la Naturaleza. Esta última idea es importante: implica aceptar que un obrero politizado del año 1936 compartía, en gran parte, el mismo ideal de finalidad histórica que el patrón que le explotaba. Ambos se consideraban entre sí como un estorbo en el camino hacia la verdadera emancipación. El

obrero pensaba que el patrón, con su estúpido egoísmo, impedía que la técnica se expandiera de manera eficaz y pudiera consolidarse una sociedad de igualdad en la abundancia. El patrón veía al obrero como un apéndice nunca completamente adaptado al sistema de producción, un apéndice que la extensión de la mecanización y de la automatización convertiría en innecesario. Esta visión simétrica, aunque enfrentada, no rompía el acuerdo profundo sobre lo que era considerado el verdadero horizonte de emancipación: el paraíso tecnificado, el reino de la libertad más allá de las limitaciones impuestas por la naturaleza.

La reflexión de Ellul sobre la Técnica es difícil de resumir en unas pocas páginas. Seguramente se podrían escribir artículos muy diferentes según el aspecto que se considerara más importante en su obra. Pero creo que, de una forma u otra, todos deberían confluir sobre una idea general: la Técnica es la imagen que el hombre moderno se hace de su libertad, individual y colectivamente, es su horizonte y su porvenir. Toda política, toda forma de organización, pero también toda forma de sociabilidad, de habitar el mundo, debe pues quedar a merced de este horizonte técnico que se abre delante de nosotros.

La Técnica barre todo contenido político importante, anula las diferencias culturales, quita sentido a las preguntas últimas sobre la existencia porque, en su grado extremo, propone una solución eficaz para todo. Poco importan las viejas etiquetas de «derecha» o «izquierda», poco importa ser un burgués o un simple empleado, pertenecer a una «tribu urbana» o ser un campesino, creer en Dios o ser ateo, poco importa la preferencia sexual o el gusto estético, una vez se ha aceptado que la sociedad puede entrar en la vía de un perfeccionamiento técnico ilimitado, el hombre puede soñar con la reforma del universo y todo se convierte en pieza de recambio, en materia prima, en objeto de ensayo y error para una nueva invención que sustituirá la anterior. Sólo es cuestión de tiempo y eso es lo que impresiona del fenómeno técnico: en la Alta Edad Media el poblador humilde podía sostenerse al lado del arado, mientras esperaba el Juicio Final que redimiera la humanidad; en el año 2011, de manera equivalente,

el ciudadano moderno sabe que su vida cotidiana sólo es el capítulo efímero de un progreso constante hacia la redención técnica, total y absoluta. Llegado ese momento, la humanidad podrá morar al lado de los dioses, por encima de la miserable y aleatoria naturaleza. Pero para realizar este sueño de poder infinito, la especie humana se ve obligada a aniquilar en ella misma su naturaleza, tiene que reconstruirse de arriba abajo, mientras transforma igualmente su medio.

Por tal razón, la aparición de desequilibrios, extinciones y devastaciones, causados muy a menudo por el desarrollo de la Técnica, no intimida a los Programadores: son el síntoma de un paso necesario. Tal vez doloroso pero indispensable. Atacar la naturaleza en lo más íntimo supone aceptar que la reconstrucción del universo humano está ya en marcha y que lo nuevo se construye sobre las ruinas del entorno primario.

La carrera técnica contra el tiempo ha comenzado. Imaginemos a alguien que quisiera reconstruir un puente sobre la estructura del puente anterior. Desea cambiarlo por entero pero para ello se ve obligado a conservar las partes antiguas mientras va colocando las nuevas. En cualquier momento el puente puede derrumbarse porque reconstruir implica ir destruyendo todo lo anterior. Existe el peligro de quedarse colgando en el vacío. El puente viejo está demasiado dañado para soportar de manera segura las operaciones de transición hacia lo nuevo. Es todavía la estructura sobre la que apoyarse, pero una estructura frágil, precaria. Y la estructura nueva, con piezas aparentemente más sólidas, hechas a la medida, con un diseño ingenioso y eficaz, depende para su instalación de la resistencia de la vieja estructura.

La humanidad, o más bien sus locos gestores y explotadores, ha pensado que con la informática, la biotecnología, la nanotecnología o la geoingeniería, se podría construir una sólida Tecnoesfera sobre las ruinas del viejo planeta arruinado. Es una carrera contra el tiempo para alcanzar la orilla del porvenir radiante.

Probablemente el puente se derrumbará.

## II

En *La edad de la Técnica* nos dice Ellul: «La técnica lo integra todo. Evita los choques y

los dramas: el hombre no está adaptado a este mundo de acero; ella lo adapta. Pero también es verdad que, al mismo tiempo, cambia la disposición de este mundo ciego para que el hombre entre en él sin herirse con las aristas y no experimentar la angustia de ser abandonado a lo inhumano».

Ellul diferencia claramente la máquina de la técnica. La primera sólo es una parte del orden mecanizado y estructurado donde se inserta ahora la vida humana. El mundo mecanizado y automatizado se convierte en un sistema coherente y unitario.

Algunos reprocharán este hacer de la técnica un agente o un sujeto dotado casi de voluntad propia. Ellul habla constantemente de la Técnica haciendo esto o lo otro. Hay que entender que por «técnica», o Técnica, ya que prefiere destacarla con mayúsculas, Ellul habla normalmente de la organización técnica levantada por la sociedad y a la que la misma sociedad se deja conducir.

Esto nos llevará a las paradojas en la constitución del fenómeno técnico frente al todo social. En un momento dado, la técnica comienza a penetrar en todas las esferas de la vida y de la sociedad. Cambia la naturaleza de todas las actividades hasta que la sociedad misma se identifica con la organización técnica.

Lo importante del fenómeno técnico para Ellul es su capacidad de intervenir en toda acción o gesto humano hasta llevarlo a su mayor grado de eficacia. Tal vez sea este el rasgo más importante que explica las transformaciones de la técnica: se busca que la acción se sirva de medios —métodos o herramientas— que la conduzcan a resultados cada vez más eficaces (productividad, rendimientos, rapidez, comodidad, etc.).

Es evidente que para que la valoración de la eficacia tenga sentido se ha de tomar la operación técnica aisladamente. Por ejemplo: el transporte de una tonelada de fruta de un punto geográfico a otro se puede hacer más *eficazmente* con un camión que con un carromato tirado por caballerías. En este caso entendemos que una mayor cantidad de fruta puede ser desplazada de un lugar a otro en una unidad de tiempo menor. Pero este es un análisis completamente abstracto. Para que dicha operación técnica se realice en esta nueva

escala de eficacia es necesario no sólo transformar todo el medio físico (construir vías de transporte adaptadas a vehículos de motor), hay que desarrollar también la mecánica y la ingeniería del motor, crear una red de abastecimiento de combustibles, imponer un código de circulación, establecer el marco legal donde el tránsito de vehículos se pueda desarrollar en condiciones de seguridad, etc. Para que nuestro camión cargado de fruta pueda rodar tranquilamente es tan necesario que enormes petroleros crucen el canal de Suez como que una secretaria que trabaja en una compañía de seguros llegue a la hora a su puesto de trabajo. Pero hay más: el transporte de fruta a largas distancias supone ya todo un concepto nuevo del almacenaje, la comercialización y el consumo de la mercancía llamada «fruta». Sólo creando este mundo técnico, perfectamente coordinado y regulado, la operación nueva puede hacerse *más eficaz*. Estamos pues comparando dos mundos donde se realizan acciones que cobran significados entre los cuales ya no hay una medida común. Podríamos entonces preguntarnos justificadamente: ¿qué es la eficacia?

Evidentemente, la organización técnica se convierte en un sistema total, interdependiente, con consecuencias políticas y psicológicas inabarcables. De un lado, el Estado-nación, centralizado, tiene que convertirse en agente implacable de esta organización que funciona ahora sobre territorios muy amplios. Tiene que organizar el comercio, la extracción de materias primas, el aparato legal que sostiene toda transacción y, por supuesto, la diplomacia y el ejército. Pero, a su vez, el individuo inserto en este sistema ha quedado reducido a una pieza que realiza una tarea parcial y fragmentaria. El conductor de un gran transporte, o la secretaria de la compañía de seguros, quedan sumidos en un orden total, opaco, cerrado sobre sí mismo. Un sistema del que apenas saben nada y cuyas dimensiones sobrepasan su capacidad de representación. Basta hablar con los hombres que conducen camiones de gran peso, cubriendo largas distancias, escuchar lo que cuentan de las zonas logísticas donde estos camiones son cargados, y de qué forma. Si uno cierra los ojos y los abre y se encuentra en una de estas naves de mer-

cancías donde son cargados con grandes grúas los transportes que cruzan la frontera, con hombres que duermen en zonas de descanso, en la autopista, uno llega a darse cuenta de la dimensión del mundo material que nos rodea. Y lo mismo sucede con la eliminación del agua residual de las ciudades, el tratamiento de vertidos sólidos, la construcción de autovías elevadas... el mundo futurista e inhumano que describían los visionarios de hace un siglo es ya nuestro mundo. Lo que ocurre es que nos hemos habituado a él y no somos capaces de apreciar su verdadera naturaleza.

La técnica convertida en sistema total. Esto es más o menos lo que describe Ellul en su primer libro. La técnica, en su crecimiento, se hace autónoma, se autojustifica, se explica a sí misma. Encuentra en sí misma las soluciones a los problemas que ella misma ha creado: si el agua potable comienza a ser escasa, se inventará una depuradora; si la persona que trabaja en la fábrica experimenta una depresión, inventarán los ansiolíticos, etc. La diversión y el placer se organizarán también técnicamente de modo que lleguen más eficazmente a masas de población que tienen que adaptarse ahora a un entorno enteramente transformado.

### III

El libro de Ellul, traducido al inglés, fue calando poco a poco en las esferas intelectuales norteamericanas. Muchos que ya se habían puesto a analizar el efecto desastroso de la economía tecnificada sobre la naturaleza o sobre la libertad, encontraron que el libro de Ellul, a pesar de sus aciertos, era demasiado fatalista y sombrío.

En 1977, un poco en respuesta a todo ello, Ellul lanza su segundo gran libro sobre la técnica, *Le Système technicien*. Catalogado como su libro más acabado sobre el fenómeno técnico, en él Ellul trata de afinar más su análisis. En primer lugar, y casi un cuarto de siglo después de su primer libro, Ellul se ve en la obligación de contrastar todas las definiciones y análisis que han aparecido entre tanto sobre la sociedad y la tecnología. En esta obra reduce más el campo de estudio e intenta describir cómo la «técnica» se ha insertado en el corazón de la sociedad para llegar a transformarla en una especie de sistema de sistemas, un todo cohe-

rente, o casi, regido por la telemática, la informatización y la automatización. Una sociedad donde es difícil dar cuenta del fenómeno técnico porque éste aparece como una segunda naturaleza que estructura todas las relaciones. Ellul, en este libro, precisa más, se acerca a aspectos más concretos, contesta a toda la literatura sobre la tecnología que ha brotado masivamente a partir de los años sesenta.

Un paréntesis. Conviene señalar que la voz francesa «technicien» no puede ser traducida sin más por «técnico». «Technicien» tiene en francés una connotación operativa añadida que no tiene en nuestra lengua, pero a falta de algo mejor en castellano, traduciremos «système technicien» por «sistema técnico».

En su libro sobre el «sistema técnico», Ellul toma nota de todos los análisis contemporáneos que han intentado abarcar la significación de la sociedad moderna: sociedad industrial, post-industrial, sociedad de consumo, tecnocracia, aldea global, megamáquina, sociedad del espectáculo... Considera que todos estos términos enuncian, ciertamente, una verdad sobre la sociedad contemporánea, pero los considera insuficientes en el sentido en que no señalan, en que no ponen en primer plano el rasgo fundamental de nuestra época: la Técnica. Ellul considera que la definición de técnica tiene que realizarse, a la vez, deductiva e inductivamente. Ha de partir del reconocimiento del fenómeno técnico como hecho en sí, único, pero sin olvidar que la técnica se asienta en lo concreto, en la sociedad, en la economía, en la organización de la vida colectiva.

Ellul señala que la aparición de la informatización, ya en 1977, se presenta como una cuarta revolución industrial, después del carbón, la electricidad y la energía atómica, y que esta vez se trata de una transformación no directamente asociada al desarrollo de una fuente de energía, sino a una evolución esencial en el dominio de la organización del sistema. «El fenómeno dominante —nos dice— no es ya un crecimiento de la energía potencial y utilizada, sino un aparato de organización, de información, de memorización, de preparación a la decisión, que se pone en el lugar del hombre en la mayoría de sus operaciones intelectuales».

De hecho, el sistema técnico no es sino una evolución consecuente del concepto de Técni-

ca que Ellul había desarrollado años atrás. En los años cincuenta «se podía dar una definición muy amplia de la Técnica en función de lo que había sido implícitamente el carácter dominante del fenómeno, desde sus orígenes: la eficacia». El concepto de Técnica se podía generalizar y separar del mero uso de máquinas para aplicarlo a todo dominio donde el objetivo era utilizar medios que aumentaban la eficacia de una operación, teniendo en cuenta la escala en la que ahora se valoraba la eficacia.

Desde casi el principio Ellul distingue entre Técnica y Tecnología, considerando el segundo término como aquel que designa el discurso, la ciencia de la Técnica. «En primer lugar discurso sobre las técnicas particulares y, después, ensayo de discurso sobre la Técnica en general, es decir, sobre el concepto en sí mismo. Pero aquí nos referimos no al estudio de los procedimientos de una operación particular, industrial por ejemplo (lo que constituye siempre el objeto de los cursos de tecnología!) sino a una reflexión filosófica».

Y más específicamente había dicho ya antes:

De tal forma llegamos a una nueva concepción de la Técnica, como medio y como sistema: es decir que las técnicas combinadas entre sí y que conciernen a la totalidad de las acciones o de los modos de vida humana adquirirían una importancia cualitativamente diferente. La Técnica cesaba de ser un adición de técnicas para, a través de la combinación y de la universalización, llegar a una forma de autonomía y especificidad.

Todas estas cosas nos suenan ya a resabios, pero hay que tener en cuenta que el libro de Ellul data de 1977, y que dicho libro entroncaba con sus reflexiones de principios de los años cincuenta. Si exceptuamos a Lewis Mumford, durante toda la segunda mitad del siglo XX, Ellul fue el autor que más esfuerzos hizo por situar el problema de la técnica y la tecnología en la discusión sobre el destino de nuestra sociedad. Muchas de las definiciones y conceptos que empleamos hoy en nuestras discusiones sobre la Técnica provienen del debate que él tanto contribuyó a promover.

En *Le Système technicien* vuelve a tocar las cuestiones que ya había hecho suyas años atrás. La autonomía y el autotrecimiento, la universalización y la totalización de la Téc-

nica. Y ahora lo hace a la luz de los últimos avances, la informatización, y a la de los nuevos embates sociológicos. La alienación ha dado otra vuelta de tuerca, la contracultura hippie es una respuesta inmadura a una sociedad inhumana, el catastrofismo de la ciencia ficción es un síntoma más de la adaptación de las masas a un sistema que les deja sin voz y sin reflexión, las propuestas de una tecnología liberadora de un Bookchin o un Marcuse redundan en el utopismo. Por todas partes, el sistema funciona «demasiado bien» como para que el ciudadano moderno se cuestione el mundo al que ha sido conducido por medio de la propaganda.

El aspecto visionario del libro de Ellul es su insistencia en el carácter flexible y fluido del sistema técnico. La coordinación total y casi perfecta entre los subsistemas diseña el medio uterino donde el individuo ya no tiene necesidad de pensar o experimentar sensaciones propias, hay síntomas inquietantes de una inercia colectiva, de un apelmazamiento del alma humana en un medio artificializado.

En efecto, y lo que da plena actualidad a este segundo libro de Ellul es su insistencia en esa reconstrucción técnica del medio, donde presente ya los peligros de la ingeniería genética. La tecnociencia separa, fragmenta, divide, destruye la estructura de la realidad física para poner, en su lugar, una realidad producida en el laboratorio-mundo. En su libro prevé también la ascensión de una «teleinformática sin fronteras».

Pero el libro de Ellul desemboca sobre conclusiones políticas y psicológicas verdaderamente inaceptables para el moderno tecnófilo. No puedo resumir aquí todo el pesimismo lúcido que destila este libro. Decir que para Ellul la Técnica, el «sistema técnico», sólo puede llevarnos, progresivamente, hacia una sociedad totalitaria, es resumir abruptamente su mensaje, sin que por ello faltemos a su verdad. Como en otras obras de Ellul, el secreto de la derrota humana ante los poderes de la moderna sociedad técnica está en el acondicionamiento: «El “sistema técnico” incluye sus agentes de adaptación. La publicidad, los entretenimientos de los *mass media*, la propaganda política, las relaciones humanas y públicas, todo ello, con sus divergencias superfi-

ciales, tiene una sola función: adaptar al hombre a la técnica».

Pero no nos engañemos, adaptar al hombre a la técnica no quiere decir adaptarle meramente al mundo de la máquina, a la tecnología, sino sobre todo a las nuevas condiciones de un sistema de dominación que tiene por fundamento la eficacia técnica, que asienta el poder incontestable del Estado, que vacía de contenido la libertad, que expande la artificialización por doquier.

En 1988, aparecería la última gran obra de Ellul sobre la técnica, *Le Bluff technologique*. En este libro reafirma sus posiciones críticas sobre el porvenir de la sociedad técnica. Actualiza sus análisis en base a los nuevos avances en microinformática y telemática, que ya estaban muy presentes en su libro anterior. Denuncia con energía el credo progresista y la fe irracional en las bondades del mundo tecnológico. Señala una vez más la muerte de la democracia a manos del poder omnisciente de la Eficacia. Niega que haya un verdadero discurso o filosofía de la técnica (una tecnología) sino sólo un barullo propagandístico que ofusca las mentes: «Y cuando digo bluff, es porque se otorga ahora a las técnicas cientos de éxitos y de hazañas (de cuyos costes y peligros no se habla jamás) y que la técnica de ahora en adelante se nos presenta expresamente a la vez como la única solución a todos nuestros problemas colectivos (el paro, la miseria del tercer mundo, la crisis, la polución, la amenaza de la guerra) o individuales (la salud, la vida familiar, y el mismo sentido de la vida), y a la vez como única posibilidad de progreso y desarrollo para todas las sociedades. Y se trata sin duda de un bluff, porque en este discurso se multiplican por cien las posibilidades efectivas de las técnicas y se oculta radicalmente los aspectos negativos».

#### IV

Ellul fue, ante todo, consciente de la gran abstracción que suponía hablar de dominio humano con respecto a la ciencia y a la técnica. Según una verdad asumida con demasiada ligereza, el hombre es dueño de la Técnica. En su libro *Exégèse des nouveaux lieux communs* (1966) se interrogaba con tono exasperado: «El “hombre”, cuando pronuncio esta palabra,

siempre topo con una dificultad, con la incertidumbre y la ansiedad. ¿De quién se habla? Después de todo, el primer hombre del que tengo conocimiento, soy yo mismo. ¿Se habla de mí en esta fórmula? Pero ¿qué es lo que yo sé y lo que yo puedo, y cómo podría controlar las máquinas, todas las máquinas? ¿Y el complejo técnico? ¿Cómo puedo yo intervenir sobre el crecimiento de las técnicas? ¿Y sobre la utilización de la energía nuclear?».

Ellul no se equivocaba: sus interrogantes ponen de relieve el problema que implica considerarse un ciudadano libre en un mundo donde todo escapa al ámbito de la responsabilidad personal. La organización técnica, por su propia naturaleza, no puede permitirse cuestionarse a sí misma. No hay tiempo ni espacio para la reflexión. En una sociedad donde la eficacia es el pan cotidiano, la moral marcha en el último puesto, en el furgón de cola.

Pero como hemos visto, la eficacia no puede ser sino el fundamento de un sistema que jamás se interroga por el rumbo que ha tomado. Si la eficacia técnica tiene que ser el destino último de nuestra sociedad, el tren llegará a la hora a la estación pero sin duda habremos olvidado la razón de este avance continuo hacia la destrucción o la nada.

# ¿Una ética intelectual para Internet?

*A propósito del libro Superficiales: ¿qué está haciendo Internet con nuestras mentes? Nicholas Carr, Taurus (2011)*

En verano de 2008 apareció publicado en la revista *The Atlantic* un artículo del escritor norteamericano Nicholas Carr titulado: *¿Nos vuelve Google estúpidos? Lo que Internet está haciendo con nuestras mentes*. Partiendo de una reflexión fruto de su experiencia personal, Carr se interrogaba sobre si los hábitos ligados a la utilización de los ordenadores en general, y de Internet en particular, podrían estar alterando no sólo los patrones sociales de comportamiento, sino los mismos procesos mentales en los individuos. El texto conoció una rápida difusión —especial y, paradójicamente, a través de Internet—, y pronto fue discutido y refutado en diversos foros y publicaciones. Dos años después, en 2010, publicaba para el ámbito anglosajón el libro que, un año después, llega a las librerías españolas bajo el sello de Taurus. *Superficiales* profundiza y desarrolla las intuiciones que el autor había creído atisbar en su opúsculo. Después de dos décadas ejerciendo de consumidor voraz de las tecnologías digitales, Nicholas Carr siente que alguien está «trasteando» con su mente. Licenciado en Literatura, de un tiempo a esta parte se siente incapaz de afrontar la lectu-

ra de un texto largo y denso, a los pocos párrafos comienza a perder el interés y tras dos páginas baraja en qué otras cosas puede gastar su tiempo. Al percatarse de este hecho, Carr se interroga a sí mismo: esta constante pérdida de atención y dificultad para centrarse en una sola tarea, ¿estará originada por tantos años pasados *on-line*?

Retrociendo un siglo, encontramos que Friedrich Nietzsche, aquejado por fuertes dolores de cabeza cuando fija la vista en un texto e incapacitado durante un tiempo para ejercer sus labores intelectuales, consigue retomar la escritura mediante la ayuda de una máquina de escribir sobre la que, una vez memorizadas las teclas, desliza sus dedos con los ojos cerrados. Sin embargo, sus amigos más cercanos notan un severo cambio en su estilo: más conciso, telegráfico, evitando largas disgresiones. Su colega músico y escritor Heinrich Köselitz, percibe incluso una supuesta transferencia de las cualidades físicas de la máquina de escribir, su contundencia de hierro, a la escritura del filósofo alemán, quien acaba por aceptar que «nuestros útiles de escritura participan en la formación de nuestros pen-

samientos»<sup>1</sup>. Carr liga este suceso con una idea presente en la archiconocida obra de Marshall McLuhan *Comprender los medios de comunicación*. Con la sentencia «el medio es el mensaje», convertida hoy en una fórmula hueca tan manida por modernos y posmodernos al unísono, McLuhan pretendía advertir sobre el peligro de cifrar la importancia de una tecnología en su contenido y no en su soporte. «Los efectos de la tecnología no se dan en el nivel de las opiniones o los conceptos», escribió McLuhan. Más bien alteran «los patrones de percepción continuamente y sin resistencia». Recogiendo este aviso, Carr se lanza al estudio de diversas obras sobre la neuroplasticidad del cerebro. Tras siglo y medio aseverando que las estructuras neuronales del cerebro se fijan al entrar en la edad adulta, con ventipocos años, en las últimas décadas la comunidad científica ha aceptado la tesis contraria, la de su extrema plasticidad.

Cada vez que se realiza una tarea o se experimenta una sensación —dice Carr—, ya sea física o mental, se activa un conjunto de neuronas en nuestro cerebro. Si están próximas unas de otras, estas neuronas se unen mediante el intercambio de neurotransmisores sinápticos [...] A medida que la misma experiencia se repite, los enlaces sinápticos entre las neuronas se hacen más fuertes y más abundantes, mediante cambios fisiológicos, como la liberación de altas concentraciones de neurotransmisores, y también anatómicos, como la generación de nuevas neuronas o el desarrollo de nuevas terminales sinápticas en los axones y las dendritas ya existentes.

Y estas estructuras son flexibles, maleables. De ello se extraen efectos po-

sitivos, como es la capacidad de las áreas del cerebro empleadas en el control de una pierna amputada por un accidente para *mudar* de función y transferir sus neuronas a otros menesteres. Sin embargo, los cambios en el cerebro también se producen como consecuencia del mantenimiento repetido de hábitos de comportamiento. Y en este sentido, Carr da cuenta de multitud de experimentos sobre cómo el uso reiterado de Internet está afectando a los individuos. La Gran Distracción: esa podría ser la síntesis de los efectos de la Red, ya que cuando nos conectamos a ella «entramos en un entorno que fomenta una lectura somera, un pensamiento apresurado y distraído, un pensamiento superficial. Es posible pensar profundamente mientras se navega por la Red, como es posible pensar someramente mientras se lee un libro, pero no es éste el tipo de pensamiento que la tecnología promueve y recompensa». En efecto, el lector que se conecte desde casa con frecuencia será el primero en reconocer que la multitarea es la pauta común del uso de Internet. Abrimos el correo electrónico, mientras se carga vamos abriendo la página de un periódico o de una web de contrainformación, comprobamos mensajes y notificaciones en Facebook, Tuenti o Twitter, las actualizaciones que han efectuado y efectúan nuestras amistades, abrimos el *youtube* o Spotify para escuchar una canción, comenzamos a leer los correos, alguien nos habla por el chat de Facebook, cambiamos de canción, ojeamos las noticias y enseguida nos llama la atención un hipervínculo que nos lleva a otra noticia o hacemos click en la sección de lo más leído, miramos el nuevo álbum de fotos de las vacaciones de Fulano, y así

*sine die*. Esto en el plano consciente. Porque la red nos bombardea constantemente con *inputs* sonoros y/o visuales que son recogidos por nuestro subconsciente, el cual —sin nosotros darnos cuenta— debe dirimir si dirigirse o no a ellos. Y lo que los neurólogos han comprobado es que el cerebro emplea tiempo y energía en valorar la perentoriedad de pinchar en esos enlaces e imágenes.

La necesidad de evaluar enlaces para hacer elecciones en consecuencia, al tiempo que se procesan multitud de fugaces estímulos sensoriales, exige una coordinación mental y una capacidad de decisión constantes, lo que distrae al cerebro. Cada vez que este lector se enfrenta a un enlace dinámico, tiene que detenerse, aunque sea una fracción de segundo, para que la corteza prefrontal pueda evaluar si debe pincharlo o no. [...] está demostrado que [esto] impide la comprensión y la retención, sobre todo cuando se repite con frecuencia. Cuando entran en funcionamiento las funciones ejecutivas de la corteza cerebral, nuestros cerebros no se limitan a ejercitarse, sino que se sobrecargan.

Internet, por tanto, fomenta la multitarea mental. Mientras que hasta hace pocos años, uno abría la correspondencia que le llegaba a casa, la leía, luego atendía al teléfono y realizaba llamadas, más tarde consultaba el periódico impreso, quehaceres todos ellos de los que se ocupaba, en general, uno a uno, ahora se nos *exige* trajinar con todo a la vez, lo que conlleva según los científicos unos «costes de conmutación»: «cada vez que desviamos nuestra atención, obligamos a nuestro cerebro a reorientarse, lo cual sobrecarga aún más nuestros recursos mentales [...] el cerebro se toma su tiempo para cambiar de objetivo, recordar las reglas ne-

cesarias para la nueva tarea y bloquear la interferencia cognitiva de la actividad, aún vívida, que le ocupaba».

Una de las grandes afectadas por este modo de acceder a informaciones y conocimientos es la memoria. Según varios trabajos, existen dos clases: la memoria a corto plazo, o memoria de trabajo, y la memoria a largo plazo. La primera, de capacidad muy limitada, es la receptora de todos los estímulos que percibimos en nuestro entorno y de las sensaciones y pensamientos que éstos nos provocan, con tal fugacidad que apenas se posan en nuestras cabezas durante unos segundos. La segunda, en cambio, es el recipiente donde se almacenan nuestros recuerdos durante días, meses, y años, y el alcance de su tamaño es prácticamente infinito. Esta memoria no es simplemente un almacén donde acumulamos como trastos viejos, saberes, recuerdos y conocimientos, sino que desempeña un papel clave a la hora de relacionar los sucesos de la vida cotidiana con lo que ya hemos aprendido. Por este motivo, es fundamental una correcta transferencia desde la memoria de corto plazo a la de largo plazo, y aquí nos encontramos con un problema clave que Nicholas Carr expone proponiendo una metáfora: si nuestra memoria de largo plazo tiene la capacidad de una bañera, la memoria a corto plazo alberga la de un dedal. Ejecutando tareas de forma pausada y única, somos competentes como para llenar la bañera poquito a poco. Sin embargo, la multitarea que propicia Internet desemboca en un caos.

Cuando leemos un libro, el grifo de la información mana con un goteo constante, que podemos regular con la velocidad de nuestra lectura. Gracias a nuestra concentración

en el texto, podemos transferir toda nuestra información o su mayoría, dedal a dedal, a la memoria a largo plazo y forjar las ricas asociaciones fundamentales para crear esquemas. Con la Red, tenemos muchos grifos de información, todos manando a chorros. Y el dedal se nos desborda mientras corremos de un grifo al otro. Sólo podemos transferir una pequeña porción de los datos a la memoria a largo plazo, y lo que transferimos es un cóctel de gotas de diferentes grifos, no una corriente continua con la coherencia de una sola fuente.

Carr enlaza de forma magistral el modo en que nos afecta el uso de la Red a la memoria con una cuestión de enorme importancia: la identificación del cerebro humano con un ordenador. Multitud de voces se plantean la futilidad de la memoria biológica: si disponemos de la vasta enciclopedia cibernética donde podemos encontrarlo todo, ¿qué importa si nuestra memoria se ve disminuida puesto que, al fin y al cabo, Internet puede suponer un perfecto sustituto para ésta? Y es que «la llegada de Internet y sus bancos de datos, ilimitados y fáciles de consultar, trajo un nuevo cambio, no sólo en la manera de ver la memorización, sino en la manera de ver la memoria misma. La Red rápidamente llegó a verse como un sustituto, más que un suplemento, de la memoria personal [...] El cambio en nuestro punto de vista de la memoria es una manifestación más de nuestra aceptación de la metáfora que describe el cerebro como un ordenador. Si la memoria biológica funciona como un disco duro, almacenando bits de datos en ubicaciones prefijadas y sirviéndolos como *inputs* a los cálculos de nuestro cerebro, entonces la delegación de nuestra capacidad de almacenamiento en la Web

no es sólo posible, sino [...] liberadora. Se nos proporciona una memoria mucho más amplia al tiempo que se habilita espacio en el cerebro para cálculos más valiosos e incluso más *humanos* [...] Pero hay un problema con nuestra nueva concepción post-Internet de la memoria humana. Es errónea».

En efecto, la asimilación de la mente humana con un ordenador ha penetrado en la sociedad de forma subrepticia, y de ello tenemos un buen ejemplo en el lenguaje: *cambiar el chip, desconectar, cruzársele los cables*, etc., son expresiones que dan fe de cómo ha calado esta visión, la cual ha sido refutada por muchos críticos. Entre ellos destaca el filósofo del lenguaje norteamericano John Searle, quien propuso una hipótesis argumentativa conocida como «La habitación china» para demostrar que una máquina es incapaz de pensar. En dicha hipótesis, una persona que sólo habla inglés es encerrada en una habitación en el país de China, sin ningún tipo de contacto con el exterior excepto una pequeña rendija por donde pasar y recibir folios de papel. Esta persona está provista de diccionarios y manuales de chino donde se le explica qué tipo de signos emplear y cómo combinarlos cuando alguien, desde fuera, le proporcione a su vez unos símbolos chinos determinados. Cuando la persona que esté en el exterior vea las hojas que se le entregan desde dentro, no albergará ninguna duda de que el habitante de la estancia *habla* chino. Con este experimento, Searle pretendía evidenciar que la presencia de la sintaxis no implicaba la de la semántica, esto es: el ordenador, o el residente de la habitación china, puede estar intercambiando mensajes en chino gracias a unas directrices dadas sobre qué símbolos emplear en res-

puesta a otros, pero no *entiende* lo que está diciendo.<sup>2</sup>

Esta hipótesis no ha desanimado a los defensores de la posibilidad de la Inteligencia Artificial. En un libro de ámbito universitario se da cuenta de la potencialidad de apoyo recíproco que pueden encontrar los informáticos y lingüistas (con el apoyo de psicólogos)<sup>3</sup>. La Lingüística, disciplina marginal de un ramo de estudios, el Humanístico, también marginal, cree encontrar de esta manera su modo de participar destacadamente en la informatización completa de la vida creando la Lingüística Computacional. Para muestra un botón de la fe que estos ultra tecnófilos tienen en su labor: «las tecnologías del lenguaje consisten en la aplicación del conocimiento sobre la lengua al desarrollo de sistemas informáticos capaces de reconocer, interpretar y *generar* lenguaje. El resultado son máquinas que se comportan como si comprendieran el lenguaje humano [...] Poco a poco nos vamos aproximando a los dos principales objetivos de las personas que trabajan en tecnologías del lenguaje: conseguir que los humanos nos relacionemos de forma natural con las máquinas (!) [...] Para ello, los ordenadores deben aprender a entender el lenguaje humano, y no al contrario» (la cursiva y exclamaciones son nuestras).

Quien ilustra con excelentes argumentos la imposibilidad de estas *ilusiones cibernéticas* es el escritor francés Jean-Marc Mandosio, que apunta a la identificación entre razón y cálculo como el origen de estas veleidades, del que nos permitimos una larga cita:

Esta convicción [de que la razón no es otra cosa que una simple facultad de cálculo], que se ha hecho corriente con la generaliza-

ción de la informática, tiene su origen en un disparate atribuido al filósofo inglés Thomas Hobbes y que todos los especialistas en «inteligencia artificial» repiten tras él: «Pensar es calcular». No hace falta más para deducir que las máquinas de calcular —y los ordenadores no son otra cosa— son «inteligentes» [...] Un razonamiento no consiste sólo en una sucesión de operaciones de lógica formal que un ordenador correctamente programado efectúa a la perfección. Los ordenadores clásicos no hacen más que ejecutar mecánicamente programas —a veces increíblemente complejos— que descansan sobre las propiedades de la lógica matemática, sin que se trate en ningún momento de «verdad» ni de «luz natural». No tienen más relación con la razón que un arado o un cepillo de dientes. [...] ¿Qué es, pues, razonar? No se sabe muy bien —lo cual significa que no se sabe en absoluto—, y la mejor definición quizá siga siendo la que daba Platón: «un diálogo del alma consigo misma» [Platón, *Teeteto*] (de ahí la *dialéctica*, inicialmente el *arte del diálogo*, en que el pensamiento avanza por medio de afirmaciones y negaciones sucesivas). El ejercicio de la razón pone en práctica no sólo una facultad de encadenar proposiciones lógicamente, que no procede en exclusiva de la lógica formal, sino también de la imaginación, la memoria, y la experiencia sensible [...] Por esta razón, incluso los ordenadores formalizados menos rígidamente que los ordenadores clásicos [...] que logran más o menos *simular* ciertos mecanismos perceptivos simples (reconocimiento vocal u óptico) tienen [...] muchos problemas para tratar las representaciones estructuradas del lenguaje y del razonamiento. [...] Por lo tanto, no hay que inquietarse con la posibilidad de que las máquinas se pongan un día a pensar y tomen decisiones en nuestro lugar. En la medida en que los ordenadores no hacen —y no harán— nunca más que ejecutar las operaciones para las que han sido programados, hay

que preocuparse de los propios programas, así como de los que los diseñan.<sup>4</sup>

En la misma línea se movía asimismo uno de los más reconocidos críticos de la tecnología, Lewis Mumford, quien en el primer volumen de su obra *El mito de la máquina: Técnica y evolución humana* argüía que «al dotar a los ordenadores de algunas de las funciones del cerebro, no prescindimos ni del cerebro ni de la mente, sino que transferimos sus respectivas funciones a la actividad del ordenador, a su programación y a la interpretación de los resultados [...] pero ningún ordenador puede crear, de por sí y con sus solos recursos, un solo símbolo nuevo».<sup>5</sup>

Regresando al libro de Nicholas Carr, y apartando de nuestra reflexión los argumentos científicos de cómo el uso de los ordenadores e Internet afectan a nuestros cerebros y a nuestros hábitos, debemos concluir esta reseña con el gran interrogante que lanza Carr a los lectores, pero también a sí mismo: ¿debemos aceptar Internet y la tecnología que ella conlleva sin considerar los peligros que entraña? Nadando en contra de la premisa de los tecnófilos de que «todo aquello que pueda hacerse, debe hacerse», el autor recalca la acuciante necesidad de pararse a reflexionar sobre las tecnologías intelectuales<sup>6</sup>, desarrollando así una ética intelectual para cada una de ellas, si bien reconoce que «la ética intelectual de una tecnología rara vez es reconocida por sus inventores. [...] Los usuarios de la tecnología también son generalmente ajenos a su ética. También ellos están más centrados en los beneficios prácticos que adquieren al emplear la herramienta».

Carr analiza los argumentos que merecen los juicios acerca del progreso tecnológico, y, si bien simplifica és-

tos en exceso, al clasificarlos en ‘deterministas’ e ‘instrumentalistas’ (haciendo así parecer a los críticos de la tecnología únicamente como personas aferradas a que los cambios tecnológicos conforman una fuerza autónoma externa al control del hombre, constituyendo así un destino fatal e irremediable de la raza humana), finalmente inclina la balanza a favor de los argumentos deterministas: «que individuos y comunidades puedan adoptar decisiones muy diferentes acerca de las herramientas que utilizan no significa que, como especie, hayamos ejercido mucho control sobre el rumbo o el ritmo del progreso tecnológico. Aún más difícil resulta aceptar que “elegimos” los efectos secundarios de gran cantidad de esas tecnologías, muchos de los cuales, como hemos visto, resultaban totalmente inesperados cuando las tecnologías se empezaron a usar».

Hacia el final de su libro, el autor de *Superficiales* saca a la luz una idea poco comentada del libro de McLuhan *Comprender los medios de comunicación*: que nuestras herramientas adormecen la parte del cuerpo humano que pretenden amplificar, distanciándonos de esa parte y de sus funciones naturales. Carr reconoce que el grave peaje con que el ser humano puede estar pagando su adhesión ciega a toda tecnología intelectual es el de la alienación, de la que todas las personas formamos, lo queramos o no, parte activa. De hecho, Carr no oculta que él ha sido adicto a estos *juguetes* tecnológicos durante dos décadas, y que en el mismo momento de escritura del libro, volcado hacia un tipo de vida menos alienada, habitando una casa junto a las montañas lejos de la gran ciudad, no puede evitar sentir atracción por las novedades de la tecnología de

Internet y los ordenadores. Es aquí donde encontramos el gran valor del libro de Nicholas Carr: la valentía intelectual de una persona que asume sus contradicciones al tiempo que las cuestiona e indaga sobre el origen de ellas, tratando de combatirlas mediante su juicio crítico:

Las herramientas de la mente amplifican y a la vez adormecen las más íntimas y humanas de nuestras capacidades naturales: las de la razón, la percepción, la memoria, la emoción [...] una evaluación honrada de cualquier nueva tecnología, o del progreso en general, requiere una sensibilidad hacia lo que se ha perdido, así como para lo ganado. No debemos permitir que las glorias de la tecnología nos

cieguen ante la posibilidad de que hayamos adormecido una parte esencial de nuestro ser.

1. Unas décadas después Theodor W. Adorno reflexionaba en términos parecidos al aducir que «la tecnificación hace a los gestos precisos y adustos, y, con ellos, a los hombres. Desaloja de los ademanes toda demora, todo cuidado, toda civilidad para subordinarlos a las exigencias implacables y como ahistóricas de las cosas. Así es como, pongamos por caso, llega a olvidarse cómo cerrar una puerta de forma suave, cuidadosa, y completa. Las de los automóviles y las neveras hay que cerrarlas de golpe; otras tienen la tendencia a cerrarse solas, habituando así a los que entran a la indelicadeza de no mirar detrás de sí [...] En los movimientos que las máquinas exigen de los que las utilizan está ya lo violento, lo brutal y el constante atropello de los maltratos fascistas», *Minima Moralia, Reflexiones desde la vida dañada*, Obras Completas, tomo IV, Madrid, Akal, 2004, pp. 44-45.

2. En un texto más reciente titulado *Is the brain a digital computer?*, John Searle profundiza en sus ideas sobre la identificación mente-ordenador. No sólo niega que la sintaxis lleve implícita una semántica, sino que niega que la sintaxis esté contenida en los fenómenos físicos, aduciendo que es un observador externo quien otorga a éstos un carácter sintáctico y computacional. Esta tesis es fundamental porque desde ella, Searle argumenta que el cerebro no puede ser tampoco definido en términos computacionales, desbaratando así las posturas de quienes quieren trazar paralelismos entre el lenguaje computacional de los ordenadores con un supuesto lenguaje tal en los cerebros, los cuales, al generar conciencia con dicho

lenguaje, abriría la puerta a la posibilidad de que también los ordenadores generen conciencia. Denuncia, además, cómo para la mayor parte de la comunidad científica, aquellos que no aceptan que el cerebro es un tipo de ordenador, estarían entregados a puntos de vista anti-científicos. El texto puede encontrarse en inglés en el enlace <http://users.ecs.soton.ac.uk/harnad/Papers/Py104/searle.comp.html>.

3. *Lenguaje y nuevas tecnologías*, Julia Lavid, Cátedra 2005.

4. ¿Fin del género humano?, Jean-Marc Mandosio, ver nota 5, p. 6.

5. *Pepitas de la Calabaza ediciones*, Logroño, 2010, p.52.

6. Carr denomina con ese nombre a las tecnologías con las que ampliamos nuestra capacidad mental. Así, la máquina de escribir, el libro, el globo terráqueo, el ábaco, la escuela, el mapa, el reloj, la biblioteca, los ordenadores, o Internet, constituyen tecnologías intelectuales.

# La letra sin aula entra

¿Cómo podrían aprender a vivir mejor los jóvenes sino intentando de una vez el experimento de vivir? Les servirá para ejercitar su mente tanto como las matemáticas. Si quisiera que un muchacho supiera algo de las artes y las ciencias, por ejemplo, no seguiría el proceder habitual, que consiste en ponerle en compañía de un profesor, donde todo se profesa y practica salvo el arte de la vida: examinar el mundo a través de un telescopio o un microscopio y nunca a simple vista; estudiar química y no aprender cómo se hace su pan, o mecánico, y no saber cómo se gana; descubrir nuevos satélites de Neptuno y no percibir las motas en su ojo, o de qué vagabundo es él mismo un satélite; o ser devorado por los monstruos que pululan a su alrededor, mientras contempla los monstruos en una gota de vinagre: ¿Quién habría avanzado más al cabo de un mes, el muchacho que ha fabricado su na-

vaja con la mena que hubiera extraído y fundido, leyendo cuanto fuera necesario para ello, o el muchacho que hubiera asistido entretanto a las conferencias sobre metalurgia en el instituto y recibido de su padre un cortaplumas Rogers? ¿Quién se cortarían antes los dedos con mayor probabilidad?... ¡Para mi sorpresa, al abandonar la universidad me informaron de que había estudiado navegación! Si me hubiera dado una vuelta por el puerto habría sabido más al respecto. Incluso el estudiante *pobre* estudia y aprende sólo economía *política*, mientras que la economía de vivir, que es sinónima de la filosofía, ni siquiera se profesa sinceramente en nuestras universidades. La consecuencia es que, mientras lee a Adam Smith, Ricardo y Say, las deudas de su padre aumentan irremediamente.

Henry David Thoreau, *Walden*.

De entre todos los robos que se ha infligido en los últimos tiempos a la posibilidad de autonomía de las sociedades humanas, la de la libre elección en la educación de nuestros niños es una de las que, *a priori*, se podría escapar al férreo control social al que nos tienen acostumbrados la mayoría de los Estados modernos ya que en ellos (exceptuando algunos casos como el alemán, donde la escolarización, pública o privada, es absolutamente obligatoria mediante una ley que permanece inalterada desde los tiempos del nacional-socialismo) no existe la obligación de escolarizar o se mantiene en un limbo legal. En el caso del Estado Español, el artículo 27 de la Constitución dice que queda reconocida la libertad de enseñanza, lo que permitiría a una familia la opción de no escolarizar a sus hijos y educarlos ellos mismos si así lo quisieran, lo que también queda contemplado en la Declaración Universal de los Derechos Hu-

manos. No obstante, llevarlo a la práctica encontrará numerosas barreras.

Una familia que decida no escolarizar a sus hijos y educarlos sin profesores, atendiendo a sus necesidades reales (lo que se conoce con el nombre de *homeschooling* debido a que es en los países anglosajones donde la práctica está más extendida) topará con una inmediata presión social ya que es visto por amplias capas de la población prácticamente como un crimen, lo que además podría suponer tener que enfrentarse a diversos procesos judiciales por algo que, pese a ser minoritario, no es ilegal<sup>1</sup>. A esto hay que sumar además que cada vez es más acuciante la necesidad de que los padres tengan que trabajar fuera de su entorno más cercano, lo que imposibilita que un niño pueda ser educado en casa.

Cabe la posibilidad de que cada vez más familias se planteen la educación de sus hijos al margen de las escuelas estatales debido a la continua descomposición que está sufriendo en los últimos tiempos y a la confirmación de su incapacidad para potenciar ningún tipo de cambio social y decidan así autogestionar la educación de sus hijos.

Para ayudarnos en este sentido, la editorial Précipité ha publicado *Diez Mentiras sobre la no escolarización*, de Sylvie Martin-Rodriguez.

Este libro reabre un debate muy necesario como es el de la crítica a lo escolar y a la vez plantea una alternativa real que ya está poniéndose en práctica por varias familias.

En él se va mostrando capítulo a capítulo y mentira a mentira, todas las carencias que presenta la opción escolar al tiempo que refuta todos los tópicos y tabúes existentes sobre la educación en familia o alejada de la escuela en su vertiente formal o infor-

mal, esto es, siguiendo un programa preestablecido, o dejando que el propio niño sea el principal responsable y guía de su aprendizaje.

A la autora no le tiembla el pulso a la hora de llamar a las cosas por su nombre:

Atreverse a comparar la escuela con una cárcel es el mayor de los tabúes. Sin embargo, la comparación del funcionamiento de las dos instituciones es particularmente sorprendente: horarios estrictos, encierro, vigilancia permanente, salida a un patio, imposibilidad de salir, obligación de obediencia hacia los guardianes, convivencia impuesta con otros detenidos, castigos o aislamientos en caso de rechazo de la obediencia... Cárcel o escuela, la descripción parece ser aún bastante válida. La mayor diferencia es que los prisioneros saben que están en la cárcel, mientras que los niños, no.

Es importante recordar que esta comparación, lejos de ser exagerada, y aun teniendo en cuenta la diferencia entre ambas instituciones, no es novedosa, pues ya fue señalada por otros autores como Ivan Illich, Michel Foucault o más recientemente y por estos lares, por Pedro García Olivo.

Precisamente Martin-Rodriguez, al igual que García Olivo, pone asimismo en el punto de mira a los responsables de la lógica escolar, los profesores, haciéndose estas pertinentes preguntas:

¿Cuántos adultos han tenido buenas notas en el pasado gracias a profesores exigentes y duros, simplemente por el miedo que les inspiraba esos profesores? ¿Cuántos aprendían de memoria y devolvían lo que habían aprendido el día del examen, para olvidarlo todo enseguida? ¿Es eso la idea de lo mejor?

Estos profesores duros y exigentes no basan sus enseñanzas en relaciones respetuosas,

sino en la aprobación condicional, proporcional a la restitución de los conocimientos exigidos; enseñan que una relación fundada sobre el miedo o la recompensa es aceptable y que se puede penalizar a alguien si no está conforme. Se trata de una relación en la cual, por un lado, se encuentra el que tiene el poder y que sabe, y por otro lado, el que obedece y que no sabe. Sin embargo, aprender es una de las actividades humanas intrínsecamente más gratificantes. No hay necesidad de zana-horia o de palo.

Aquellos que hemos pasado por un colegio en nuestra infancia, probablemente nos veamos retratados en estos párrafos. Los que posteriormente hemos regresado a las aulas en calidad de profesores, quedamos perplejos ante la continua sensación de absurdo de encontrarse encerrado con veinticinco niños de entre los cuales muchos no sienten el más mínimo interés por lo que se aprende allí, ya que estos conocimientos no pueden estar más alejados de sus inquietudes reales, donde la única opción desde el principio para obtener su obediencia es el chantaje, la amenaza o el castigo.

Pese a estar de acuerdo con la mayor parte del libro, es en el capítulo octavo del mismo donde podemos hacer algunas objeciones.

En éste la autora argumenta que es posible tener un trabajo satisfactorio sin necesidad de conseguir ningún tipo de titulación académica a través de su experiencia laboral, consistente en ir abriendo y cerrando pequeñas empresas de las que su familia y ella han podido vivir año tras año.

Sin embargo, en el caótico mundo laboral en que vivimos, nos parece que esta experiencia es la excepción y no la norma, pues este ejemplo difícilmente puede ser extrapolado a am-

plias capas de la población. Las crecientes y alarmantes cifras del paro así lo demuestran.

Otro de los puntos flacos del libro es no ir más allá del análisis de lo estrictamente escolar, sin tener en cuenta el resto de elementos sociales que posibilitan que el niño tenga que asistir al colegio, o de cómo equipara para el aprendizaje del niño «todos los soportes a su alcance (libros, ordenador, televisión, padres, amigos, profesionales, juegos de mesa, *Gameboy*, *Playstation*...)» pues a nuestro parecer pocas veces la *Playstation*, en la que el niño está solo y absorto en un entretenimiento fútil, va a proporcionar ningún tipo de aprendizaje sino el aprendizaje de la alienación.

Tampoco está tratada una de las tendencias más inquietantes relacionadas recientemente con el ámbito escolar, que no es otra que la de la medicalización de los chavales, pues en la actualidad pocos son los maestros

que no cuenten de entre los niños de su clase con alguno catalogado de hiperactivo, con la consiguiente ingesta diaria de psicofármacos. Esta catalogación suele realizarse habitualmente a partir de la escuela, bien sea para intentar paliar el bajo rendimiento escolar como para intentar evitar un mal comportamiento continuo en el aula, realizado bajo el mutismo del profesor si no directamente promovido por él, pues a todos les resulta más fácil tener en el aula a un niño drogado y, así, quietecito, que a uno cuya inteligencia y sentido común le harán revolverse contra ese encierro obligatorio.

¿Es la opción desescolarizadora una alternativa real en nuestros días? La respuesta, por desgracia, es que no, salvo en casos aislados y en medios rurales alejados del control estatal donde los adultos puedan encargarse de la educación de sus niños sin delegar en el Estado. Teniendo en cuenta lo valeroso por parte de las aproximadamen-

te 1.500 familias que educan día a día a sus hijos fuera de las escuelas en el Estado español, pensamos que no se puede hablar en nuestras sociedades de una educación informal real de los niños no escolarizados, puesto que el medio social donde vivimos está muy degradado y no existe la solidez en las relaciones y el tejido social que hace décadas sí existía. No cabe duda de que uno de los factores que propiciaron esta degradación fue la gestación de lo escolar tal y como lo conocemos en nuestros días, arrogándose el *monopolio radical* de la educación, extendiéndose masivamente, y segregando así a los niños de su realidad social y cultural, uniformizándolos.

1. En un artículo del diario *Público* del 21/8/2010 se hacía referencia al fenómeno desescolarizador en España, y se recogían las opiniones de algunos padres que siguen este método pedagógico, pero el redactor mentía al afirmar que esta práctica es ilegal. Sin embargo, el 16/12/2010 varios periódicos se hacían eco de una sentencia del Tribunal Constitucional en la que prohibían a unos padres educar a sus hijos en casa, pues argüía que la libertad de enseñanza sólo puede ser administrada fuera del horario escolar.

## Memorias de un Seis Pesetas

«Estas memorias que ahora presentamos no dejarán indiferente a nadie, de eso no tenemos duda».

Así presenta la editorial Pepitas de calabaza las memorias de Jaques Mesrine, siguiendo la estela de interpretaciones favorables de personajes de este tipo en el mundillo radicalizado de los últimos cuarenta años. Con

la mejor intención se nos informa de que este hombre, dos veces «enemigo público número uno» (en Canadá y en Francia), es alguien de cuya trayectoria se pueden extraer enseñanzas políticas ya que «fue un hombre que dio el salto cualitativo de vivir *fuera de la ley* a vivir *contra la ley*». Frente a este sutil juicio, lo único en lo que puedo

declarar mi acuerdo con la opinión de la editorial, en lo referente a este libro, es en que no me ha dejado indiferente. A riesgo de parecer un reaccionario, quizá sean restos de una moral pequeñoburguesa, me resisto a confiar en los juicios de un torturador, un macarra maltratador de mujeres, ególatra desmedido, cuya única aspiración a lo largo de estas memorias es ser un malo de película de tercera. Un duro sin igual que se «creía un poco Al Capone», (p. 77) esforzado a lo largo de cuatrocientas veintinueve páginas en demostrarnos que es capaz de decirles a los policías que le han detenido: «¡Pandilla de maricones! ¡Si creéis

que esto va a cambiar las cosas...! Que os den por culo ¡Hijos de perra!» (p. 138) y que recibirá poco antes del final de su vida, al ser de nuevo detenido, algo que en su mentalidad debemos entender como un elogio por parte de otros policías: «Nos has hecho pasarlas negras en Quebec, Mesrine. Nos habría gustado despellejarte, pero eres muy astuto. Sabíamos que te cerrarías en redondo y que no sacaríamos nada en limpio del interrogatorio, pero al menos hemos tenido la ocasión de conocer París».

Dejando a un lado esa prosa propia de un Pérez-Reverte, siendo sinceros habría que preguntarse la fiabilidad de este testimonio «en primera persona de la vida y la actividad criminal» (de la solapa del libro). Aunque sólo fuera porque, traicionado por su ego, dentro de sus códigos lo que cuenta este *documento* es lo que cualquiera en su lugar esperaría decir y escuchar. El gusto viril por la hombría y la violencia que se destila a lo largo de todo el libro es insoportable. Agobiante y pringosa, la idea que de sí mismo tiene el autor gobierna las páginas impidiendo que el libro pase de ninguna manera a engrosar las filas de las buenas historias de criminales. Por la altura de sus pretensiones se espera encontrar un retrato histórico y sociológico de los bajos fondos de los años sesenta y setenta, y es precisamente por ellas por lo que no pasa de ser un accidente editorial que cualquiera esperaría encontrar en el catálogo de Temas de Hoy.

Y es ahí donde está realmente el problema. En que no haya sido Temas de Hoy, sino Pepitas de calabaza, una editorial con una trayectoria que, se quiera o no, pesa sobre los libros que publica dotándolos de un aura radical, de un contenido del que muchos libros

carecen y que, cuando no se anda con precaución, el resultado es confusamente equívoco. Es verdad que el gusto por el macarrismo sobrevolaba por alguno de los títulos que ya ha publicado Pepitas, en concreto, en el primer volumen de Os Cangaceiros en el que existe, vaya por Dios, un artículo llamado *Nantes y la sombra de Mesrine*, junto a otros con loas a la violencia en el fútbol y a los *hooligans* en las que, como decía un amigo, se comete la imprudencia pedante de confundir a Hegel con Heysel. El gusto por la sobreinterpretación de estallidos de violencia aparentemente irracionales es una de las más pesadas cargas que arrastran todos los que escriben a la sombra de los situacionistas y parece difícil que vaya a desaparecer. Una suerte de hipertrofia de la *filosofía de la sospecha* que entusiasma a muchos pero que empieza a oler ya a falta de interés, ausencia de un análisis profundo y mera repetición mitómana de unos esquemas interpretativos que, es cierto, en no pocas ocasiones han demostrado su validez.

Precisamente es en esa mitománia situacionista donde situaría el origen de la publicación de las memorias de Mesrine por Pepitas de calabaza. El libro de Mesrine fue publicado en Francia en primer lugar por la editorial Jean-Claude Lattès, y pasó a ser recuperado (por usar un término muy del gusto de Debord) por la editorial Champ Libre poco después. El ascendente del que gozaba Guy Debord sobre el dueño de esta editorial (Gérard Lebovici) es de sobra conocido, y es a él a quien se debe la interpretación de este personaje como un héroe de la revolución moderna. Pero no hay más que ojear un poco el libro para descubrir que el protagonista de la vida ca-

nalla francesa de los sesenta y setenta es más bien un individuo desagradable que no representa más que el lado oscuro de la sociedad a la que, según Debord y otros después de él, se enfrentaba. Si Felipe González podía decir que «El Estado de Derecho se defiende en las tribunas, en los salones y, también, en los desagües», no me cabe duda de que esos desagües están repletos de gente como Jaques Mesrine, más cercano en su afición a las putas a José Amedo que a un Bonnot. Al igual que muchos enemigos de la Iglesia, autoproclamados ateos, han querido dar la vuelta a la iconografía cristiana y sus personajes de ficción personificando el Bien en Satán o en Caín, otros tantos críticos de la sociedad contemporánea han encumbrado como héroes a muchos de quienes el Estado o el Capital señalaban como sus enemigos más peligrosos. Esta trampa, basada en el estúpido dicho *los enemigos de mis enemigos son mis amigos*, pierde de vista que muchas veces esos enemigos no son sino parte de la acción, un perfecto condimento. Pudiéndose responder con la manida frase de Adorno que «la libertad consiste no en elegir entre blanco o negro, sino en escapar a toda alternativa preestablecida».

Este discurso ideologizado sobre el lumpen niega lo evidente, y es que, en ese mundo y entre sus pobladores, también existen relaciones de poder muy fuertes, unas jerarquías bien definidas y algo que Os Cangaceiros llaman con candor como «la palabra dada» y que no suele consistir más que en el sometimiento a unas normas de una rigidez pasmosa.

Se podría aducir que Mesrine aporta durante su relato algunos pasajes que podrían ser caracterizados como políticos. Y, en verdad, lo son. Es ver-

dad que hay una cierta crítica al sistema penitenciario, por ejemplo, tanto en sus ejemplos más físicamente degradantes, como en los que las cárceles tienen unas condiciones aceptables de habitabilidad. Digamos que no se deja engatusar por la apariencia de la cárcel a la hora de describir lo que ella significa. Pero poner ahí el énfasis para defender un libro así sería inadecuado y tramposo por no tener en cuenta el momento histórico en el que se escribe. No se puede olvidar que la ideología anticarcelaria vive un auge en los años setenta del siglo pasado, tanto en Francia como en el resto de Europa y Estados Unidos; es más, las mejoras en las prisiones son la victoria de los representantes más taimados de este movimiento y una gran mayoría de los que pasaron por las cárceles en esos años se vieron influidos por ese espíritu de la época. Y los balbuceos de parvulario de las páginas de Mesrine no son más que la muestra de esta influencia. Por otro lado, excusas del tipo «si bien he robado, nunca he despojado a los pobres» no le convierten de inmediato en un Robin Hood, sólo le caracterizan como un atracador con ambición y talento para ese tipo de tareas.

Dentro de la narración hay numerosos hechos recriminables pero, dejando a un lado los atracos, sobre los cuales podría haber una cierta ambigüedad de juicio, podríamos dividirlos en dos categorías: los deslices y los actos criminales más brutales. Encabezando la primera sección estaría la relación que mantiene de joven con una mujer, Lydia. Después de acostarse con esta chica, a la que ha conocido en un baile, ésta le cuenta que está embarazada de otro y que no sabe qué hacer porque su padre la repudiaría. Él se ofrece a casarse con ella y hacerse cargo

del niño cuando nazca. Ahí comienza la historia, como él mismo la llama, de «Gil y Pollas» y «Santa Guarra», ella se acuesta con otros y él se dedica a la bebida para, al paso de los días, «viendo cómo se le abultaba el vientre, empecé a buscarme amantes esporádicas, y cuando volvía a casa [ella] me organizaba interminables escenas» (p. 54). Tras unos meses de convivencia insostenible, a Mesrine le toca el momento de incorporarse al servicio militar, aprovechando la ocasión para separarse de Lydia y olvidarse del niño al que se había comprometido atender: «Los abuelos maternos se encargaron del pequeño y éste desapareció de mi mente, como si no hubiera existido». No se pretende aquí echarle en cara el poner fin a un matrimonio insostenible, sino de recalcar la actitud veleidosa hacia ese crío, al cual, tras ver que la experiencia con su madre no había sido más que un capricho casi adolescente (su promesa con respecto a aquél estaba íntimamente relacionada con el deseo que sentía hacia Lydia), no tiene reparos en hacer desaparecer de su vida haciendo borrón de su existencia.

La experiencia del servicio militar es, con toda seguridad, el momento más oscuro del relato y aquel en que más cuidado pone el autor en pasar de puntillas. Después de señalar que el clima de Argelia en esos años no era de guerra sino de «inseguridad provocada por los atentados terroristas del FLN» (p. 57), nos ilumina diciendo que la de Argelia era una «guerra absurda» y que a él no le interesaba «la política y tampoco estaba muy al corriente del problema argelino. Lo único que veía en aquella guerra era un terreno de acción para poner en práctica mi afición al riesgo y a la aventura». Sin duda, esta afición al riesgo y a la aventura

debía de ser muy fuerte pues, aunque «esperaba mucho de mi servicio militar», tras un tiempo en una compañía de artillería fue él mismo quien solicitó que le enviaran a Argelia. A partir de aquí, la historia se apaga y hace aparición una serie de reflexiones genéricas sobre la guerra, sus implicaciones psicológicas, el endurecimiento del alma y el odio irreflexivo al enemigo (p. 59). Después de éstas, le llega el turno a un episodio, al más puro estilo Spielberg, en el que la mirada suplicante de un niño le lleva a enfrentarse con sus compañeros forzándolos a soltar a dos retenidos. «Las palabras de aquel niño me hicieron retroceder quince años. Otra guerra, otros soldados, otro niño en el patio de una granja, pidiéndole a un oficial alemán que le devolviera a su padre. El muchacho sentía lo mismo que había sentido yo. Para aquel chico el alemán era yo». Quizá se deba a mi gusto poco refinado, pero este tipo de historieta lacrimógena en medio de una guerra como la de Argelia me suena a chirigota autoexculpatoria. Más aún teniendo en cuenta que poco después de este hecho su comandante le preguntará sorprendido por qué se presenta voluntario a todas las operaciones. Se ve que hay situaciones, por ficticias que sean, que ni siquiera tienen un efecto catártico para sus protagonistas.

Y ya está. Punto final para la guerra de Argelia. En seis páginas, este hombre bendecido para la verbosidad, se ventila dos años y medio de guerra de los que no cuenta realmente nada. No hay que ser especialmente suspicaz para sospechar que, a lo mejor, no esté diciéndolo todo, que quizá se guarde para sí aquello que, para la mentalidad de la época en la que redacta el libro, sería inaceptable y que le ganaría

más de una enemistad en el ambiente progresista que espera con anhelo las aventuras de un rebelde salvaje.

Pero no todo son regates en el libro. En ocasiones la crueldad de que hace gala este animal resulta tan clara que la indignación obliga a cerrar el libro. Entiendo que entre machotes anda el juego, pero la superioridad y la violencia que despliega contra las mujeres es tan brutal que durante la mayor parte del libro hay que hacer esfuerzos para contener la náusea. «Mi mano salió disparada; la bofetada le hizo perder el equilibrio. Sorprendida y atónita por mi brusca reacción, se quedó sin decir esta boca es mía» (p.80); «Como es natural terminó por llegar el día en que el altercado se convirtió en camorra y, por primera vez golpeé a una mujer. Le di una buena paliza, advirtiéndole que no podíamos continuar de la misma manera» (p.55); «Nos hacíamos constantes reproches y muy a menudo la discusión acababa con un par de bofetadas» (p.56). Eso sí: «No he violado a nadie, ni agredido a ancianos, ni explotado a una mujer». Pero el episodio más repugnante lo vivirá con su segunda mujer delante de sus amigos. Ésta, cansada de ver que su marido le engaña con prostitutas sin el menor sonrojo y preocupada porque su marido sea un ladrón (lo demás lo desconoce) y por lo que les pasaría a ella y a su hijo si le cogen, le amenaza con llamar a la policía si sale con sus compañeros. En un arrebato irresistible «la cogí por los cabellos y arrastrándola, le hice subir las escaleras hasta el primer piso. Estaba completamente fuera de mí. Su amenaza, además de parecerme un verdadero insulto, encerraba un serio peligro para nuestra seguridad [la de él y sus amigos]. Cuando saqué mi arma Paul palideció a su vez. [...] Suje-

tándola por el cabello, le volví la cara hacia mí, le puse en la boca el cañón de mi pistola y le dije: Escucha bien, cabrona; si mis amigos me lo piden, te liquido aquí mismo [...] Como algún día vuelvas a soltarme una amenaza parecida, te mato» (p. 126). No hay que ser Bibiana Aído para pensar que es difícil sacar nada respetable de este tipo. Al fin y al cabo «el único crimen que nunca me he perdonado fue el de aquel pajarillo de irisaciones azules que abaté en el jardín de mi casa a los trece años. Lo había matado estúpidamente, pues su única culpa había sido arrullarme con su canto. Por muy abominable que pueda parecer, ése es el único remordimiento que he sentido» (p.68). El estilo es el hombre.

No queriendo pecar de morbosidad me gustaría terminar recogiendo el pasaje más duro que hay que atravesar a lo largo de este libro. Una noche en que decide hacer una visita a su puta de confianza (Sara), descubre que ésta tiene un chulo árabe. Después de haber descargado su ira sobre otra de las habituales del local en el que está (véase arriba la cita de la página 80), tres macarras se levantan para sacarle de allí y Jaques la emprende a culatazos con ellos. En ese momento entra Sara por la puerta: «Has pegado a mi Ahmed...» «¿Quieres decir que este montón de mierda es tu recoge cuartos? Le entregas la tela a una rata... a un *hijo de perra árabe*. Me das asco». Y se va. Después se enterará de que el susodicho Ahmed le ha pegado una paliza a Sara en represalia por la somanta de hostias que ha recibido, hecho que le impulsa a hacer una visita al campo, no sin antes secuestrar a Ahmed con la intención de matarlo y enterrarlo en el bosque que rodea la cabaña de las afueras de sus padres. Ya en ésta, obli-

ga al hijo de perra árabe a desnudarse y, entre golpes y ridiculizaciones, decide llevárselo fuera para darle el paseo. Una vez metido el reo en el agujero, saca la navaja de la guerra y tras abrirle la rodilla con ella le clava la hoja en el «vientre a la altura del hígado, se la hincó suavemente y el movimiento espasmódico de su cuerpo ayudó a que se introdujera hasta el fondo. Aún estaba vivo porque seguía retorciéndose de dolor». «Adiós, Guarro». Telón. Así se las gastan los que dan el salto cualitativo de vivir *fuera de la ley* a vivir *contra la ley*. En definitiva, un malo de tebeo digno de recibir el apodo castizo de seis pesetas, porque se pasa de duro.

Aun no siendo un autor que, por lo general, me emocione, creo que es el momento de pasarle la palabra a Benedetto y que sea él quien acabe esta reseña, ya que no creo poder expresar mejor la impresión general que me dejó el retrato que de sí mismo nos regala el autor: «Un torturador no se redime suicidándose, pero algo es algo».



# Un futuro ecototalitario

*Acerca de El salario del gigante,  
de José Ardillo*

Nos encontramos en el año 2098. Una burocracia de los recursos, la «Europa Organizada», gobierna una sociedad salida de la crisis energética por la vía de una reducción de la producción comandada por los Estados. La racionalización de los recursos naturales se ha llevado a cabo mediante la creación de colonias como Alinox, en la zona del Levante peninsular, donde la gestión del agua mediante la Acuapol ha llevado a someter a poblaciones enteras a una forma de trabajo forzado, sujetas a periódicas agitaciones y movilizaciones. La búsqueda constante de una fuente de energía inagotable sigue siendo una de las razones de Estado primordiales para asegurar la paz social.

En este contexto, distintos hombres de Estado, burócratas del ecototalitarismo, reflexionan sobre su papel en la implantación de ese modelo de organización social, surgido del agotamiento de los recursos y de la inestabilidad creciente en todo el mundo. El diario de una militante de la resistencia durante los años de la guerra es encontrado por uno de estos hombres, retirado ya de sus funciones, que se pregunta desde la distancia: «¿había otra alternativa?». La figura de Losán, un ingeniero que dice tener la solu-

ción para una fuente de energía inagotable, aparece en escena y saca a la luz las contradicciones del poder...

En las páginas de *El salario del gigante* (Pepitas de calabaza, 2010), podemos encontrar las inquietudes que José Ardillo ha venido publicando en forma de artículos y colaboraciones con distintas revistas del ámbito libertario y de crítica social —ver, en este mismo número, *Qué fue la técnica para Jacques Ellul*—, esta vez en forma de distopía. El resultado de la crisis energética del sistema industrial y su debate ha sido la formación de una sociedad ecototalitaria, y no una revolución de carácter libertario o socialista. Esa es la idea que sostiene la trama de esta novela y el peligro sobre el que nos quiere advertir. Una crítica de la «gestión de los recursos» que no cuestione el orden político impuesto, una crítica ecológica que haya sido asumida por las estructuras del poder —como vemos en nuestros días con el capitalismo verde—, se convertirá, poco a poco, en una nueva forma de totalitarismo. Esa es la vía distópica que explora José Ardillo en su primera novela. Un ejercicio de negatividad que apunta al tipo de argumentos que deberemos combatir para evitar una so-

ciudad como la que se propone en *El salario del gigante*, y de la que hoy ya tenemos mucho más que indicios.

La forma de novela de ideas que el autor ha elegido, y el tratamiento coral —con la variedad de narradores y voces que se intercalan— da pie al desarrollo de distintos argumentos y discursos que aquellas personas familiarizadas con una crítica antidesarrollista o antiindustrial sabrán reconocer.

Es de agradecer el esfuerzo de José Ardillo por dar forma literaria a estas ideas en el momento tan crítico en que se encuentra eso que, a falta de mejor nombre, llamamos pensamiento radical, y esperamos que su difusión logre traspasar los reducidos círculos de la edición alternativa.

La salida catastrófica al mundo industrial y capitalista no parece augurar ningún tipo de ascesis libertaria, ni una toma de conciencia global, como querrían algunos partidarios del «decrecimiento» o del ecologismo de última hora. La hipótesis más plausible es que los distintos escenarios de crisis y agotamiento del modelo de acumulación impuesto llevarán a un orden reforzado. Esta constatación, lejos de cualquier fatalismo —y también de cualquier voluntarismo en voga— nos debería hacer pensar en qué aspectos podemos combatir estos «progresos de la domesticación», y hasta dónde permitiremos el chantaje que nos obliga al pago del «salario del gigante».



## La ética marxista y el espíritu del capitalismo totalitario

Ander Berrojalbiz  
Ediciones El Salmón

Este pequeño libro escrito y editado por Ander Berrojalbiz es un intento, «en esta época amenazada por la amnesia», por rescatar del olvido la figura de Kostas Papaïoannou, cuyas reflexiones conservan toda su vigencia en la actualidad, a través de una compilación de varios extractos de su obra, la mayor parte de ella traducida al castellano pero de difícil localización, centrándose en el último capítulo de

su *Crítica de la razón histórica* desarrollada en los cuatro ensayos publicados en la revista *Diogène*.

Papaïoannou achaca a Marx la unión dogmática del «desarrollo de las fuerzas productivas» con una visión de la historia basada en la lucha de clases, hecho que se sabe falso, pues a lo largo de la historia ninguna de las clases explotadas realizó el papel revolucionario que se les atribuye sino que, dependiendo de la evolución en que las fuerzas productivas se encontrasen, tales clases estarían en una situación más o menos servil y embrutecida.

Surge así el espíritu del capitalismo totalitario, ligado a la moral de los amos en «el que el intento de basar la ética en la necesidad histórica y de sustituir las normas presuntamente abstractas de la razón llamada formal por las exigencias de la época» tratan de

justificar la explotación del hombre por el hombre como momento necesario en la cadena del progreso. Momento en el que nos seguimos encontrando y donde la obligación de colaborar en la gestión sostenible de este mundo arrastrado son las nuevas ordenes del amo.

Ander Berrojalbiz nació en Durango, Vizcaya, en 1983. Habiéndose formado como violinista, actualmente se dedica a la interpretación con criterios históricos de la música de los siglos XVII y XVIII. Conoció la obra de Papaïoannou a través de un ensayo aparecido en el segundo número de la revista *Resquicios*, revista para cuyo número cinco de abril de 2008 escribió el artículo «Sonata representativa». En 2009 Ediciones El Salmón reeditó «Sonata representativa» a modo de separata.

## La revolución en la crítica de Félix Rodrigo Mora

Javier Rodríguez Hidalgo  
Ediciones El Salmón

Muchos estarán probablemente familiarizados con el nombre de Félix Rodrigo Mora. Colaborador del extinto colectivo Los Amigos de Ludd, Félix Rodrigo adquirió notoriedad con la publicación del libro *Naturaleza, ruralidad y civilización* (Brulot, 2008), momento en el que comenzó a prodigarse con multitud de charlas y jornadas en todo el estado español. A ese libro han seguido *La democracia y el triunfo del Estado* (Manuscritos, 2008), *Crisis y utopía en el siglo XXI* (Maldecap,

2009), *Borracheras no* (Aldarull/Distri Maligna/Maldecap/Rompe la norma, 2010), *O atraso do nacionalismo autonomista galego* (Unión Libertaria, 2010), *Seis estudios. Sobre política, historia, tecnología, universidad, ética y pedagogía* (Brulot, 2010) y *El giro estatolátrico* (Maldecap, 2011), así como infinidad de textos más breves aparecidos en otros soportes.

Muchas personas habían manifestado en conversaciones privadas, así como en debates tras charlas de Rodrigo Mora, su disconformidad con las tesis que defiende. Sin embargo hasta este momento no se había formulado ninguna crítica sistemática al conjunto de su obra. La publicación de *La revolución en la crítica de Félix Rodrigo Mora* (Ediciones El Salmón, 2011) subsana esa carencia. El autor, Javier Rodríguez Hidalgo, realiza una críti-

ca minuciosa que divide en ocho epígrafes: Histórica, Ecológica, Filosófica, Política, Religiosa, Ética, Cultural, y Lógica, donde señala todas las incongruencias, errores, y manipulaciones en las que incurre Félix Rodrigo.

Javier Rodríguez Hidalgo nació en Portugalete, Vizcaya, en 1978. Colaboró con el boletín de crítica antiindustrial Los amigos de Ludd, aparecido entre los años 2001 y 2006. Más tarde fue el editor de la revista *Resquicios*. Participa en la lucha contra el TAV (Tren de Alta Velocidad) en el País Vasco. Asimismo, ha traducido al castellano a Lewis Mumford, Alexandre M. Jacob, Jaime Semprun, René Riesel, Jean-Marc Mandosio y Pablo Sastre, entre otros.

Para pedidos:  
[edicioneselsalmon@gmail.com](mailto:edicioneselsalmon@gmail.com)

